

Buenamoza

Capítulo 1: El Oráculo de la plaza San Martín

Los llamaron los «niños azules», pero en aquel entonces nadie sabía de su existencia. Yo tampoco. Solo tenía en mente a la Buenamoza y la posibilidad, remota pero embriagadora, de que algún día me correspondiera. Aquel día, sin saberlo, mi destino iba a ser leído por una gitana en la plaza San Martín.

La Buenamoza, como más tarde le llamaría aquella gitana, me comentó que tendría que ir al centro de Lima para pagar una de las cuotas por la compra de una enciclopedia que había hecho su padre.

El centro de Lima de aquella época —mediados de los ochenta—, era una efervescencia de caótico comercio. Desde el parque Universitario hasta la plaza 2 de mayo, los vehículos apenas podían pasar porque las aceras y pistas estaban ocupadas por comerciantes informales mal llamados ambulantes. La oferta era de lo más variada: desde electrodomésticos, pasando por yohimbina para incentivar la libido femenina hasta cacas falsas para hacer bromas pesadas. Todo matizado con música variada desde salsa dura hasta cumbia peruana, por la presencia de compactos puestos con chillones parlantes incorporados donde se vendían casetes.

La Buenamoza caminaba y yo iba tras de ella. Desde hace tiempo iba tras de ella y ella no osaba darme cabida en su corazón. Cuando la vi por primera vez con aquella blusa negra con cuello redondo y bobitos en los hombros me impactó su belleza. Luego soñé con ella y lo interpreté como un mensaje divino del destino. En mi sueño, entraba a un edificio con habitaciones, una especie de hotel. Un tipo vestido de blanco me dijo: «elige una puerta y en ella encontrarás el amor, cada puerta tiene un número, si te sirve, puedes tomar el número como referencia». Caminé por una rampa (se parecía a la galería Caracol que estaba en la avenida Larco en Miraflores), a ambos costados había puertas con su numeración, me atrajo el número 33, abrí la puerta y para mi sorpresa la Buenamoza estaba allí, nítida, completa, mágica y a todo color. Su cabello castaño ligeramente rizado, sus ojos pardos, sus labios sutilmente pintados de color palo rosa contrastaban con la blancura de su piel. Vestía una blusa violeta y un chalequito negro con bobos. Le tomé las manos, se las besé y la miré. Ella sonrió y desperté.

Cuando pasamos por la plaza San Martín había un grupo de bellas gitanas ofreciendo leer el futuro a los transeúntes.

—¡Buen mozo, buena moza!, ¡les leo su futuro! ¡A solo un sol! —pregonaba la gitana.

—¿Nos leemos? —consulté con la Buenamoza.

—Yo no creo en eso, pero si quieres botar tu plata, léete.

—Es solo un sol.

Y le pedí a la gitana que me leyera las cartas. Mi madre desde pequeño me había dicho que tenga mucho cuidado con las gitanas, que son bonitas, pero no de confiar. Así que saqué un sol y se lo pagué por adelantado de manera que si algo perdía era solo ese solcito.

La gitana nos llevó hacia uno de los balaustres de la plaza donde apoyó sus viejas cartas, las ordenó en tres montones y preguntó:

—¿Qué quieres saber?

—Sobre mi vida sentimental —miré a la Buenamoza quien sonrió como simulando cierta vergüenza. La gitana también la miró.

—Escoge uno de los tres montoncillos —me indicó.

—Este —elegí el del medio.

—La buena moza te quiere mucho, pero tú la vas a abandonar.

—Disculpe señora, creo que se ha equivocado y me lo ha dicho todo al revés.

—Yo no sé mijo, yo solo te digo lo que las cartas me dicen.

Me quedé recordando a mi madre, casi seguro que había sido estafado y que por ello tendría tres cigarrillos menos que fumar ese día.

—Bueno, no te noto muy contento —me dijo la Buenamoza sonriendo.

—Me parece que se equivoca pues yo te quiero muchísimo —le tomé la mano, y a los segundos sentí su dedo rascando mi palma para que se la suelte.

Después de cumplir con el encargo de su padre, en la esquina de Tacna con Colmena comimos cada uno una salchipapa de a sol.

—¿Sabes qué quisiera? Volver donde la gitana y ver cómo le lee a otra persona —comenté.

Y volvimos a la plaza San Martín y no estaba la misma, pero había otras, nos sentamos muy cerca en uno de esos bancos de mármol, a la espalda de nosotros nos centramos en observar a una de las pitonisas con su baraja española. La clienta era una señora con ropa muy gastada, desaliñada, pese a ello para mi gusto tenía una sensualidad natural propia de la belleza de las mujeres del oriente del Perú que de cariño llamamos «charapas». Llevaba una linda niña de cabello corto. Me dio gusto la curiosa complicidad de la Buenamoza, hicimos un silencio que creó una excitante intimidad entre nosotros que me hizo sentir feliz.

—Muy bien, elige un grupo de cartas —orientó la gitana a la señora.

—La del medio —eligió.

—¡Mira! ¡Elegió igual que yo! —le comenté emocionado a la Buenamoza.

—Shhhh —respondió ladeando una mano y señalando lo que debería ser nuestro objetivo.

—Quisiera saber sobre el futuro de mi hija —dijo la señora.

—Mira, es todavía una niña, aquí las cartas me dicen que lo mejor que le puede pasar es que la abandones.

—¿Cómo? —reaccionó sorprendida la señora. Nosotros también nos miramos con sorpresa. Qué hermosa era la Buenamoza cuando ponía su cara boquiabierta por la sorpresa, ¿cómo pudo decir la gitana que no la quería? Si me la quería comer a besos.

—Señora usted se equivoca, ¿cómo me va a decir que abandone a mi hija? —su reacción fue parecida a la mía, la Buenamoza se adelantó a mi reacción asintiendo y haciendo el ademán de que me mantenga callado.

—Yo solo le digo lo que me dicen las cartas, mira, te explico, cuando tú estás presente junto a ella su vida termina pronto, en cambio observa —barajó y tiró las cartas como buscando otra bifurcación del destino, la alternativa sin su madre—, sin usted, su vida es larga y fructífera.

La madre le agradeció y le pagó un sol. Su rostro era de desconcierto, la misma Buenamoza me hizo una seña que indicaba que debíamos pararnos.

—Sigamos a la señora —me dijo la Buenamoza.

Se fueron caminando por el jirón de la Unión, compraron salchipapas, estaban más caras que las de La Colmena con Tacna a sol cincuenta el platito, pero en vez de darte un mondadientes para pinchar lo que ibas a comer te daban unos pequeños trinchés de plástico de colores, a la mamá le dieron uno verde y a la niña uno rojo. Caminaron por jirón Huancavelica, a manera que uno avanzaba por aquella calle un montón de personas se acercaban ofreciendo cada quien el que a su juicio era el mejor servicio de anteojos y lentes, entregaban volantes y tarjetas con la más variada oferta de laboratorios de óptica. Llegaron a una plaza frente al teatro Segura. Se sentaron detrás del monumento a César Vallejo, en una grada que se formaba entre la vereda alta con losetas bajo unos portales y la acera cementada propia de la plaza que también es llamada plazuela del teatro. La Buenamoza se fue hacia el teatro y se puso a mirar la publicidad de las funciones mientras que disimuladamente observaba a la señora con la niña. La niña terminó primero de comer y se puso a corretear a las palomas que apenas se movían ante la presencia humana. Una que otra persona al paso les tiró maíz en su aparente buena acción del día.

La atención que la Buenamoza le puso a la cartelera del teatro me hizo reflexionar. Si quisiera invitarla a ver alguna función no me alcanzaría ni para un chocolate. Me trajo a la mente cuando para poder comer un chocolate con pasas marca «El Tigre» en la universidad de San Marcos —donde estudiábamos junto con la

Buenamoza— había dos posibles gestiones: buscar un compañero o compañera para comprarlo a medias, o hacer cola en el comedor universitario que era gratuito y con lo ahorrado poder por fin comprar un chocolate. La opción del comedor universitario tenía sus pros y sus contras. Los pros eran que el menú era completo, rico y balanceado. Siempre quedabas satisfecho, los contras, tenías que hacer una larga cola para inscribirte y sacar el ticket entre las diez de la mañana y once, lo que muchas veces se cruzaba con alguna clase la cual tenías que irremediablemente perderla.

Podría ser esta estrechura económica un factor decisivo para que la Buenamoza me rechace. Fue en ese momento frente al teatro que me propuse buscar trabajo y tener ingresos para seguir cortejando a la Buenamoza y más cuando mentalmente me motivaba repasando la frase de la gitana: «la buena moza te quiere»,

La señora y la niña tiraron sus platos descartables sobre las palomas quienes con unos pasitos los esquivaron sin problema. La Buenamoza me dio un pequeño codazo que me supo a caricia haciéndome la seña que teníamos que seguirlos. Volvieron hacia el jirón de la Unión, bajaron rumbo hacia la plaza San Martín, al llegar a la avenida Emancipación descubrí la famosa esquina donde había estado el mítico Paláis Concert, lugar donde en la academia de preparación para la universidad nos explicaban que se reunían los grandes pensadores, escritores y poetas peruanos de comienzos del siglo XX.

En la avenida Emancipación doblaron a la izquierda rumbo a la avenida Abancay. Por alguna extraña razón a partir de allí la misma avenida cambia de nombre a Cuzco. Pasamos por la esquina de correos y telégrafos donde la gente acudía para hacer llamadas nacionales e internacionales, dejar cartas al buzón o enviar télex o telegramas, al frente divisé la iglesia de la Santísima Trinidad. La señora y su hija cruzaron la avenida Abancay, con dificultad logramos ganarle al semáforo y no perderlos de vista, por un momento pensé que la Buenamoza me quería tomar de la mano para cruzar la avenida con cierta sincronía, me hubiera hecho muy feliz mas no fue así. Con mucha dificultad no los perdimos, el jirón Cuzco era un gran mercado donde los «ambulantes» vendían al por mayor desodorantes, colonias, jabones, máquinas y repuestos para afeitar, artículos de aseo a precios increíblemente bajos, la diferencia era algo así como lo que normalmente en un establecimiento formal costaba la unidad, aquí por el mismo valor te llevabas media docena, la primera vez que descubrí esto pensé que las tiendas compraban allí para después vender por unidad, pero cuando en ocasión anterior me atreví a comprar, en casa me di con la sorpresa que eran envases reciclados con cualquier porquería de relleno, forrados de tal manera que parezcan nuevos. La señora y la niña doblaron hacia jirón Ayacucho, entraron a una tienda de venta de golosinas al

por mayor, compraron dos bolsas grandes de caramelos de limón, salieron, fueron por la avenida Abancay camino al río Rímac.

—¿Hasta cuándo los vamos a seguir? —le pregunté a la Buenamoza, me sentía un poco cansado.

—Quizás descubramos dónde viven —me respondió sin perder de vista a la madre e hija.

Por mi parte feliz de pasar más tiempo con la Buenamoza. La madre e hija doblaron por jirón Junín muy cerca al Congreso, quise contarle a la Buenamoza que una vez en aquel jirón descubrí en un segundo piso un museo itinerante que mostraba cerámicas de culturas preincas, quizás Mochicas, lo que me impresionó fue encontrar en algunas de ellas personajes chinos con su típica barba y bigotes terminados en punta, dejando la rara impresión que su llegada fue siglos antes de lo que nos contaron en el colegio. La situación no daba tiempo para discursos. Se fueron hacia el Palacio de gobierno, donde ya había asumido el joven presidente Alan García Pérez del partido aprista peruano, ¡con 35 años apenas!, el mínimo requerido por la ley electoral. García sucedió al arquitecto Fernando Belaúnde Terry, quien tuvo un gobierno que al comienzo llenó de esperanza a todos y que al final dejó pocas cosas positivas que rescatar: el retorno de la libertad de prensa con el regreso de los medios de comunicación a sus dueños, el regreso de la democracia con elecciones municipales, presidenciales y congresales. Lo negativo: dejó un país con una mayor deuda externa que la que recibió, quebró el seguro social ya que sacó dinero de allí para poder financiar las obras de la carretera Marginal de la selva, vieja promesa desde su anterior gobierno, inversión que al fin de cuentas se perdió pues la carretera desapareció por falta de mantenimiento del gobierno siguiente; aumentó la inflación, la presencia de un grupo subversivo llamado Sendero Luminoso cuyo jefe era el profesor universitario Abimael Guzmán que desde la clandestinidad dirigía una guerra contra el estado basada en la guerra de guerrillas de Mao Tse -Tung, pero con un componente de atentados terroristas, Belaúnde al comienzo no le dio importancia alguna dejando que vayan creciendo en su organización y actos, dijo que eran solo abigeos. Cuando uno menos pensaba era derribada una torre de alta tensión dejando a gran parte de la ciudad en tinieblas. Al comienzo se centraron sus ataques en la ciudad de Ayacucho en la sierra sur del país después fueron avanzando hasta llegar a Lima, Belaúnde nos dejó la sensación que no tenía ni idea de cómo combatirlos.

Una vez que pasaron el Palacio de Gobierno (qué pena que no pasamos más temprano para ver el cambio de guardia, seguro que paraban para verlo), doblaron a la derecha a la altura de la plaza Pizarro por jirón de la Unión rumbo a Polvos Azules.

Pasamos por polvos azules, me dio pena no tener dinero para aprovechar y comprar una cajetilla de cigarrillos Chesterfield, un lujo que me daba de vez en cuando, a Polvos Azules llegaban de contrabando y el costo era casi el mismo que los cigarrillos que se encontraban en cualquier tienda como el Premier, Winston o el nuevo Hamilton light, para mi gusto no había nada mejor que el Chesterfield.

La madre con su hija siguió rumbo hacia la avenida Tacna, muy cerca al río, cruzaron unos rieles del tren, la Buenamoza seguía la persecución sin importarle en absoluto nuestra seguridad, Lima tenía zonas relativamente seguras y otras definitivamente inseguras, la zona a la que entramos era considerada insegura, hasta que por fin la madre y su hija llegaron a su destino. Vivían en una choza en la ribera del río. Satisfecha, la Buenamoza dio por concluido el seguimiento, miró los alrededores como para ubicar referencias y nos fuimos cada uno a su casa. Hubiese querido acompañarla, pero la Buenamoza me había prevenido que su papá era muy celoso y que no le gustaba recibir visitas de amigos para sus hijas. Así que estaba prohibido de acercarme a su casa.

Al otro día la esperé en la universidad con mucho tema que comentar sobre la gitana, la madre y la niña, pero la Buenamoza no vino, después me contaría llorando que aquel día en vez de ir a clases regresó al centro para ver si la madre y la hija seguían juntas, llegó a ver a la niña sola caminando por el jirón de la unión y a unos metros a lo lejos a la madre llorosa mirando detenidamente el cómo la niña empezó a vender los caramelos que llevaba en las manos. La madre aparentemente a partir de allí se alejó definitivamente de su vida.

Capítulo 2: El Lado oscuro de las oportunidades

Enamorarme de La Buenamoza me llevó a una encrucijada financiera. Las vacaciones, disfrazadas de huelgas estudiantiles, se convirtieron en mi oportunidad para buscar trabajo. Mi abuelo, me prestó el periódico El Comercio del domingo. Exploré los clasificados en busca de oportunidades laborales y me lancé a varios trabajos.

Finalmente, conseguí empleo en una empresa llamada International System. Nos capacitaron como «asistentes psicopedagógicos» para vender un sistema revolucionario de aprendizaje de inglés durmiendo. El método, denominado hipnopédico, prometía enseñar idiomas mediante la repetición de frases durante el sueño. Cada noche, los alumnos escuchaban las grabaciones 162 veces, penetrando en su subconsciente para un aprendizaje profundo. Nuestra paga dependía de las ventas, sin salario base.

Nuestra incursión en las calles para vender el sistema fue desalentadora. Las puertas se cerraban ante nosotros, y las oficinas se volvían fortalezas impenetrables. La derrota nos obligaba a regresar al local central detrás del colegio Alfonso Ugarte para rendir cuentas.

Decidí cambiar de estrategia. En medio de la crisis política y económica del gobierno aprista, aposté por un nicho diferente: las funerarias. Mi intuición no falló. Llegué a la funeraria de Luis Lassio, donde el dueño, intrigado por mi oferta, sacó el sistema hipnopédico. Llegué tarde, ya lo había comprado.

Durante nuestra conversación, don Luis compartió su visión del mundo.

—¿Crees en Dios? —me preguntó con seriedad.

—Sí, soy católico —respondí sin titubear.

—Entonces, ¿crees que Dios es todopoderoso? —planteó.

—Por supuesto —respondí.

—Figúrate la siguiente situación: le pides a Dios que haga una piedra tan pesada que nadie en el universo la pueda levantar, como es todopoderoso, la hace y después le pides que la levante, si la levanta, no es todopoderoso porque no fue capaz de hacer una piedra tan pesada, y si no la levanta, tampoco lo es, porque no puede levantarla, piensa, ¿es posible que exista un ser todopoderoso en el universo?

Su argumento sobre la paradoja de la omnipotencia divina me dejó perplejo. La idea de un Dios todopoderoso, creado por la mente humana, resonó en mi conciencia. Antes de despedirme, mientras don Luis guardaba unos papeles, reparé en una revista hecha de papel periódico, doblada sobre su escritorio, con la portada en letras rojas mucho más chillonas que cualquier diario. No me detuve a preguntar qué era; en la

funeraria uno aprendía a no hacer preguntas de más. Don Luis me desafió a leer la Biblia sin filtros, a explorarla por completo para forjar mi propia comprensión.

—Ven cuando quieras conversar —me ofreció don Luis—. Aquí encontrarás respuestas a muchas de tus preguntas sobre la vida y la fe.

Esa tarde, mientras abandonaba la funeraria con nuevos pensamientos en mi mente, supe que mi búsqueda de dinero se había convertido en un viaje de autodescubrimiento, una travesía hacia el entendimiento de las creencias que moldeaban mi existencia.

Capítulo 3: Aventuras y desventuras en busca de trabajo

Cansado de ese trabajo, fui a la universidad para ver si se había levantado la huelga, encontré a mis compañeros que como casi todos los viernes de la época jugaban vóley y fulbito. Encontré a mi gran amigo el flaco Bayletti:

—Te noto tristón comparito, ¿qué ha pasado? —le conté mi aventura vendiendo los métodos hipnopédicos—. No te preocupes comparito, el lunes arrancamos con la búsqueda de chamba. Primero consíguete una chompita delgada y una corbata, dinero suficiente para comprar pan baguette y jamonada. ¡Vas a ver cómo conseguimos chamba al toque!

Lo vi un poco complicado pues era buscar trabajo para dos. Llegó el lunes. El flaco lo tenía claro, ideó un papel con direcciones y una ruta que incluía ir a comprar pan baguette y jamonada como almuerzo. Primero fuimos a un lugar justo al frente de International System, era una importadora de puertas con chapas de 5 golpes y barras de seguridad, ¿el sistema de pago? Igual que el trabajo anterior solo comisión por venta, «¡así cualquiera contrata gente!» pensé. El dueño era el mismo que nos entrevistó y que nos hizo las demostraciones del sistema a lo cual le llamó capacitación, me quedé con la sensación que era una táctica de ventas, nos quería vender las puertas o que vayamos a casa y convenzamos a nuestros padres y familiares de comprarlas, al final nuestra comisión vendría a ser más un descuento que una paga.

Perdimos mucho tiempo allí, fuimos a comer, para ello caminamos hasta la panadería Belgravia en avenida Arenales en Lince, comimos cada uno dos panes baguette gigantescos con jamonada acompañados de gaseosa Lulú. Terminamos saciados. Al salir de la panadería, un canillita voceaba los titulares de la tarde agitando un ejemplar del Extra. Entre el escándalo de un ministro y el resultado de Universitario, alcancé a escuchar algo sobre un niño encontrado sin vida cerca al río Rímac. El flaco ni se inmutó, seguía con la ruta trazada en su papelito, y yo tampoco le presté más atención de la que se le presta a una desgracia ajena en una ciudad donde había una todos los días.

—Bien comparito, siguiente punto: Sears —siguiendo el plan del flaco.

Fuimos al baño de Sears de San Isidro, nos aseamos, peinamos, el flaco sacó un pomito de perfume, nos perfumamos y preguntamos por el departamento de personal. Muy amables consultaron por teléfono y nos dijeron que hablemos con la Sra. Mercedes Murayama. Esta muy amable nos preguntó qué estudiábamos y en qué consiste nuestra carrera. Le hablamos sobre lo que sabíamos hasta ese momento sobre ingeniería química, recuerdo que Mercedes junto con el flaco reventaron de risa cuando dije que me había inspirado el libro de Oparin «El origen de la vida» y que mi meta era

obtener vida en el laboratorio. El flaco sorprendido dijo «hubieras estudiado biología pe comparín». Después de carcajearse ambos, Mercedes volvió a la calma y nos dijo: «mañana vienen a las 9 de la mañana y se les asignará en qué sección y a cargo de quién trabajarán». Nos hizo llenar unas fichas, tendríamos sueldo y seguro social.

Al otro día al flaco lo mandaron a zapatería y a mí a ropa de caballeros. La organización era la siguiente: en cada área había un jefe y tres vendedores antiguos de planilla, nos asignaban un vendedor y cada venta que hacíamos al vendedor antiguo le correspondía su comisión. El jefe aparte de trabajar en Sears era un árbitro de fútbol, realmente juez de línea, y el vendedor que me asignaron era un tal Renato, tuve suerte, Renato incentivaba a sus vendedores con 5 dólares de vez en cuando, celebraba cada venta como un gol. Un día el jefe hablaba con los vendedores diciendo que la que hablaba por los parlantes estaba cada vez más rica.

—Cocovich, ¿quisieras conocer a esa ricura? —me preguntó.

—Por supuesto jefe.

—Muy bien, entonces vas al tercer piso, le llevas este mensaje y le dices que lo perifonee —me dio un formato con el nombre de la sección, la firma del jefe y el mensaje.

Cuando llegué era un cuarto aislado de ruidos, parecía una emisora radial. La locutora estaba en pleno trabajo, su deliciosa voz no correspondía con su aspecto físico que me hizo recordar al personaje del comic mexicano Hermelinda Linda. En ese momento adiviné la jugarreta de mi jefe y los vendedores antiguos. Como a la salida caminábamos con el flaco conversando y fumando uno que otro cigarrillo, compartíamos las vivencias del día.

—¿Cómo te fue comparín? —preguntó el flaco.

—Excelente, hoy conocí a la chica que perifonea las ofertas.

—¿Ah sí? ¿Y cómo es?

—Una diosa.

—Yo también quiero conocerla —emocionado el flaco que siempre andaba con las hormonas revueltas. Era un mujeriego.

—Fácil, has como yo, pídele a tu jefe que te envíe a perifonear alguna oferta de zapatería y allí le haces la conversación a la flaca.

Al otro día, para la hora del almuerzo ya el flaco había conocido a la locutora.

—¡Ta que eres pendejo comparín!, mi jefe al toque me hizo el papel y me preguntó, ¿quieres conocer a la flaca? Tu amigo debe haber quedado impactado, cuando volví lloraba de risa —nos partimos de risa.

El primer fin de semana desde que trabajaba en Sears salí con la Buenamoza al cine, fuimos al Orrantia a ver «El color del dinero», en mis días de descanso me declaré nuevamente, la miré a los ojos casi hipnotizándola, quizás haya sido la influencia de mis

capacitaciones con los métodos hipnopédicos, pues ¡me aceptó! Me sentí el hombre más feliz del mundo. Caminamos por el parque Matamula entre Jesús María y Lince rumbo hacia la avenida Canevaro donde ella tomaría su micro. Frente al parque de los bomberos paramos y nos dimos un memorable beso francés. Quedamos en encontrarnos al otro día en el paradero del burro, término que le dábamos de cariño en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos a los buses que recorrían la ruta de ida y vuelta desde avenida Grau (Politécnico José Pardo) a Ciudad Universitaria. Ella llegó como una hora tarde. Tuve que dejar pasar varias veces la cola para evitar subir. Cuando por fin llegó, quise darle un piquito. Me evitó sin decir palabra.

—¿Qué pasó? —no dijo nada, solo movió la cabeza en señal de negación —. ¿Qué pasa?, ¿ya no quieres estar conmigo? —a lo cual asintió sin decir palabra alguna. Todo el viaje le pregunté una y otra vez que me diga el porqué, ella se remitió a negar con la cabeza y no decir palabra.

Desde allí fue un continuo insistir infructuosamente. Me planifiqué darle un «te quiero» diario. Prácticamente fue una persecución. Ella siempre hablaba con Ada, a la que yo llamo la Risueña, su mejor amiga.

—¿Ayer has estado por la casa de Clarita? —me preguntó Ada con su habitual sonrisa.

—No, ¿por qué?

—Me ha pedido que te pregunte, porque un joven de tus características estuvo rondando su calle y su papá estaba saltón.

—Pero ¿y por qué no me pregunta directamente?

—Lo que pasa es que cuando estuvo en la academia estuvo con Enrique un chico que también tiene esas características.

Sentí un poco de celos. Compré un cigarrillo y fastidiado me puse a fumar sentado en la rampa de la facultad. En eso llegó Miroslava.

—Cocovich estás medio triste ¿qué pasó? —le conté.

—Te contaré la historia, yo estudié con ellos en la academia —dijo Miroslava sonriendo.

Y me contó que la Buenamoza estaba muy enamorada de Enrique y se lo confesó a Miroslava para que de alguna manera la ayude. Miroslava tenía fisonomía de un ángel, era una belleza que al mirarla nomás te daba la sensación de ser la mujer más pura y buena del mundo, el apoyo moral ideal para la Buenamoza. Pero ni bien recibió la información, se le acercó a Enrique y al otro día cuando llegó la Buenamoza a la academia se dio con la sorpresa de encontrar besándose apasionadamente a Miroslava con Enrique. Allí empezaron las acciones bélicas.

—Vamos Cocovich, Enrique estudia en administración, te lo voy a presentar, es bien buena gente.

Fuimos y efectivamente Enrique era un gran tipo que aparte de los estudios gustaba de la música, lo encontramos practicando con su grupo, tocaba la zampoña. Me lo presentó, Miroslava le contó el panorama sin pelos en la lengua, y Enrique me dijo:

—No te preocupes Cocovich, como ves yo ando entre el estudio y la música, aunque si Miroslava quiere salir conmigo no me opongo —reímos y miramos la reacción.

—Ya tuviste tu oportunidad, te cuento Cocovich que el señor es un encantador de serpientes, por eso no me aguanté, pero ahora he sentado cabeza y ya tengo mi enamorado —nos despedimos de Enrique. Miroslava como acostumbraba cada vez que la Buenamoza andaba cerca me tomó de la mano, en ese momento lo entendí todo.

—Esta mujer no cambia —dijo Enrique sonriendo y moviendo la cabeza.

Después de aquello a cada rato encontraba a Enrique en especial cada vez que iba a comer menú a los pequeños restaurantes de letras que eran más económicos, variados y mejor servidos que la cafetería de química, conversábamos, incluso me dio algunos pormenores de cómo tocar la zampoña.

Cuando volví al trabajo, al notar mi tristeza el flaco me quiso animar:

—No te preocupes Cocolocov yo te voy a presentar una flaquita para que estés contento y te olvides de la loquita —como le decía el flaco a la Buenamoza.

El flaco era una bala para las mujeres, buen conversador, siempre tenía una facilidad para conquistarlas. Tal como lo dijo, desde ese día ya no nos regresábamos solos, me presentó a Mirtha y Pilar, Mirtha caminaría conmigo y Pilar con el flaco.

Mirtha tenía 11 años más que yo, había estado a punto de casarse, pero faltando un par de días para la boda fue a un bar con sus amigas y de casualidad encontró a su novio besándose con otra mujer. Allí terminó el proyecto marital, mientras me contaba los pormenores era muy cariñosa conmigo: si no me tomaba de la mano me abrazaba, era agradable salir del trabajo y hacer una larga ruta caminando por la avenida Javier Prado tomando Petit Thouars o Arenales y caminar hasta los alrededores del hospital Rebagliati donde nos separábamos, el flaco y yo esperábamos que tomen su micro o nos íbamos a tomar el micro o nos poníamos a comer anticuchos en la calle Domingo Cueto en los que el flaco llamaba «los agachaditos».

Con Mirtha las largas conversaciones consistían en compartir las penas de amor, por mi parte le contaba con lujo de detalles las esperanzas gestuales que me daba la Buenamoza y los rechazos también, a veces mis tequieros eran correspondidos con un bajito «yo también» y cuando complementaba con un «entonces, ¿volvemos?» venía su negativa gestual. Había algo que la Buenamoza hacía y que parecía intrigante el

porqué: de vez en cuando aparecía con heridas en los brazos, cuando se lo conté a Mirtha el flaco metió su cuchara: «esa flaca que trae loco a Cocolocov está loquita». A juicio de Mirtha, la Buenamoza no me quería, lo único que quería era devolverle el «favor» a Miroslava, me recomendaba que cambie de aires. Por mi parte cuando escuchaba a Mirtha yo solo tenía que comentarle que interrumpir la boda era lo mejor que había hecho. Muchas de sus amigas le decían que se hubiera hecho de la vista gorda, pues el tiempo ya le estaba ganando, los 30 años estaban peligrosamente cerca y se acercaba el final del tiempo de tener hijos. Pese a lo cariñosa que Mirtha era conmigo no éramos opción sentimental entre nosotros por la diferencia de edad, era una agradable y rara amistad, pese a que el flaco me incitaba a que la bese, no sabía si buscarle los labios, cada vez que me contaba un sufrimiento vivido la abrazaba fuerte y le besaba el cuello, ¡qué ganas de morderle suavemente la oreja!

El flaco por su parte me contó que, pese a que Pilar también aceptaba abrazos y apapachos, comprobables a simple vista, tenía un enamorado que era raya, es decir, de la policía de investigaciones del Perú (PIP). Una noche, pese a que a Pilar la habíamos visto durante el almuerzo, no llegaba a nuestro punto de reunión diario, el flaco fue a ver qué pasaba, como lo vi irse hacia el estacionamiento y no regresaba, decidimos con Mirtha ir a buscarlos, me encontré al flaco pálido amenazado con una pistola en la cabeza por parte de un tipo alto, delgado, con el cabello recortado al estilo militar, de inmediato descubrimos que era el enamorado de Pilar.

—Quiero que dejes de molestar a mi novia.

—Sí, no hay problema si no estoy haciendo nada con ella —dijo el flaco casi como un murmullo.

—Tranquilos —dijo Mirtha con seriedad—, aquí solo nos acompañamos a la salida para evitar robos, todos somos amigos.

—¿Amigos? ¡Si los han visto bien abrazados! Los veo de nuevo y te enfrió como terruco, ¡ya sabes!

Lo curioso que unos meses después, sufrí un accidente en la universidad jugando fulbito con el flaco y los compañeros de la facultad, caí abriéndome una tremenda herida en la quijada, aquel día era feriado y no había tópico de primeros auxilios. Para esto el flaco me auxilió poniéndome la camiseta como tapón para evitar la hemorragia y nos fuimos a la cercana unidad vecinal donde ya hacían vida marital Pilar y el policía. El flaco sin problema alguno tocó la puerta del departamento. Salió el raya y nos saludó con amabilidad; al verme ensangrentado, nos invitó a pasar. Orientó a Pilar para mejorar el tapón hecho con mi polo esta vez con gasas y esparadrapo y nos llevó con su Volkswagen escarabajo al hospital Santa Rosa donde me suturaron la

herida con 6 puntos. Esas cosas que tenía el flaco, provocaba simpatía en propios y extraños.

En Sears nos fue muy bien. Atendimos a conocidos personajes de la televisión, el flaco atendía una vez por semana a Sonia Oquendo y Luis Ángel «Rulito» Pinasco brindándoles los zapatos que iban a usar el sábado en su programa en vivo. En mi caso me tocaba asesorar en su vestuario a Rulito que a veces se acercaba solo o con Sonia Oquendo. Un día hubo un gran revuelo pues había hecho su ingreso a la tienda nada menos que la primera dama de la nación Pilar Nores de García.

—Jefe, si viene para acá, ¿usted la atiende no? —le dije, antes que me dé respuesta, llegó Pilar Nores. Los demás vendedores se esfumaron y solo quedábamos el jefe y yo.

—Buenas tardes, ¿hay alguien que me atienda por favor? —nos dijo Pilar Nores.

—Sí, Jorge, por favor atiende a la señora —me dijo el jefe, hizo un ademán como presentándose y se fue.

—Por favor, necesito ropa interior para mi esposo —le mostré la ropa interior más parecida a la que yo usaba es decir unos denominados eslip, la primera dama al verlos me dijo: —¿Usted conoce a mi esposo?

—Por supuesto —respondí—, todo el Perú conoce a su esposo.

—Y, ¿cree que esto le va a quedar? —sonreí lo más sutil que pude y le mostré el tipo bóxer—, igual, ¿cree que le quedaría? —por último, le enseñé los calzoncillos a los que personalmente llamaba estilo Quiroga, en alusión al portero argentino-peruano que atajó por la selección peruana de fútbol en el mundial de Argentina 78, su principal característica era usar unos pantalones de fútbol grandes y más largos de lo normal.

—Estos sí están bien, me llevo uno y si le gustan a mi esposo vengo por más.

Gracias a esa venta, mi jefe me felicitó y el vendedor que se llevó la comisión me dio un premio de 10 dólares. A partir de allí cada vez que caminaba por las diferentes secciones escuchaba un murmullo que decía: «ese es el pata que le vendió un calzoncillo al presidente».

—Cocolocov, comparito, ¡felicitaciones!, ¡le vendiste un calzoncillo al presidente, me siento orgulloso carajo! —me dijo el flaco.

Capítulo 4: Secretos de vida y negocios en el mundo de la muerte

Al flaco le conté la conversación con Luis Lassio el funerario.

—Cocolocov, es después de Agustín Marino la funeraria más importante del país sería bueno que me lo presentes comparito.

Y un día lo llevé donde don Luis que fue muy amable con nosotros.

—¿Ya me conseguiste comprador para mi método de inglés?

—Nada, ya no estoy en ese negocio don Luis, ahora estoy con mi amigo Bayletti en Sears.

—¡Qué bueno! Cuando terminen de estudiar ingeniería química se vienen a trabajar conmigo.

—Pero ¿en qué podríamos trabajar con usted? —preguntó el flaco.

—La muerte es todo un gran negocio, necesito tener una fábrica de planchas de zinc, cuando un cadáver proviene de una persona que haya tenido una enfermedad infecciosa se le coloca planchas de zinc dentro del féretro.

—¡Ah caramba! Pensé que solo era un tema de carpintería este negocio —comentó el flaco.

—Además que quiero implementar una planta incineradora de cadáveres, allí está el futuro, tiene menores costos que un entierro y no necesitas tumbas obligatoriamente.

—Mmm sí, jeso es ingeniería química! El diseño y funcionamiento de un horno —asintiendo sorprendido gratamente el flaco.

—¡Bien muchachos! Como dijo Vallejo hay muchísimo que hacer, estudien tranquilos, pero con curiosidad a las necesidades de la gente pues siempre hay chamba para el curioso.

—Pero el problema es que el curioso tiene que comer diario y a veces no se puede, en nuestra promo se han retirado casi la mitad de los ingresantes —dije yo.

—Si pues Cocolocov, pero eso no es por la falta de comida sino porque los profesores son unos salvajes, te enseñan algo, te ponen ejemplos bonitos y a la hora del examen se ratean —se quejó el flaco que llevaba clavada en el alma la espina del haber jalado en matemática superior I.

—¡Ah! Pero yo también estudié en la universidad muchachos y sé cuál es el secreto para terminar una carrera —alegre don Luis, era como si se nutriera de energía con nuestra visita.

—¿Cuál? —dijimos en coro con el flaco.

—Vengan a visitarme y les doy el gran secreto.

—No pe don Luis, suelte de una vez —el flaco nos hizo reír con su reproche.

—Bueno, se los daré, el secreto lo dijo Churchill en plena segunda guerra mundial —hizo una pausa juntando las manos como orando acercándolas a su boca y tirando hacia atrás el asiento, parecía que recordaba. Se hizo un silencio de expectativa—. Nunca, nunca, nunca, nunca se den por vencidos, al final el que logra terminar es aquel que siguió para adelante sin desanimarse.

—Ya lo fregó a Cocolocov don Luis, fijo que está llevando su consejo a sus males de amor, él siempre dice: el que la sigue la consigue, y la loquita hace con él lo que le viene en gana —el flaco tenía razón el consejo churchileano de don Luis fue llevado en mi mente a la insistencia que debía tener con la Buenamoza, tenía que repetir aquel beso francés inolvidable.

—Tampoco te dejes pisar el poncho, un poquito de dignidad —concluyó don Luis llenándome de vergüenza.

Capítulo 5: El Bruto y la búsqueda de la curiosidad, ingenio y chamba

Cuando ingresé a San Marcos en octubre de 1985 las clases no empezaron de inmediato, sino que tuvimos que esperar a los ingresantes de marzo en 1986 para empezar las clases en abril. La primera vez que fui a la universidad encontré a un tipo de apariencia despistada que llegó a averiguar al igual que yo el inicio de las clases. Hicimos conversación y resultó que vivía en La Victoria en la urbanización Apolo y el mismo bus nos llevaba a nuestras respectivas casas. El paradero inicial estaba en la avenida Universitaria al lado de la universidad, era la línea 61 de la empresa de propiedad social Lima metropolitana.

Cuando empezaron las clases nos sentábamos juntos, en el caso de las matemáticas a veces los profesores se saltaban los pasos más obvios.

—¿Qué ha hecho allí? —se preguntaba, mientras que todos lo mirábamos extrañados.

—Ha factorizado para eliminar términos en el numerador y denominador ¿tú eres bruto? —le comenté con sorpresa. Lo que sucedía era que él no había pasado por academia alguna, sino que se había preparado solo.

Así se quedó con el apodo de «El Bruto», la verdad que él era muy preocupado y estudioso. A la hora de los resultados de los exámenes era el que mejores notas sacaba. Igual le quedó la chapa porque seguía sorprendiéndose de obviedades.

Otra particularidad del Bruto era su sed cervecera extrema, aunque después junto con el flaco descubrimos que en invierno era de tomar pisco. Cuando nos amanecíamos estudiando, su casa era el lugar adecuado: tenía una mesa con sus respectivas sillas, una pizarra blanca con plumones, calculadoras, una jarra de café, una cajetilla de cigarrillos Winston rojo y una botella de pisco. El bruto planteaba el problema ya sea el balanceo de una ecuación redox, el teorema de Bernoulli, una ecuación diferencial, un problema de lógica, o un gran etcétera. Prendía un cigarrillo se tiraba un guaracazo de pisco, pidiéndonos que nos sirviéramos. Cuando estudiábamos el flaco y yo no tomábamos alcohol solo consumíamos cigarrillos y café. El Bruto era una máquina de estudiar, tenía una capacidad increíble para empezar un problema tras otro, muchas

veces el flaco y yo terminábamos más mareados que el Bruto pese a no beber. Al amanecer venía su mamá y nos daba de desayuno un caldo de gallina de esos que se le llama «levanta muertos». A veces desde allí o nos íbamos a clase o a descansar a casa.

Capítulo 6: Reflexiones entre la vida política y la búsqueda del destino

Antes de ir al trabajo en Sears que empezaba 10:30 de la mañana, decidí salir más temprano y darme una vuelta por la funeraria Lassio atendiendo la amable invitación de don Luis.

—Pasa, pasa, toma asiento jovencito —nuevamente de buen humor, en su escritorio estaba un libro a medio leer que no alcancé a descifrar el nombre—, a propósito, tu amigo te llama Cocolocov.

—Me llamo Jorge, pero en el barrio me dicen Coco, en la universidad Cocovich o camarada Cocovich y mi mejor amigo el flaco Bayletti como ha visto me dice Cocolocov.

—Deduzco una tendencia política de izquierda, a juzgar por los apodos —me dijo sonriente.

—Sí, aunque no me meto mucho en política, estoy al tanto de todo lo que pasa, y efectivamente cuando voto lo hago por frejolito (el político peruano Alfonso Barrantes Lingán que llegó a ser el primer alcalde marxista de Lima), una vez fui personero de Izquierda Unida, usted también es de izquierda supongo por lo que es ateo.

—No, no tiene nada que ver muchacho, de joven tenía cierta simpatía por la izquierda, aunque no tuve oportunidad de votar hasta el 80 que voté por Belaúnde; en la dictadura militar no había elecciones. Ahora a mis cuarenta abriles soy más pragmático y no veo la hora que este gobierno aprista en coalición con la izquierda se vaya, el problema es ¿quién viene? ¿Bedoya?, ¿Belaúnde de nuevo? ¿Alva Castro?, ¿el mismo frejolito? Estamos jodidos, ¡y peor con el terrorismo encima!

—Ese es otro problema, la universidad está llena de pintas, igual que varias paredes de la ciudad, no se sabe quién es quién, es un enemigo oculto —me vino a la mente cuando organizamos junto con mis compañeros de primer año el pintar nuestra aula antes de empezar las clases, el jefe de mantenimiento de la facultad nos proveyó de materiales, cuando estábamos en plena faena se nos acercó un tipo que nos dijo: «el partido tiene mil ojos y mil oídos», le respondí «si el partido tiene mil ojos y mil oídos

pues bien sabrán que para manifestar sus ideas tienen un tremendo pizarrón en el primer piso», no tuvimos ningún problema y el aula se mantuvo pintada todo el ciclo.

—Esa es la vaina, muertos por todos lados, por más que la muerte sea mi negocio, difícil vivir así, con apagones y coches bomba. Y no te hablo solo de los que salen en primera plana, cada semana me traen algún chiquillo de la calle que nadie reclama, ni le hacen necropsia como se debe, total, ¿quién va a preguntar por un huérfano? Yo tengo junto con la funeraria una pequeña fábrica donde hacemos los ataúdes, un problemón cuando no hay luz, he tenido que comprar un grupo electrógeno que fastidia a todo el que esté cerca con el ruido. Con respecto al comunismo que propala Abimael para mí es una religión más cuyo dios es el estado, al final si lees a Marx él piensa que el ser humano por evolución histórica va a llegar a una especie de cielo en la tierra, ¿qué diferencia con los religiosos cristianos y su cielo o los de oriente con su nirvana? Utopías y más utopías, acuérdate bien jovencito si vas a tener una religión que esta sea la curiosidad, el ingenio y la chamba.

La conversación me llevó a los devaneos con la Buenamoza. Don Luis me recomendó que le eche tierrita como a sus clientes (se rio al decírmelo), para mí no era tan fácil, pues desde antes de estar persiguiéndola, la soñaba y pensaba que era un destino divino el que me llevaba hacia ella.

—¡Qué destino divino ni que ocho cuartos Jorge! No hay ningún Dios y si lo hubiera no se comunica con nosotros, ni puede hacer nada, soñamos nuestros propios deseos, miedos y reflejos de lo que captó nuestro consciente e inconsciente de la vida diaria, ¿cuántos somos en el planeta? ¿Cuatro mil millones? De tanta gente en el mundo ¿no puedes encontrar una mujer que te quiera?

—Déjeme decirle sobre eso de los sueños. A veces sueño el futuro.

—Son coincidencias, nuestro cerebro es una gran computadora que muchas veces se proyecta y coincide, lo que sucede es que queremos creer que la magia existe, tú lo que buscas es un pretexto para estar detrás de la que llamas Buenamoza.

Capítulo 7: Noche en Las Cucardas: Entre la seducción y los dilemas

El Bruto también quiso conocer a don Luis. Fuimos, se lo presenté y el Bruto llevó la conversación hacia el tema sexual.

—Don Luis, ¿y usted?, ¿está casado? —preguntó el Bruto.

—Estoy separado, tengo dos hijos y ando en un lío legal con mi mujer, uno se saca la mierda arriesgando dinero, trabajando duro para que luego se quieran quedar con el producto de tu trabajo, solo porque uno en un momento de su vida piensa con la cabeza de abajo y se queda obnubilado como Cocovich y se casa creyendo que todo será como cuando de enamorados, una especie de orgía perpetua, Cocovich, si la Buenamoza se quiere casar contigo ¿aceptas o no? —con cara de maliciosa curiosidad.

—Qué más quisiera don Luis, aunque una gitana me dijo que la dejaría, increíble.

—Estás creyendo en tonterías ¿tú que piensas Beto? —le preguntó don Luis al Bruto.

—No puede comprar un chocolate, menos una cerveza y se va a poder casar — riéndose el Bruto.

—Pero nuevo cielo y tierra para lograrlo, el amor te impulsa a todo —respondí ilusionado. La idea me motivó.

—¿Saben qué muchachos? ¡vamos al chongo!, ¡yo les invito!, vamos a que Cocovich se desahueve.

—Completamente de acuerdo don Luis, ya Cocovich me había hablado de usted, pero me está cayendo mejor de lo que pensé —le celebró el Bruto.

El Bruto tenía eso de sacar el lado sórdido de las personas. Desde que lo conocí hasta ese momento habíamos recorrido cantinas de La Victoria, Barrios Altos, Lince y Jesús María. Y ahora con don Luis se entendían a la perfección como si se conocieran de años.

Don Luis tenía un Ford Mustang rojo, subimos y nos enrumbamos hacia la avenida Argentina, las pistas de las primeras cuadras de esta avenida eran un gran mercado ferretero y de artículos eléctricos baratos de dudosa calidad. Así que el viejo Mustang tenía que pasar las primeras cuadras por la avenida paralela, es decir La Colonial también llamada Oscar R. Benavides. Entramos en una perpendicular, jirón Ricardo Treneman, en aquella cuadra había dos puntos calientes: el prostíbulo barato La Nené y el night club que en realidad atendía no solo de noche, sino desde la mañana, llamado «Las Cucardas», a nivel coloquial ya sea por publicidad o por algún artículo periodístico se decía que era uno de los mejores sino el mejor prostíbulo de Sudamérica y uno de los cinco mejores del mundo.

—Muchachos diviértanse, no se preocupen por los gastos, yo me voy un rato a saludar al chino que es el dueño para ver qué muchacha me recomienda, ya vengo, miren que aquí hay buena oferta internacional ¡buen provecho! ¡sírvanse lo que deseen! ¡En especial tú Cocovich!

El Bruto se pidió un whisky y yo una algarrobina.

—Putas que Cocovich eres sanazo, ¡tómate un whisky! La algarrobina es para las hembras.

—Me gusta el dulce pe Bruto —quise darme mi gustito.

Hubo un problema, yo quería conversar con las chicas, saber sus historias para poder escribirlas y la cosa era muy fría. Caminé atravesando el ambiente impregnado por luces rojizas, escogí una chica, en vez de pagar bastaba decir que venía por parte de don Luis eran 20 minutos de placer. Me sentí estar traicionando a la Buenamoza, me puse a pensar si algún día se concretaría algo con ella o si debía pasar la página. Me imaginé aquel beso francés frente al parque de los bomberos, escogí una mujer blanca, preciosa, cuyo color de cabellos no pude descifrar por las luces, se parecía mucho a la Buenamoza, por su acento descifré que era ecuatoriana, y la amé con un cariño desmedido para la ocasión hasta tal punto que la chica me pidió que me calme no vaya a ser que se cree un impensable e indeseable cariño entre nosotros.

—Oye, guambra, ¿qué te pasa? —susurró ella, medio riendo, medio desconcertada.

—Nada... nada...—respondí con vergüenza.

Capítulo 8: Entre la Buenamoza y la Buenagente: Un corazón dividido

La siguiente vez que fui a visitar a don Luis, después de unos meses, este volvió al trato con formalidad que había sido habitual antes de la llegada del Bruto. Parecía que la gente con el Bruto sacaba su lado más chabacano y conmigo el más formal. En su escritorio estaba otro libro, a juicio de la variedad de títulos que mostraba parecía que los devoraba.

—¿Cómo vas con la Buenamoza? ¿Te hizo bien botar la piedra en Las Cucardas? —sonrió recordando.

—Me ha pasado algo extraño, un giro en los acontecimientos.

—Cuenta, soy todo oídos —tomó un cartón marcador lo colocó en su libro, lo cerró y palmoteó como simbolizando su atención.

—Resulta que una línea de microbuses cambió su paradero inicial y se colocó frente a la urbanización que da a mi facultad.

—Okey.

—Al ver la posibilidad de bajar costos en los pasajes e irme cómodamente sentado fui después de clases a tomar ese micro, allí me encontré con una compañera de clase que es muy buena gente, inteligente y pequeña de estatura, pero curvilínea.

—Bueno, si la otra es la Buenamoza esta sería la Buenagente.

—Así es, bien dicho don Luis.

—La Buenagente como prácticamente toda la facultad, sabe de mi historia con la Buenamoza. Y al comienzo me preguntaba por ella y yo le contaba algunos pormenores que con el tiempo ya no eran novedad, siempre la misma vaina, ella en un misterioso y atractivo silencio y yo con mis repetitivos tequieros, no había más. Pensé que solamente me recreaba de su belleza y me imaginaba sus pensamientos.

—¿Y te cansó eso? ¿Se volvió rutina?

—Me cuesta un montón decirlo, pero sí, es como si le estaría haciendo caso a la gitana, ¿no será una manipulación satánica para truncarme el destino que Dios tiene para mí?

—Olvídate de la gitana de demonios y tonterías. Yo creo que botar la piedra en Las Cucardas te sirvió, te reguló tus hormonas.

—La Buenagente empezó a contarme la historia de su familia, una inmigrante japonesa casada con un provinciano, la historia de sus hermanos, el mayor fue un conocido jockey. Después me contó de su colegio en Barrios Altos sobre sus profesores de literatura y filosofía me preguntó: ¿le tienes miedo a la muerte?

—¿Y qué le contestaste?

—Que sí, que desde que tengo uso de razón, todavía niño casi bebé, me despertaba exaltado y sudoroso con miedo a la muerte y mi madre me mentía que yo nunca iba a morir.

—Bueno, en algo tiene razón tu madre, Epicuro decía: «cuando tú eres, tu muerte todavía no es; y cuando tu muerte sea, tú ya no serás».

—¿Y usted?, ¿le tiene miedo a la muerte?

—Básicamente no, porque creo que cuando uno muere vuelve a lo que era antes de nacer, o sea nada en cuestión de conciencia de individuo, pero sí tengo temor al cómo.

—Eso me dijo la Buenagente, que más miedo tiene a la forma de morir, que al final había que confiar un poco en el proceso de la vida sin mucho miedo.

—¡Ah caramba! ¡Parece atea! ¡Me cae muy bien la Buenagente! —don Luis golpeó su escritorio con satisfacción.

—Es cierto, me dijo que no estaba totalmente convencida de la religión, yo le dije que le faltaba leer la biblia.

—Pero ya sabes que hay que leerla libremente, no los fragmentos que te dosifican las iglesias —aclaró don Luis repitiendo el consejo de la primera vez que conversamos.

—Bueno, ya empecé desde el antiguo testamento —le iba a contar sobre las sorpresas que encontré, pero lo dejé para después.

—Muy bien.

—A lo que iba sobre la Buenagente, todos los días me regreso con ella en el micro Pamplona, hasta que un día no vino a la universidad porque tuvo que hacer un papeleo, creo para sacar su pasaporte y hay unas colazas pues medio Perú quiere irse del país.

—Cierto, muy lamentable.

—Primero, escuchar clases sin ella, después almorzar y regresarme solo, sentí un nudo en la garganta, como una presión en el corazón. Fue terrible, de la nada me sentía apenado. ¡La extrañaba!

—¡Ajá! ¡Te enamoraste de la Buenagente! ¡Adiós Buenamoza!

—Así parece, hasta el flaco Bayletti se me acercó y me dijo su clásica «te noto tristón comparito», «¿dónde está la loquita?» me preguntó. Le expliqué que ya no es la loquita el motivo de mis pesares, puso el grito al cielo, me dijo que estaba loco y desesperado.

—Por lo que no es tan guapa como la Buenamoza —dedujo don Luis.

—Así es, aunque el flaco igual es fregado, jode por todo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Te vas a lanzar con la Buenagente?

—Sí, a partir de ese día me tracé un nuevo plan, dejar de hablar de la Buenamoza, eliminarla de la conversación, pero hay un problema.

—¿Problema? ¿Qué problema puede haber? Así somos los humanos, nos enamoramos y desenamoramos, dímelo a mí que estoy en proceso de divorcio. Yo sí tengo un problema porque ¡Voy a perder lo que he logrado con mucho esfuerzo! ¿Ves ese ataúd? La mitad es de mi esposa, ¡qué injusto carajo!

—Cierto, pero ella se dio el trabajo de cuidar a sus hijos y así usted tranquilo poder trabajar en su negocio.

—Ni tanto, le contraté empleada, niñera, hasta pagué psicólogo ¡imagínate! ¡Quién chucha va al psicólogo en el Perú! ¡Solo los que tienen plata! ¿Y?, ¿para qué? Para que mis hijos estén en contra mía. Ya desvié el tema, pero tú estás chibolo piensa bien antes de embarazar a alguien, diviértete, pero toma tus precauciones y más aún ahora que ha aparecido esa enfermedad, la de Rock Hudson.

—El Sida.

—Exacto, antes el peligro era solo quemarse con la sífilis, ahora hay que usar condón para todo, bueno, úsalo para evitar embarazar a tus buenos amores.

—Sí, mis viejos se casaron porque salió embarazada mi mamá.

—Así pasa con la mayoría, ¿cuál era el supuesto problema qué tenías? ¿Qué no es atractiva la Buenagente?

—No, no es eso, eso no me importa, me siento bien con ella, el problema que hace un mes hablando con la Buenamoza le dije: «pase lo que pase, ¿qué te parece si salimos para tu cumpleaños?» Y ella me dijo que sí, que estaba bien.

—Tienes dos opciones: o vas y formalmente le dices que se acabaron las acciones amorosas, que disculpe por las molestias, que ya no la vas a molestar más.

—¿Y la otra?

—Hacerte el huevón y no ir, aunque me parece que no es tu estilo.

Hice como me recomendó don Luis, como a la Buenagente ya le había contado el «trato» con la Buenamoza, ella me acompañó a comprar un regalo de cumpleaños. Compramos una muñeca por los alrededores del mercado central, después la Buenagente me sugirió ir hasta el correo central en el jirón Conde de Superunda. Era un lugar fantástico: un enorme pasaje donde vendían todo tipo de materiales para el envío de cartas y paquetes, también había muñecos, poemas, flores de plástico, el paraíso del enamorado. Noté que la Buenagente estaba emocionada, era como si todo el romanticismo que quisiera para ella me lo sugería para la Buenamoza. Tomé nota.

—¿Vas a comprar esa tarjeta? No es cara y es un detalle muy bonito, con eso seguro para el día de su cumpleaños te acepta.

—No, lo que pasa es que no me voy a mandar para su cumpleaños, le voy a decir que ya no la molestaré más.

—Yo creo que esta vez sí te acepta.

Con la Buenagente recorríamos Lima a la aventura, mientras me contaba una que otra anécdota colegial de cuando con sus amigas se iban desde Barrios Altos donde quedaba su colegio hasta el cercado de Lima a pasear. Sabía míticas historias de la Quinta Hieren y de la piedra horadada que según la leyenda la hizo el mismo diablo al reaccionar ante la presencia de una procesión que llevaba hostias consagradas, recorríamos museos como el de la Santa Inquisición, las catacumbas de San Francisco y la catedral de Lima. Se conocía todos los cines clubes de bajo costo, recuerdo que fuimos a ver Cocodrilo Dundee al cine club de la cooperativa Santa Elisa, en jirón Caylloma.

Capítulo 9: Entre amores y recuerdos: El destino en las calles limeñas

Facundo Cabral recitaba y cantaba «No soy de aquí ni soy de allá», mientras Nicomedes Santa Cruz declamaba algunas décimas entre canción y canción. La Buenagente me acompañaba en las graderías del Estadio Nacional. El gobierno de turno, el de Alan García Pérez (1985-1990) era del partido aprista peruano y en esa época optó por un corte socialista. Ante la crisis económica que nos atormentaba desde el gobierno anterior de Belaúnde —con una hiperinflación de tres cifras anuales, que con García llegó a cuatro, la más alta de la historia— tuvo a bien, calmar nuestros dolores trayendo artistas de países amigos a sus ideologías, vinieron Pablo Milanés, Silvio Rodríguez, Vicente Feliú, la orquesta Irakere entre otros. Y vaya que aquella táctica funcionó, porque con los años me quedaron registrados en la memoria los sentimientos de aquel concierto gratuito y que, ante el frío de la noche de ese 29 de septiembre de 1986, me moría de ganas de abrazar a la Buenagente y calmar su tiriteadera con apapachos. Al salir por la tribuna sur, el calor de las vivanderas nos quitaba todo frío, sus pequeños restaurantes ofrecían entremeses, principalmente anticuchos, picarones y chicha morada a bajo costo, pasar por allí, sentir el aroma hacía inevitable visitarlas.

El Bruto que paralelamente a la universidad era negociante como casi toda su familia, compraba algunos polos en el emporio de Gamarra y los revendía, la mayoría de veces producto de esos «negocitos» como les llamaba él, financiaba la visita a bares, picanterías y cevicherías a los que gustaba invitarnos, ahora le añadió la compra de un auto Datsun de 1967, viejísimo con una extraña pintura naranja y rastros de masilla por todos lados, en la universidad era como el carro oficial de la promo y de cariño le llamábamos Kitt aludiendo a la popular serie «El auto fantástico». Un sábado lo acompañé a su casa donde llegaría el pintor, acompañados de una caja de cervezas

vimos la transformación de Kitt con los colores inscritos en la tarjeta de propiedad, rojo con rayas laterales negras. Fue impresionante como el pintor trabajando desde las 9 de la mañana, para las 6 de la tarde después de 2 cajas y media de cerveza nos presentaba a Kitt con otro semblante, era otra cosa, cuando el lunes lo llevó a la universidad estaba irreconocible.

El día del cumpleaños de la Buenamoza, el Bruto —al tanto de todo—, se ofreció a llevarnos a la avenida Rosa Toro caracterizada por la oferta de cevicherías y restaurantes con productos del mar, la Buenamoza y yo, rehusamos amablemente y el Bruto se quedó con la Buenagente y una amiga más y las llevó a almorzar por allá. Con la Buenamoza nos bajamos en el cruce de avenidas Javier Prado con Arequipa cerca al cine Orrantía. La cara de tristeza de la Buenagente era notoria, después el Bruto me contó que ni apetito tenía.

Fuimos con la Buenamoza hasta el ovalo de Miraflores, de allí caminamos por avenida Pardo hasta la avenida del Ejército y entramos a un restaurant a comer ceviche. La Buenamoza me contó que sabía del destino de la chibolita de la señora que se leyó las cartas con la gitana, había sido recogida por un grupo de seguidores de Krishna llamados comúnmente como los Hare Krishna, por los cantos que repetían en incansables letanías por las calles donde iban. Contó que una pareja de esa comunidad estaba haciendo los trámites para adoptarla. Se llamaba Teresa, pero ahora la habían rebautizado como Dharma.

—Qué gusto que me da saberlo —sonreí satisfecho.

—Sí, de vez en cuando iba a verla, andaba por el jirón de la Unión vendiendo caramelos hasta que llegaron cantando los Hare Krishna y la invitaron a comer en un restaurante vegetariano en jirón Callao.

—¿Y cómo está? —pregunté.

—Bien, aunque le quedó una manía rara: cuando hace frío se le ponen los labios de un morado casi azul, dice que desde chiquita es así, mala circulación. Los Hare Krishna dicen que es señal de que trae un alma vieja.

—O sea que prácticamente los perseguiste como yo a tí —aproveché para no perder la meta del mensaje que quería dejar aquella tarde.

—Sí —rio.

—Debió ser muy molesto para ti, pero te cuento que nunca más te voy a perseguir —la Buenamoza pareció sorprenderse.

—¡Qué bien! —dijo sonriendo forzosamente.

Cuando le conté todo esto a don Luis me dijo que recuerde a Churchill nunca, nunca, nunca, ...

—Pero es nunca debe darse por vencido —repliqué.

—Bueno hagamos una adaptación: «nunca digas nunca», no sabemos el futuro y las vueltas que da, ¿alguna vez pensaste enamorarte o soñaste con la Buenagente?
—siempre preguntándose cosas don Luis, la vida era una filosofía para él.

—No, nunca la verdad, pero sí me han gustado las japonesitas. En Trujillo hasta dos veces me enamoré de japonesitas.

Capítulo 10: Los hilos del destino: Entre Mickey Mouse y el hilo rojo

El Bruto le llamaba a la Buenagente Mickey Mouse, decía que era muy ingenua y soñadora, cuando el Bruto nos contaba sus fracasos de amor, la Buenagente le decía que había un destino, un hilo rojo que te une con tu alma gemela. Su madre le había contado una leyenda japonesa sobre un hilo que une tu meñique con el meñique de tu alma gemela, el amor de tu vida, pase lo que pase tarde o temprano se tendrán que unir irremediabilmente. Cuando alguna vez le comenté esto a don Luis me dijo que, si bien parece que la Buenagente hace bien en no confiar en las religiones, de todas maneras, tiene el pensamiento mágico que predomina en el ser humano, vemos nuestro horóscopo, creemos en métodos adivinatorios y sueños. «Imagínate lo injusto que fuera: no existen la misma cantidad de hombres y mujeres como para que los hilos rojos sincronicen mágicamente». Cuando el Bruto se enteró que le iba a «caer» a la Buenagente me llamó la atención delante del flaco Bayletti, quien me recomendaba que no me mande.

—Mira, sabes cómo es Mickey Mouse, no te voy a pedir que te cases, pero olvídate de la Buenamoza y no seas como el flaco Bayletti que juega con las mujeres.

—Qué pasó comparito —dijo el flaco Bayletti—. Lo que pasa es que soy muy enamorado las quiero a todas.

—Don Luis dice que lo de la monogamia es un tema religioso también —acoté—, primero los hebreos nos dijeron de un solo dios en contra del politeísmo romano y griego, después, los cristianos tenemos un solo dios, aunque un dios tres en uno.

—Buena comparín, yo soy cristiano, puro amor, las amo a todas.

—Putá mare, este con tal de justificar sus huevadas —ríndose el Bruto.

—Con respecto a Mickey Mouse no hay problema Bruto —le dije—, me parece que tengo para buen tiempo con ella, nos llevamos muy bien, claro si es que me acepta.

—¡Cómo no te va a aceptar pe comparín! —dijo el flaco riéndose—¡sería el colmo Cocolocov! ¡Más piña! Si no te acepta ya tírate del puente.

Y cuando el primer feriado del mes de noviembre le pregunté a la Buenagente si quería estar conmigo, me dijo que sí, me abrazó fuerte. Me hizo muy feliz. Me dijo que sí.

Capítulo 11: Del caos económico a la química del emprendimiento

En el primer año del gobierno de Alan García se sintió una aparente mejora económica, los apristas le atribuían a la disminución de la corrupción que venía del gobierno anterior de Belaúnde. Cuando le consulté su opinión a don Luis me dijo que era una falsa bonanza. ya que lo poco que dejó Belaúnde en las reservas económicas nos lo estábamos consumiendo, que esa política de aumento del gasto público es la que sugirió aplicar el economista inglés John Maynard Keynes en la crisis de 1929, pero para don Luis el déficit generado tendría que superarse con un shock económico, la duda era si el ministro de economía Luis Alva Castro con futuras aspiraciones presidenciales y Alan García tendrían la valentía de tomar esa medida tan impopular. Nunca llegaron a tomarla, emitieron billetes sin respaldo a lo que le llamamos coloquialmente el uso de la «maquinita», llegamos a niveles de inflación por encima de los 1000% anual.

Junto con el Bruto y el flaco Bayletti fuimos a un seminario que se denominó «Seminario sobre la industria de la pulpa y el papel» quien lo organizaba fue un profesor muy querido en la facultad, el ingeniero José Huapaya, este profesor causaba admiración porque dominaba la teoría, los conceptos propios de lo académico y su aplicación práctica por sus experiencias en plantas y laboratorios industriales, en sus clases contaba historias de problemas que se resolvían con el criterio teórico conceptual. Si él lo organizaba tenía que ser bueno. Y lo fue. No solo aprendimos los procesos y cálculos dentro de la industria papelera, sino que el último día se hizo una mesa redonda moderada por el profesor Huapaya en la cual los participantes esbozaron la importancia del ingeniero químico en la industria papelera. Uno de los expositores dijo algo que nos marcó: el profesional no solo debe brindar sus servicios a las empresas, sino que debe crear empresa, por lo menos una microempresa donde se emplee a sí mismo, no ocupe puestos de trabajo, que estos queden para quienes realmente los necesiten y contribuya así con el empleo en el país. Fue un golpe reflexivo fuerte, en medio de tanta crisis y destrucción en el país, utilizar lo que aprendemos para crear, emprender era todo un reto. De inmediato quise comentarle a don Luis, él era un ejemplo sobre ese tema.

—Tiene razón ese ingeniero, aunque no es precisamente mi caso, realmente yo heredé el negocio de mi padre, pero aquí hay múltiples ejemplos empezando por las bodegas de barrio.

—Junto con el flaco y el Bruto queremos formar una empresa.

—En la universidad me dijeron que la mejor cantidad de socios es un número impar menor de tres —comentó don Luis.

—Para poder invertir necesitamos capital, se supone que para eso están los bancos, pero ¿quién querrá prestarle a tres misios? Caballeros tenemos que empezar pidiendo un préstamo a nuestros padres y arrancar de a pocos.

—¿En qué negocio piensan invertir?

—Estamos pensando en fabricar algo, pueden ser artículos de limpieza.

—Esos productos siempre se venden bien. Lo que te decía sobre la cantidad de socios es que siempre habrá alguien que trabaja más, otro que se cree el jefe y vienen los conflictos, todo ello tienes que contemplar en tu mente, olvídate del pensamiento mágico de que las cosas se dan solas con solo empezarlas, todo ponlo en números y cuando sientas que alguien está caficheando estate preparado, la injusticia es parte de la humanidad y muchas veces es relativa, a veces tu podrás pensar que te esfuerzas más pero tu socio no se entera y viceversa. Es apasionante, pero tienes que contemplar todo.

Hicimos una revisión de todos los recetarios industriales en la biblioteca de química. Al final decidimos hacer jabones de lavar ropa. En las diferentes cocinas de las casas de nuestros padres fuimos haciendo las pruebas, en la sala donde nos amanecíamos estudiando ahora planeábamos acicateados con los tragos de pisco y los cigarrillos los diferentes experimentos a realizar para hallar la fórmula perfecta. Fue todo un lío: primero necesitábamos sebo, comprábamos en el mercado sebo en rama, es decir las partes con más grasa de la res pegada con restos de carne y nervios, las vendedoras, también llamadas «caseras», nos miraban con cierta pena, como que la crisis estaba tan fuerte que «seguramente se van a hacer su caldito con la grasita», el problema era que antes de transformarlo en jabón había que derretir el sebo para separarlo de los nervios y carnes, y este apestaba horrible pese a su aspecto chicharronesco. Lo terrible era que no salía el jabón como debía ser. Fuimos donde la profesora de química orgánica, la profesora Orihuela, se sonrió y lúdica nos dio a manera de acertijo la solución: tomó un papel y como si fuera un médico haciendo una prescripción escribió. Cuando con suma curiosidad leímos decía: estequiometría. La miramos, nos sonrió, guiñó el ojo y señaló la testa como diciendo que pensemos.

—Los recetarios son solo para la gente que no estudia —sentenció la maestra.

Si bien el concepto ya lo manejábamos desde el primer curso de química general, buscamos en el diccionario terminológico de química de J. R. Barceló.

Estequiometría: Parte de la química que trata de las proporciones en que se combinan los cuerpos y de la determinación de sus fórmulas y exacta expresión de sus reacciones químicas.

De pronto aquella sola palabra nos permitió ver todo con claridad. Nos fuimos al frente de la universidad al bar de «Mediocuello» y celebramos tomando cerveza mientras planificábamos con tabla periódica en mano un solo experimento en casa del Bruto. En cuanto obtuvimos nuestro primer jabón se lo llevamos a la profesora quien sonrió con orgullo y dijo: «¡Echa! ¡Qué bonito jabón! ¡Adelante muchachos el mundo es suyo!».

Una vez obtenida la fórmula y repetido el proceso una y otra vez a nivel de laboratorio, es decir, a nivel cocina de la casa del Bruto, decidimos empezar a producir en mayor cantidad. Para ello compramos un cilindro de hierro, y en Tacora una cocina a kerosene. Se le denominaba Tacora Motors a un mercado de múltiples cosas de segunda, muchas de ellas robadas, recicladas o también fabricadas artesanalmente allí mismo, era una maravilla del ingenio pues se podía apreciar la fabricación de hornos panaderos, agitadores, cocinas, bicicletas, etc. Todo en un inmenso caos que llenaba la avenida Aviación desde su inicio en el cruce con la avenida Grau hasta unas 5 o 6 cuadras hacia el sur.

Una vez hecha la infraestructura del proceso, buscamos en el camal más cercano a la casa del Bruto —el camal de Yerbateros— el sebo en rama en mayor cantidad. Una vez allí, ocurrió un hecho que sembró en mí el deseo de ser vegetariano. La escena del sacrificio de los cerdos. Los colgaban vivos les daban un tajo en la barriga y entre sus gritos de dolor los dejaban desangrarse.

—Putá mare, ya no quiero comer más chancho.

—No seas huevón Cocovich, ¡son animales! —comentó el Bruto.

—Claro pe comparito, además que los chicharrones son riquísimos y aquí los cuidan muy bien —añadió el flaco.

En el camal nos preguntaron para qué queríamos el sebo en rama, y al explicarles, uno de los empleados nos explicó que don Chucho se compra todo el sebo en rama.

—¿Y quién es ese don Chucho? —pregunté.

—Al frente de la clínica San Juan de Dios está la urbanización Valdivieso a media cuadra de la vulcanizadora está la fundición de sebo de don Chucho. Por el olor llegan.

Y así fue. El olor nos hizo llegar. Tocamos fuerte el portón y nos abrió don Chucho. Era un tipo gordo con un polo ceñido aliviado por un hueco que creaba una isla de piel en su superficie abdominal, pese a que era invierno vestía con un short holgado y sayonaras negras.

—¿Qué quieren? —don Chucho no gustaba de perder el tiempo con conversaciones de cortesía. Le explicamos—. Pasen.

Nos enseñó sus instalaciones, no se veía nada de sebo en rama, pero sí miles de cilindros sin tapa llenos de sebo fundido, daba la impresión de ser mantequilla descolorida, decenas de moscas lo acompañaban como satélites, parecía que todo, incluyendo a don Chucho estaba embadurnado por su producto, me toqué la piel del brazo, me sentí untado. Tenía un cilindro gigantesco con quemadores en la parte del fondo, un elevador de cangilones por donde se alimentaba la carga y un tubo grueso con válvula para la descarga del producto. El precio no era tan barato pero suficiente para hacer negocio y vendía al por mayor y menor, nos llevamos un saco con 50 kilos que cargamos en Kitt.

—Carajo, ahora tendremos que poner en los costos un lavado de salón para Kitt, con este olor de mierda ninguna hembrita va a querer subir.

—Igual no quieren subir pe Bruto, ¡échale la culpa al sebo! —le dijo el flaco.

El negocio no fue mal, pero era un loquerío hacer los cálculos de los costos y el precio final, las materias primas y todas las cosas en general incluyendo los pasajes subían de un día para otro, incluso hasta de mañana para tarde. Mi abuela me recomendó a su casero en el mercado de La parada, nos hizo un pedido de «cincuenta cajas para probar», nuestra producción era de una caja al día, teníamos para rato.

Pese a los esfuerzos de don Chucho por darnos un buen precio, el sebo era el insumo de mayor costo. Teníamos que buscar alternativas. El flaco encontró una en un camal de la avenida Colonial en el Callao. Fuimos y la diferencia de precios para el sebo fundido era diez veces menor, impresionante, lo atribuimos a que era el mismo camal el que fundía, es decir sin el intermediario de don Chucho. Tenía grandes frigoríficos y la dueña quiso entrevistarse con nosotros antes de cualquier trato.

—Asu mare comparín, me enamoré otra vez —el flaco sorprendido con las dimensiones de la dueña, una mujer voluptuosa.

—Tú te enamoras con una facilidad.

La mujer todo lo tenía controlado, al lado de su escritorio tenía como diez monitores y cuando veía a un empleado flojeando llamaba al supervisor para pedir explicaciones.

—Bien jóvenes, son estudiantes de San Marcos, me da mucho gusto que sean emprendedores, estoy para apoyarlos.

Nos llenamos de euforia con el cálculo de las ganancias. Las instalaciones modernas, el ánimo, solidaridad y presencia de la dueña nos hizo tomar la decisión de reinvertir todo nuestro capital en la compra del sebo del Callao. Ya Kitt no se abastecía, así que contratamos en la avenida Argentina un camión para que llevase todo el sebo en un solo viaje. Cuando calentamos el sebo y le agregamos el hidróxido de sodio inhalamos una sorpresa. Un desagradable olor amoniacal y pútrido nos invadió, a duras

penas terminamos la saponificación, quedó una masa informe sin consistencia firme, distinta por completo a como estábamos acostumbrados con la materia prima de don Chucho. ¿Qué pasó? Tomamos una muestra y nuevamente la profesora Orihuela era nuestra salvación.

—Muy bien alumno, ponga la muestra en un tubo de ensayo y agregue agua caliente —indicó la maestra—. Observe, ¿se disuelve o no?

—Sí, se disuelve —dijimos prácticamente en coro con el Bruto y el flaco.

—Y el sebo, siendo una grasa, un compuesto de cadena larga, ¿es soluble en agua?

—No —respondimos.

—¿Saben, o se imaginan qué ha pasado? —quedamos en silencio—. El tanque de fundición del camal del Callao, ¿es más grande o más chico que el de Yerbateros?

—Más chico —respondió el Bruto, se había puesto un palito de fósforos en la boca como simulando un cigarrillo.

—¿No se les ocurre nada? —recreó su mirada dedicándonos unos segundos a cada uno—. Bien, les voy a explicar.

Se dirigió a la pizarra y puso la fórmula química del sebo, una cadena larga de carbonos e hidrógenos en su mayoría.

—Lo que pasa es que en el Callao al no tener capacidad para procesar grandes cantidades el sebo en rama tiene más tiempo de espera y en ese tiempo si no se refrigera, es atacado por microorganismos, las moléculas se descomponen, se rompen formando ácido butírico, un compuesto más pequeño, soluble en agua de olor penetrante y desagradable. Lo barato les salió caro, jóvenes, ¿se dan cuenta la importancia del control de calidad? —con rostro apenado, esbozó una mueca que parecía sonrisa, recorrió nuestros rostros con su mirada nuevamente como para hurgar en nuestras reacciones.

—¿Y ahora?, ¿qué hacemos?, ¿ya fuimos? —se lamentó el flaco.

—Miren jóvenes, van a hacer lo siguiente: calientan agua entre 70 a 80 grados centígrados, no es necesario que hierva, y en ella agregan su sebo de manera que el ácido butírico se disuelve en el agua y el sebo rescatable no, lo separan y pueden usarlo. Qué pena que el ácido sulfúrico no tenga venta libre por el problema del narcotráfico porque ese ácido butírico al reaccionar estequiométricamente con el ácido sulfúrico forma fragancia a piñas, muy utilizado en la industria alimentaria.

—¿Nos está queriendo decir que de ese aroma de porquería se convierte mágicamente en un agradable olor?

—Así es, mágicamente, mas lo adecuado es decir químicamente —. Añadió sonriente la maestra.

Así, pudimos recuperar parte de nuestra inversión y nos llevamos tremenda lección por parte de nuestra querida maestra.

Capítulo 12: Tentaciones en el Monarca

La Buenagente me había manifestado en sus conversaciones la importancia que le daba a su virginidad. El Bruto llegó con la novedad de que había acompañado a un amigo del barrio a «Las Cucardas» siendo este casado.

—Pero ¿qué necesidad de ir a esos sitios? ¿Por qué no les basta con su pareja? —indignada la Buenagente.

—¡Ay Mickey Mouse! ¡Qué ingenua que eres! ¡Hay cosas que las profesionales hacen que no se puede hacer con la esposa pes! ¿No hermano? —respondió el Bruto dejándome la pregunta para confirmar su filosofía.

—Sí, cierto —confirmé.

Al comienzo de la relación con la Buenagente había sido una relación rica en lo cultural: teatros de bajo costo, cine clubes, museos, conciertos. Pero conforme nos abrazábamos con mayor confianza nos íbamos rozando con deseo. El tiempo pasaba, estudiábamos juntos, la preocupación y esfuerzo que ella ponía para conmigo era tremenda. Siendo una estudiante muy inteligente y con buenas calificaciones, se desvivía por ayudarme a que apruebe los cursos, más todavía cuando mi curiosidad hacía que muchas veces pierda el norte del examen por venir. Empecé a sentir que su proyecto conmigo era a largo plazo, mientras que mi proyecto latente era el de conocer más parejas, nunca había tenido una relación así y quería saber cómo sería con otras. Ya don Luis me había explicado sobre un filósofo llamado Jacques Derrida y su concepto de deconstrucción. Para don Luis, el monoteísmo hebreo y la monogamia compartían la misma lógica: la del uno absoluto e indivisible, que exige total fidelidad. Sin embargo, el cristianismo, al postular un dios tres en uno, introdujo una diferencia dentro de la unidad. Sin admitirlo abiertamente, esa trinidad deconstruía la pureza del monoteísmo hebreo, porque si el uno puede ser tres, la barrera contra la pluralidad del politeísmo empieza a tener fisuras. Don Luis sostenía que esa grieta teológica era una coartada inconsciente —o maquillada con astucia—: para legitimar otras pluralidades, primero el politeísmo, y luego, como reflejo en lo humano, la de la poligamia. El cristianismo condenó la poligamia, pero su dios, sin saberlo, ya la había hecho pensable.

—Estando conmigo, ¿has ido a esos sitios con mujeres? —me preguntó la Buenagente.

—No, pero tampoco puedo decir que estoy satisfecho sexualmente. De todas maneras, respeto y respetaré tu deseo de ser virgen hasta el matrimonio. No te pido nada.

Desde aquella conversación hubo una ofensiva por parte de ella, me prodigaba placer en forma concreta a tal punto que al comienzo me hizo sentir atado, obligado a sincronizar con sus planes de largo plazo, como que a una persona tan buena no podía vulnerar su intimidad sin ningún compromiso. Y el compromiso yo no lo quería.

Mas la mente lo justifica todo, poco a poco ante la mayor intimidad mi pensamiento fue cambiando de ser respetuoso con su virginidad a que lo importante era que no salga embarazada.

Ella vivía en una urbanización en La Victoria llamada El Porvenir, cuando salíamos caminábamos rumbo a Lima por la avenida 28 de julio y pasábamos por un hostel llamado «Monarca», mientras más candentes se ponían las caricias, mi mente miraba como una gran opción el uso de aquel hostel.

—La vida es así mi estimado Cocovich —concluyó don Luis al escuchar mis devaneos —, procedan y sean felices.

—Pero ¿para siempre?

—Nada de para siempre, ese pensamiento mágico nos lo meten desde los cuentos infantiles, es la influencia de la religión, simplemente vivan plenamente, pero eso sí, cuidando las consecuencias.

En radio Nacional del Perú, los martes a las 7 de la noche había un programa dirigido por el doctor Artidoro Cáceres Velásquez que hablaba sobre sexualidad sin tapujo alguno. Y cada cosa que aprendía en lo posible lo practicaba con la Buenagente y la respuesta era tal y como el doctor lo había explicado. Recuerdo que una vez llamó una mujer conservadora y en vez de preguntarle alguna inquietud le increpó por los temas tratados.

—Usted denigra a la mujer, ¡Nos cree perras!

—Yo le voy a explicar señora por qué nunca podría pensar que las mujeres son perras...

Y empezó a explicar todo el proceso reproductivo de las perras.

—A diferencia de los seres humanos ellas no tienen relaciones sexuales con cualquiera en cualquier época, sino solo cuando están en celo. Para poder aceptar al macho lo hace caminar kilómetros para tomar la decisión con sus propios criterios de selección, por ello estimada señora, no podemos comparar a los perros con los seres humanos, pues ellos no llegan a tener relaciones con nuestros criterios que son culturales, afectivos, y hasta comerciales. Cuando usted dice perra, ¿a quién insulta? A mí me parece que a la perra.

La mató el Dr. Artidoro con su irrefutable respuesta. Cuando se lo conté a don Luis, quien se volvió asiduo oyente del programa, empezó a celebrar con aplausos al doctor Artidoro.

El catalizador para llegar al hostal Monarca fue un examen de química orgánica, nos enseñaron un tema llamado mecanismos de reacción. Se estudiaba la formación de compuestos a partir de su intercambio molecular. Por ejemplo, si tenemos un átomo positivo y se relaciona con otros dos negativos este átomo se «relacionaba» con el más electronegativo.

—¿Y si a los átomos y moléculas positivas nos lo imaginamos como vaginas y las negativas como penes siendo la más electropositiva más atractiva y la más electronegativa más grande y succulenta? —propuse.

Las amanecidas de estudio y práctica de reacciones químicas se volvieron de observación de imaginarias e inolvidables orgías atómicas. Un día después del desayuno en su casa, salimos casi corriendo rumbo al hostal Monarca. No nos importó la paupérrima infraestructura del lugar: las puertas agujereadas por las polillas, las sábanas con dudoso recambio perforadas por rastros de puchos mal apagados, la ausencia de agua caliente en el baño y la necesidad de llevar su propio papel higiénico.

Saboree su pequeño, pero voluptuoso y proporcionado cuerpo recibiendo sus caricias y besos con apasionada reciprocidad. Solo faltaba la penetración final. Ella se molestó un poco cuando no me atreví a entrar y solo quedé pululando, rozando el placer, no era necesario concluir para ser feliz.

Capítulo 13: Secretos Revelados en la Penumbra

El flaco llegó misterioso, delante de la Buenagente me dijo:

—Cocolocov, tengo que hablar contigo, una cuestión seria.

—Plata no tengo, tú sabes bien —la Buenagente se rio y captó el mensaje inventó un motivo y nos dejó solos.

Al final el misterio iba por el lado de la Buenamoza.

—La loquita tiene enamorado, un pata del colegio, no es de mi promoción es un año menor que nosotros.

—¿Y?

—Tú estás o estabas enamorado de ella, templado hasta las huevas.

—Yo ahora estoy con la Buenagente, la Buenamoza es libre de hacer con su vida lo que desee, lo nuestro ya no tiene futuro alguno, ya no pienso en ella.

—El patín es un tipo exitoso, un joyero y según me cuenta le está dando duro, tu entiendes comparito.

—Qué bueno. Como te digo, yo no tengo nada que ver.

Muchas veces el flaco tenía un comportamiento cruel. Te decía cosas que aparentemente te traerían sufrimientos y te miraba con atención. El truco era no darle el gusto de desplomarse, psicológicamente ya me había preparado en sacar de mi mente a la Buenamoza y cuando la recordaba lo hacía sin dolor alguno. Más bien me daba mucho gusto que haya encontrado una pareja solvente, pues la empresa que había formado el amigo del flaco era pequeña, una microempresa, pero muy rentable para tan poca cantidad de gente que trabajaba allí. Con la hiperinflación, y la ingrata experiencia de ventas en International System nunca me hubiera atrevido a incursionar en el negocio de la joyería pues pensaba —erróneamente—, que la gente estaba más preocupada por sobrevivir y que las joyas eran algo prescindible. Con razón que alguna vez vi a la Buenamoza vendiendo joyitas en la facultad, cuando me acerqué a una compañera que le había comprado tenía una cadena cuyo motivo era una molécula de benceno. Recordé entonces una clase de metalurgia donde el profesor mencionó que el oro se separa de la roca con cianuro de sodio, una data curiosa que archivé sin pensar dos

veces, como uno archiva tantas cosas que se aprenden en la universidad y que parecen no servir para nada en la vida diaria. Con el tiempo aquellas cadenas se popularizaron cuando empezaron a venderse en el quiosco de la facultad donde se encontraba de todo: copias de libros, tubos de ensayo, matraces, comidas y bebidas, papelería y ahora las curiosas cadenitas. Lo que más consumíamos con el Bruto y el flaco eran unos queques llamados «trancaculo» que al sumarle una gaseosa «Lulú» daban con bajo presupuesto y en poco tiempo, la sensación de saciedad de un almuerzo, con lo necesitados de tiempo que andábamos.

En mis visitas periódicas a la funeraria, lo ponía al día a don Luis de los detalles.

—Una joya tu amigo, pero se nota que te estima —aseveró don Luis.

—Sospecho de él por algo que me pasó con mi papá.

—¿Qué pasó? —curioso y divertido don Luis.

—Un día mi viejo me dice que procure estar el martes a las 3 de la tarde en la casa, todo un misterio.

—¿Y para qué?

—Cuando llegué a la hora acordada, en la sala estaba una rubia de ojos azules, preciosa.

—¡Ajá!, ¿una amiguita del flaco?

—No, no..., era una amiga de mi papá, debí sospechar por su larga falda para lo que venía.

—¡Ah! ¡Ya sé!, ¡mormona!

—Efectivamente, me habló de Moroni, de la vida después de la muerte, sacó un cuadrito del camino de las almas, sobre Joseph Smith y unas placas que lo explicaban todo supuestamente demostrando que Jesús había venido a América.

—¿Y tu papá?, ¿es mormón?

—No, nada, es católico relajado, siendo hijo de mi abuela piurana, de Catacaos que es muy religiosa, él con las justas se sabe algún mandamiento, lo que quería era empatarme con la gringa.

—¿Y qué tiene que ver el flaco en todo esto?

—Que seguro fue con el chisme de que estoy con la Buenagente y mi viejo en los últimos días empezó a hablarme cojudeces como que siempre hay que buscar mejorar la raza.

—Me da gusto que pienses que son cojudeces, en realidad es ignorancia, al final lo que llamamos razas no lo son, somos una sola: el homo sapiens sapiens. Eso de mejorar la raza es muy común pese a no tener sentido racional.

—Pero don Luis su exesposa es prácticamente gringa.

—Bueno, pero no fue el criterio de mejorar la raza lo que me llamó, la conocí cuando murió su padre, cuando ayudaba en el negocio a mi papá y fui llevando el cajón al hospital.

—¡Ah caramba!, ¡qué romántico! —me refí.

—Carajo, no me hagas recordar a esa mujer que mi patrimonio disminuyó por su culpa.

—Pero cuente pues don Luis, ¿o le trae malos recuerdos?

—Más bien me trae buenos recuerdos, malos recuerdos son los que voy a tener por lo del divorcio de ahora.

Don Luis, cuando todavía era Luis el estudiante universitario, en épocas de vacaciones trabajaba ayudando a su padre en la funeraria. Le encargaron recoger un cadáver de la nevera mortuoria en la pequeña morgue del hospital Almenara aquel que queda en la avenida Grau frente a la facultad de medicina de San Fernando perteneciente a la Universidad de San Marcos. Al entrar por una entrada lateral, bajó de la camioneta conteniendo el féretro, caminó por un largo pasadizo. A la derecha están las neveras con los cadáveres y hacia la izquierda están los pacientes de enfermedades tropicales que no son muchos. Luis caminaba con el papeleo para ubicar el cadáver y después retornar con el cajón elegido para el cliente. Todo rutinario, hasta que oyó el grito de una mujer que venía corriendo hacia Luis, detrás de ella un tipo en silla de ruedas le rogaba que no se asuste. Pero ¿quién no se iba a asustar? si el tipo de la silla tenía la piel de color verde, doña Elena cuando era solo Elena al ver a Luis lo abrazó con fuerza en medio del llanto. Luis la acogió, tomó con una de sus manos su cabeza apoyándola en su pecho y la otra frotando suavemente su espalda. A los pocos segundos no sin vergüenza sintió que tenía una erección. Quiso separarse para disimular, pero Elena se acercó nuevamente y se empinó para montar ligeramente sobre el oprobioso bulto, ante tal forcejeo se besaron apasionadamente ante la atónita mirada del hombre verde desde su silla de ruedas. Boquiabierto, no tuvo más remedio que ahogar su necesidad de explicación y compañía dándose media vuelta para volver a su pequeña sala mal llamada «pabellón» de enfermedades tropicales.

Capítulo 14: Enigmas en la morgue: Tras las Sombras del Crimen

La hiperinflación y escasez de productos era insoportable, había que hacer grandes colas y literalmente rogar porque nos expendan un poco más de productos. Ya estaba por terminarse el gobierno aprista y se había creado, para algunos como don Luis, la esperanza de salir de la hiperinflación con la candidatura de Mario Vargas Llosa, quien salió espontáneamente como una reacción a la estatización de la banca y seguros por parte del gobierno de Alan García. Todos los días veíamos en las noticias juntas interventoras por parte del gobierno, y los artificios por parte de los banqueros para tratar de distribuir sus acciones a los trabajadores y así poder impedir que los bancos se vuelvan estatales. Se volvieron cooperativistas por necesidad.

—Este tipo ya no sabe de dónde sacar plata —comentaba don Luis con fastidio— primero con su cojudez de pagar la deuda externa con el equivalente al diez por ciento de las exportaciones, ¡con los intereses nomás aumenta la deuda externa! Es un huevón y aun así la gente le sigue, el país está en bancarrota.

—Pero don Luis, ¿no son los gringos los que nos quieren joder?

—Los gringos siempre van a velar por sus intereses, pero, ¿qué interés van a tener en jodernos?, ¿tú crees que los gringos van a querer que los senderistas ganen? Se volvería otro Cuba. Vamos a ver si gana Vargas Llosa y pone orden en el país.

Ya me faltaba un año para terminar la universidad, pese a la crisis, en cuestión de pareja contábamos con dinero para poder salir con la Buenagente que recibía dinero de sus hermanos que habían emigrado al Japón, en aquel gobierno casi tres millones de peruanos emigraron al extranjero, eran notorias las grandes colas por sacar pasaporte en el cruce de la avenida Paseo de la República con 28 de julio, daba la impresión que no había familia en el Perú que no tenga alguien que sea emigrante o por emigrar.

El resultado de las elecciones presidenciales fue una gran sorpresa. Ganó Alberto Fujimori, un outsider que prometió no utilizar el shock económico —que para los

partidarios de Mario Vargas Llosa era la única e inevitable solución a la hiperinflación, respaldada en la teoría cuantitativa del dinero—. Nos sentimos aliviados cuando ganó Fujimori, a la mayoría no nos importó su ausencia de plan y equipo de gobierno, lo que nos causaba terror era el shock económico y más con la publicidad del candidato aprista Luis Alva Castro donde se nos mostró imágenes apocalípticas horribles, dignas de película de terror con peligrosas guadañas que nos arrancaban de la vida con el shock económico.

En medio de esto, había pasado un poco más de un mes sin ir de visita a la oficina de don Luis, cuando por fin me di el tiempo, me sorprendieron algunas novedades. Había instalado un gigantesco plano de la ciudad de Lima sobre una plataforma de corcho y un par de pizarras blancas con plumones, sobre el mapa había pegados con chinchas, papelitos de colores en diversos puntos

—¿Qué pasó don Luis? ¿Una nueva estrategia de ventas? ¿Algún nuevo negocio?

—No, estoy siguiendo la pista del asesino de los niños azules —sobre su escritorio estaba un diario considerado por mi madre como morboso, un día lo vio en el quiosco y me dijo: «así como hay revistas de calatas, hay revistas de muertos», cuando la escuché respondí: «Entiendo que nos gusten las calatas, pero ¿los muertos?» A lo que mi madre sentenció: «Son enfermos».

—¿Le gusta esa revista don Luis? Es de puros muertos.

—Empecé a comprarla porque estoy siguiendo la pista del asesino de los niños azules.

—¿Niños azules?

—Sí, mira —abrió la revista hecha de papel periódico, hasta las publicaciones daban notorias muestras de decadencia ante la crisis económica, había fotos a color de los niños fallecidos, tenían en la piel una tonalidad entre morada y azul —por lo que he podido leer en este libro que conseguí en San Fernando, esta coloración es propia de la asfixia, pero como ves en las fotos ampliadas no se ven señales de estrangulamiento.

Nunca pensé tener alguna vez que ver esa revista, pero empecé a leer el artículo y ver con detenimiento cuasidetetectivesco las fotos de los cadáveres, todos niños entre 8 y 13 años.

—¿Alguna pista? —por ese instante me sentí detective, tuve el deseo de fumar en pipa o por lo menos un delicioso Chesterfield.

—Sospecho que son envenenados, podría ser cianuro o arsénico, también hay una restricción del área de operación, todo parece ocurrir por el cercado de Lima hacia el sur —explicó don Luis poniendo énfasis en su gran plano de la ciudad y sus papelitos.

—Hazme un favor, ¿podrías ir a la morgue de Lima? Necesito el informe de necropsia de por lo menos uno de estos niños.

—No creo que sea tan fácil, ¿con qué pretexto podría entrar?

—Vamos a esperar el momento. Irás a recoger un cliente con los muchachos de servicio, una vez adentro como eres conversador te pones a comentar sobre el tema, es un tema que los periódicos están informando con frecuencia —don Luis tomó una agenda de un cajón de su escritorio—, te voy a dar una lista de contactos con sus puestos para que tengas idea.

—¿Y usted?, ¿no conoce gente adentro de la morgue?

—Sí, conozco a los jefes, pero son tipos que no sueltan información así nomás. Su misma experiencia los hace evitar problemas, no quieren complicarse la vida, no gustan de hablar sobre los detalles de su trabajo, siempre hay abogados que son como carroñeros atrás de algún indicio que les permita armar una defensa, necesitamos que alguien sin responsabilidad alguna como un practicante nos cuente algo.

—¿Y por qué lo hace? ¿Se volvió Sherlock Holmes de la noche a la mañana?

—Porque quiero demostrarme que estudiando se pueden lograr mejorar las cosas, me parece que las creencias y el pensamiento mágico son un lastre incluso hasta dentro de la gente de la policía, ministerio público y jueces, hasta los médicos son ganados por el lavado de cabeza de la creencia, quiero concentrarme solo en evidencias.

Estuve esperando en la funeraria hasta que llegue un cliente que esté en la morgue de Lima. Cuando por fin llegó una cliente. Se trataba de una señora que había sido degollada presuntamente por su esposo.

Al llegar, el olor de la morgue era una mezcla de ácido butírico, formol, y un olor entre putrefacto y dulcete similar a lo que había oído en alguna práctica de laboratorio de química analítica cuantitativa usando sulfato de aluminio.

Ya don Luis, en una de nuestras prolongadas conversaciones, me había enseñado a romper el hielo para poder hablar con cualquier persona: Aquel día fuimos al parque Matamula, cerca de su oficina. Había muchas personas tomando sol, y me pidió que eligiera a alguien al azar.

Señalé a un vendedor de helados.

—Muy fácil —dijo—. Un vendedor siempre está dispuesto a hablar. Busca a alguien más tranca.

Observé alrededor y elegí a una señora sentada en una banca. Se veía inexpugnable.

—Vamos —dijo don Luis.

Se acercó tomándose la cintura y caminando con dificultad, cojeando. Le pidió permiso para sentarse junto a ella y lo hizo con un gesto de dolor.

—Tengo un dolor terrible —comentó. La señora lo vio con compasión.

—Tiene que frotarse con un macerado de rocoto en pisco. Es buenazo para el dolor.

—¿Y no pica?

—No, se siente algo extraño. ¿Alguna vez le han sacado una muela?

—Sí, claro, la del juicio.

—Bueno, esa sensación de no sentir dolor es lo que se siente.

—¡Qué interesante! ¿De dónde es usted? —inquirió don Luis.

—De Cajamarca, pero no de la capital. Soy de Celendín.

—¡Ah, mire! Escuché que había una leyenda sobre unas hermosas y misteriosas mujeres en Celendín.

—A los de Celendín nos dicen shilicos. Las shilicas son muy guapas, pero no recuerdo ninguna leyenda sobre nosotras. Existe una sobre el velo de la novia, una hermosa cascada en forma de novia. Recupérese y dese una vuelta por Celendín.

La conversación fluyó con naturalidad. Don Luis incluso mencionó su divorcio y recibió la recomendación de vivir un tiempo en Celendín, con la garantía de que encontraría allí una mujer bella por dentro y por fuera. Me imaginé Celendín como una ciudad llena de buenas mozas, pero luego me dije que no debía andar pensando en ella.

Cuando nos alejamos, don Luis sonrió.

—¿Viste? Así se rompe el hielo. No necesitas discursos elaborados, solo curiosidad y buen humor.

Dentro de la morgue, el panorama era terrible. Los ataques terroristas ocasionaban más muertes que las planificadas en su diseño original, sumado el crecimiento poblacional, más la quiebra del estado que impedía una actualización en sus equipos e infraestructura el personal tenía grandes problemas, hacían mil artificios para realizar su trabajo. Las mesas donde se efectuaban las necropsias estaban colapsadas, las neveras mortuorias no se daban abasto, sumado a los intempestivos cortes de electricidad por los atentados, había un grupo electrógeno que no podía funcionar por falta de combustible, se habían visto obligados a improvisar una especie de piscinas con formol donde ponían los cadáveres sin recoger hasta que se cumpla el tiempo estipulado por la ley para enviarlos a la fosa común. Entre tantos, había más cadáveres de personas de mediana edad, no alcancé a ver ningún niño azul, cuando pregunté sobre el caso me dijeron que la mayoría nadie los reclamaba y se disponía de los cuerpos ya sea para estudio o para fosa común. Pese al tétrico escenario y a la

mezcla de olores, estuve tranquilo, sin sospechar que unos minutos después iba a colapsar de estrés. Me dirigí a la sala donde estaban las mesas de necropsia. Llegó un cadáver de una mujer joven de aproximadamente 20 años, vestía de fiesta, al parecer había estado en un quinceañero, se parecía a la Buenamoza, exhibía una belleza casi viva, en mi mente empecé a repasar cómo habrían sido sus últimas horas de vida. Se arregló para la fiesta, llegó a ella y ¿qué le pudo pasar? ¿Y sus familiares? Alguien, probablemente su madre, la acompañó a comprar su hermoso vestido, quizás la ayudó a maquillarse, su padre pudo haber estado impactado viendo las noticias y se despidió de ella invadido por la rutina y la certeza de su pronto retorno. Intenté frenar mis pensamientos cuando sentí que se me caían las lágrimas, traté de pensar en otra cosa, y mi mente no tuvo mejor idea que recrear la posibilidad de que podría haber sido la Buenamoza. Respiré hondo como queriendo diluir la pena que me invadía la inusitada empatía que me provocó la costumbre de visualizar situaciones probables, el aire fue insuficiente, una presión en el pecho no me dejaba respirar. Desesperé. No recuerdo más. Desperté en una camilla en un tópico y los empleados de la funeraria me llevaron de regreso donde don Luis cuando vieron que ya estaba algo recuperado.

—No averigüé mucho don Luis, no sé qué me pasó, vi el cadáver de una mujer joven y hermosa. En mi mente armé detalle por detalle qué pudo haber pasado con ella, y colapsé.

—Es natural Cocovich, así pasa, leí en la biografía de Christiaan Barnard que en un momento pensó en dejar la medicina porque se desmayó al ver una hemorragia de sangre en un paciente. Tú eres nuevo en esto.

—Fracasé en la investigación de la causa de muerte de los niños azules, lo que sí me dijeron que van a la fosa común.

—Pero ¿sabes si les hacen la necropsia?

—Lo que me dijeron es que están colapsados, no tienen tiempo para nada, solo tienen que centrarse en los cadáveres «importantes» —cuando dije importantes hice un ademán insinuando comillas.

—Bien, la verdad es que sí has traído datos interesantes, ya sabemos que no se sabe nada sobre la muerte de los niños azules, es como en la época de Belaúnde el 82 u 83 cuando murió Petiso, un niño de la calle que lustraba zapatos y dormía en la plaza San Martín, se electrocutó tratando de abrigarse en una caja de luz. Por aquí tengo el recorte de la noticia: «En setiembre de 1983 un niño lustrabotas de 7 años, falleció electrocutado en una caja de iluminación de la plaza San Martín no se lo pudo identificar, no hubo familia que reclame su cadáver, siendo muy pequeño sus amigos de la calle le llamaban «Petiso», causó conmoción en la opinión pública porque el niño andaba descalzo, cubierto con trapos y se acercó a la caja de luz para guarecerse del frío y de

la lluvia. Carolina de Orrego esposa del alcalde de Lima Eduardo Orrego un mes después inaugura una casa albergue en el jirón Conde de Superunda denominado «Casa de los petisos» para que nunca más se repita drama similar».

Capítulo 15: Trazando el Camino: Entre Sueños y Realidades

Cada vez la Buenagente recibía más remesas del Japón, su hermana con cuatro años de enamoramiento, se casó con su compañero de clases. En la fiesta por su matrimonio se comentaba que como ya habían terminado su carrera, viajarían al Japón a buscar nuevos horizontes, y que el mismo destino tendría la menor, es decir la Buenagente con su enamorado. El tema económico para este proyecto no era ningún impedimento gracias a los dólares frescos que venían del Japón.

—Supongo que me escribirás desde Japón —me comentó don Luis —, copia bien la dirección de mi oficina aquí en la funeraria porque con tanta tontería judicial que ha emprendido la madre de mis hijos ya no sé si conservaré la casa donde vivo.

—Yo no pienso irme a Japón don Luis y mucho menos casarme, todavía quiero vivir más antes de eso.

—Quizás no quieras tanto a la Buenagente, ¿todavía te late por la Buenamoza?, por algo tu amigo el flaco te mantiene informado de sus andanzas.

—No, no es eso, me va bien con la Buenagente, pero me da miedo que me vaya tan bien, hasta me pidió perder su virginidad.

—¡Ya pues! ¡Qué más quieres! ¡Procede!

—¿Y si la dejo? ¿No cree que le haría daño? La vez pasada su mamá me dijo: seguramente va a dejar a mi hija y se va a buscar una más guapa.

—Pueda que tenga razón, ¿y qué le respondiste?

—Me hice el indignado y le dije que cómo puede pensar eso, pero viéndolo bien tiene razón.

—Sí, tiene razón.

Pasó el tiempo y poco a poco me fui distanciando de la Buenagente. Lo que aceleró las cosas fue la llegada al barrio de las hermanas hacendosas, eran cinco hermanas, una de ellas, la penúltima, se me hacía muy provocativa, empecé a llamarla la Irresistible, cada vez que regresaba de la universidad y la veía caminar era un derroche de una especie de sencilla sensualidad que me traía loco. Les llamaba las hacendosas porque cuando se instalaron en el departamento vecino causaron una

revolución de orden y limpieza. Ellas mismas pintaron la fachada e interiores comunes, no sin antes tapar cualquier irregularidad en las paredes, renovaron los filos metálicos de las escaleras, con una especie de hisopo gigantesco limpiaron del polvo los faroles abandonados por las empresas eléctricas y colocaron una virgen María de yeso en el área común con su respectiva iluminación. En un viaje de regreso desde la universidad me encontré con la menor de las hacendosas, le pregunté si podía salir a conversar por la noche a lo cual accedió, le conté un poco de mi vida universitaria, mis amores y desamores, ella también me contó de sus amores y desamores, en una de esas tertulias nocturnas le pregunté si podía sondear mi posibilidad amorosa con la Irresistible, ella hurgó un plan:

—¿Qué te parece si nos vamos con mis hermanas y alguno de tus amigos a jugar un campeonato de fulbito de mano? Así como que todos empezamos a conocernos y le puedes entrar más fácil a la Irresistible.

Hablé con el flaco Bayletti, de inmediato se apuntó. Fuimos a jugar a un fulbito de mano a unas cuadras, pero la Irresistible se aburrió y se fue antes que termine el minicampeonato. Lo pasamos tan divertido que una vez por semana íbamos a jugar, pero ya sin la Irresistible presente.

Un día la menor llegó con el dato que le había preguntado sobre mí a la Irresistible:

—Lo siento amigo, no le gustas —solemne, me dio la mala noticia.

Había que cambiar de aires, don Luis me recomendó que busque actividades extracurriculares que sean mi pasatiempo.

—A veces en nuestros pasatiempos está nuestro destino —agregó don Luis.

—¿Y cuál es su pasatiempo don Luis?

—La filosofía y la ciencia, busco nuevas ideas, nuevos conocimientos, nuevas curiosidades y también innovaciones para mi negocio.

—A propósito, siguen aquí los mapas de las muertes de los niños azules, pero ya no habla de eso, ¿tiró la toalla? ¿Se acabó su vocación de Sherlock Holmes?

—Se quedaron en ocho niños muertos, no tenemos necropsias, ni familiares, ni amigos, ni nadie que se interese por ellos, se supone que el albergue de los petisos debió acabar con los niños abandonados a su suerte, pero con un estado quebrado, ¿qué se puede pedir?

—Entonces quedó impune todo.

—Como la mayoría de fechorías en el país.

Me matriculé en el Museo de Arte a clases de creatividad literaria. La idea de don Luis era que a la vez que aprendía algo que me agrada, socializara con gente con apetitos culturales comunes, y que habría más probabilidades de encontrar una pareja

con un pasatiempo en común. Si bien no conocí una pareja como tal, conocí a un gran amigo poeta que estudiaba sociología quien a la vez me presentó varias amigas y amigos de su facultad. Gustaba de caminar, así que mientras caminábamos al azar por la ciudad, hablábamos de literatura, mujeres y economía, me contaba los conflictos con su padre, al contrario que él era muy poco de leer, le preguntaba: «¿para qué chucha sirve la sociología? ¿De qué vas a vivir?» Después de sus primeras publicaciones en la revista «Imaginario», cuando las vio el papá dijo «¡Ahora pa concha poeta! ¡Los poetas se mueren de hambre»

—La mayoría de emprendedores son así, son gente de acción, mi papá era así, vio que faltaban funerarios y se volvió funerario, casi sin saber leer ni escribir como el papá de tu amigo —comentó don Luis —, son gente muy trabajadora.

—Hablando de sociología, en el primer año nos enseñaron sociología, como dice el papá del poeta, ¿para qué sirve?

—Es muy importante, parece más bien que no la has sabido valorar. No has captado la esencia.

—¿No la habrán puesto por un tema ideológico?

—No, nada de eso, es para poder comprender el método científico y así poder utilizar la ciencia al servicio de la sociedad. A ver, ¿Quién es el padre de la sociología?

—Si mal no recuerdo, Comte.

—Bien, él formuló el positivismo.

—Mente positiva la frase de Christiaan Barnard si piensas que estás vencido lo estás si piensas que no te atreves no lo harás, todo está en tu estado mental.

—¡No! ¡Ese positivismo no! —rio don Luis —lo que él expresó es que todo conocimiento tiene que ser fundamentado con evidencia. Por eso te lo enseñaron en el primer año para que tengas el criterio en base al método científico, observación, hipótesis, experimentación, resultados, análisis de estos y publicación.

—En la universidad es lo que hacemos en los laboratorios, hacemos un experimento registramos las mediciones y después buscamos una teoría que nos permita predecir posteriormente un fenómeno similar, cuando empezamos con los jabones la teoría fue muy útil, la famosa estequiometría, nunca lo olvidaré. Recién la agarro.

—De eso se trata.

El padre del poeta era distribuidor de abarrotes en bodegas, tenía una camioneta Volkswagen tipo kombi antigua, a la cual atiborraba de productos y llevaba a las bodegas de Magdalena donde era su barrio. Cuando le conté sobre nuestros jabones, me preguntó sobre nuestra capacidad de producción, la cual era una caja de 48 jabones por día, que por problemas de tiempo por los estudios era muchas veces nuestra

producción semanal. Nos hizo un comentario: «Están hasta las huevas con ese volumen de producción, nadie gana con eso y peor con la inflación, esa lentitud te traga con zapatos y todo, por las huevas trabajan, ¿también son poetas? ¡viven ahuevados!». Era un hombre práctico. Lógico, renegón, sabio y pese a sus comentarios desencarnados, simpático.

—Ese es un tipo de filosofía llamada pragmatismo, lo más importante son los resultados, es una forma de pensamiento de comienzos del siglo XX.

—Bueno, creo que es obvio.

—No era tan obvio, hasta el siglo XVI la influencia de la iglesia católica hacía que todo conocimiento tenga que ser obligatoriamente coherente con lo que dice la biblia. Para llegar a la ciencia fue un camino largo desde el oscurantismo religioso hasta la ciencia basada en la razón en base de la experiencia, pero hoy todavía impera el pensamiento mágico, como por ejemplo tu sueño «divino» con la Buenamoza —cuando don Luis dijo el «divino» hizo el ademán de entre comillas.

Don Luis explicó que en aquella época predominaban filósofos cristianos como san Agustín y santo Tomás de Aquino cuya meta era demostrar preceptos bíblicos, utilizar la lógica a partir de ellos, luego llegó Descartes y creó las bases de la filosofía moderna. Descartes manifestó que el origen del conocimiento está en la razón (pienso, luego existo), Hume refuta lo dicho por Descartes y dice que solo existe el conocimiento desde la experiencia, mientras que Kant desde la admiración que le tiene a Hume busca un punto intermedio entre Hume y Descartes, razona: el racionalismo de Descartes me va a hacer caer en el dogmatismo, pero el empirismo de Hume me va a llevar al escepticismo. Kant en su libro «Crítica de la razón pura» busca una tercera vía, nos habla de los conocimientos a priori que no dependen de la experiencia y los a posteriori que sí dependen de la experiencia.

—Sí, ¿y lo del poder de la mente?, por ejemplo, pienso en un limón y ya estoy salivando —alegué.

—Esos son condicionamientos como el famoso perro de Pávlov que tocaba una campana cada vez que iba a alimentar a su perro, el perro se acostumbró y con solo escuchar la campana salivaba.

—Jung nos habla del inconsciente colectivo. Que existe una mente común a todos como por ejemplo cuando a Mendeléyev se le ocurrió ordenar los elementos químicos en el orden de sus números atómicos en la misma época también se le ocurrió a Meyer.

—Me da gusto que estés leyendo, es bueno leer de todo para poder conocer cómo va evolucionando el pensamiento, pero hay que tener claro que hay que separar la paja del trigo, los escritos de Jung no tienen base científica es pura paja mental, es

entretenida, hasta bonita, pero no tiene un fundamento experimental y no son conocimientos a priori.

—Muchas veces la Buenagente me dice que teniendo un examen cercano yo me entretengo leyendo otras cosas que no van al cuento, me gusta ir saltando de un tema a otro y la oportunidad que te dan las bibliotecas es tremenda por eso leo un montón, pero no se reflejan en mis notas, sobre lo que dice Jung, ojo que no solo ocurrió con lo de la tabla periódica también pasó con el cálculo infinitesimal llegaron a lo mismo Newton y Leibniz, ¿no lo habrán sacado del inconsciente colectivo?

—La gente quiere creer en la magia, es natural, la magia dentro de los años de evolución fue importante para explicarse las cosas, pero ahora está la ciencia, el método científico, los científicos llegan muchas veces a resultados parecidos porque tienen acceso a la misma información, pero cada uno tiene sus estudios particulares por ejemplo Newton aplicó el cálculo infinitesimal a la física. Hasta el momento la mejor manera de estudiar y comprender algo es el método científico, hasta que alguien idee algo mejor, es como en la política el mejor sistema es el democrático, no es perfecto, pero es perfectible y lo menos malo que hay.

—A mí me gusta la idea de una mente común, quizás no haya un dios como nos lo pintan las religiones, pero sí una energía que nos une a todos, y los grandes descubrimientos vienen de la acumulación de experiencias que se guardan allí, creo que cuando morimos vaciamos nuestras mentes en esa supermente.

—Yo creo que en el fondo lo que temes es morir, desaparecer, lo veo mucho aquí en la funeraria no solo es el miedo a morir sino de no volver a ver a los seres que uno quiere y añora, ese es el gran negocio de la religión y de estos nuevos grupos de la nueva era, hay mercado para ellos porque te venden las creencias que la gente desea sean ciertas. Es una maravilla comercial porque es un producto ficticio el cual nunca podrás demostrar su eficacia, de allí que te lo complementen con métodos adivinatorios, contactos con el más allá y lo más moderno: la comunicación con seres superiores de otros planetas. Todo funciona porque el deseo puede más que la realidad.

Capítulo 16: Transformaciones Inesperadas: Del Laboratorio al Emporio

El flaco Bayletti estaba triste, el amor de su vida se había casado.

—¿Cuál amor de tu vida pues comparito? Si tú eres bravo —comenté.

—Cuando tenía quince años fue la primera vez tanto de ella como mío —explicó el flaco —, y ahora a ese gordo de mierda de su esposo no le importó.

—Pero ¿tú creías que esa experiencia era suficiente?

—Claro pe comparín, se supone que nos separamos momentáneamente para que se vaya a estudiar a Inglaterra, pero ahora que vuelve me sale con esto.

La tristeza no le duró mucho al flaco porque cuando menos pensé ya tenía una nueva pareja. Conociéndolo, el flaco era divertido, pero como partido matrimonial para algo más serio, se veía muy lejos ese momento, ¿lo llegarían a conquistar?

Por mi parte empecé a ir solo al cine, teatro, museo, pensando en quién podría ser mi próxima pareja al no tener a la Irresistible como alternativa. En ese ir y venir fui al teatro de Monos y Monadas de Nicolás Yerovi quien con inteligencia y humor hacía una irónica caricatura de la sociedad y sus personajes políticos. También fui a la Alianza Francesa de Lima a ver «Largo viaje hacia la noche» de Eugene O'Neill con las actuaciones de Delfina Paredes y el primer actor Luis Álvarez. Me entusiasmó leer en una entrevista a Álvarez que pese a su largo camino actoral no había realizado esta obra y que era su deseo hacerla antes de morir. Cuando me enteré de su puesta estuve en primera fila. Tuve la suerte de ver frente a mí en el escenario a Delfina Paredes que hacía de Mary Tyrone una adicta a la morfina que regresa a casa después de un tratamiento. Hay momentos de locura donde pasa de la risa al llanto y del llanto a la risa, fue impresionante verla tan de cerca y observar el cambio brusco de emociones de una persona adicta en estado de angustia producto de la abstinencia.

Aquella obra me hizo reflexionar sobre la importancia de hallar una pareja emocionalmente estable. Entre mis compañeras de la universidad había una que destacaba por su inteligencia además de ser atractiva, cada vez que le hablaba se reía y parecía que le caía bien. Estudiaba junto con su amiga la callada, ambas parecían relajadas con mi presencia, ¿qué tal si me acerco a ellas?, pensé. El único pretexto era el estudio. El problema era que mi falta de concentración y mis repentinos cambios de

temas de interés hacía que arañe las notas cercanas al mínimo aprobatorio, como la mayoría de sobrevivientes en los últimos años de carrera, mientras que la Inteligente y la Callada se sacaban en los exámenes notas cercanas al máximo. Cuando sacaban menos daba la impresión que se molestaban, eran los dos primeros puestos de la promoción. Mas me acogieron muy bien, la diversidad de temas que manejaba en mis conversaciones parecía que les agradaba y me sentía respetado e inteligente con ellas.

El gran trabajo era el esfuerzo. Mientras que para prepararme para un examen me resolvía un par de problemas en una mañana y en el mejor de los casos dependiendo del curso cuatro problemas, con ellas no bajaban de ¡diez problemas en una mañana! Eran unas máquinas de resolución y la velocidad casi mecanográfica para teclear las calculadoras, elaborar gráficos, hacer conclusiones era increíble.

—Eres un poco lentito, poco a poco vas a tomar ritmo —me comentó la Inteligente ante la risa de la Callada.

Y poco a poco también fueron aumentando mis notas. Mientras con el Bruto y el flaco Bayletti éramos más de discutir posibles soluciones, ellas eran más iterativas, exploraban rápidamente una solución tras otra sin descanso y llegaban a la solución con manual rapidez, no meditaban mucho las conclusiones y pasaban a otro problema, al cabo de unos veinte problemas por día comprendí que su secreto era agotar toda posibilidad. En San Marcos los profesores rara vez toman un problema que esté en un libro, hacen creativas combinaciones, cuando las inteligentes recibían el examen estaban perfectamente preparadas para aquellas combinaciones. Y ahora yo también. No había mucho tiempo para la tertulia sin objetivos, no había demasiados tiempos de relleno solaz, era novedoso para mí y eso me atraía.

Por esos días apareció una convocatoria para una práctica en la planta piloto de química para producir alcohol a partir de una donación de caramelo por parte de la fábrica Ambrosoli. El encargado de dirigir la operación era nada menos que el profesor Chero quien había sido elegido como nueva contratación de Petroperú para trabajar dirigiendo las operaciones en la refinería La Pampilla. Decidimos presentarnos con el Bruto, si bien teníamos la experiencia de la producción de jabones, era como nuestro primer contacto con la profesión un poco más formal, en la misma cancha y nada menos que recogeríamos por un día parte de la vasta experiencia del profesor.

Llegamos y el profesor nos llevó a una sala donde nos hizo un diagrama del proceso, nos enseñó la reacción química que íbamos a utilizar, las enzimas que se habían utilizado como catalizador en la maceración, la energía que íbamos a utilizar, los materiales de ingreso, la cantidad estimada, el cálculo de la eficiencia del proceso y lo que nosotros haríamos en la práctica durante todo el día que era el proceso de

destilación. Nos habló algo sobre automatización, presiones y temperaturas, cuando lo veía al Bruto, estaba feliz con la explicación, nos sentíamos muy motivados.

El proceso empezó prendiendo el caldero, previamente habíamos realizado el análisis de las aguas de alimentación, con esos resultados calculamos la cantidad de aditivos que había que agregar al agua antes de entrar al caldero y la cantidad de purgas programadas. La torre de destilación tenía como tres pisos, teníamos que abrir y cerrar válvulas de acuerdo a las presiones y temperaturas lo que resultó un loquerío. Subir, bajar, coordinar a gritos, el profesor de igual manera, en el camino nos explicaba que lo mejor para aprender era trabajar en manual. Al final logramos la producción deseada y calculada, pero terminamos tan exhaustos que incluso tuvimos que ir a los baños del gimnasio a ducharnos, buscar comida en algún recoveco de la ciudad universitaria para tener las fuerzas necesarias para regresar a nuestras casas.

Al día siguiente nos amanecimos estudiando en casa del Bruto para prepararnos para el próximo examen, si bien yo estaba a buen ritmo gracias a las inteligentes, no dejaba de estudiar con mis amigos, nuestra táctica era estudiar en la universidad cada uno a su modo, regresar a casa, dormir un rato y desde las 10 de la noche estudiar hasta las 5 de la mañana. Cuando llegaron las 5 de la mañana el Bruto me dice:

—Hermano, ya no seguiré en la universidad, me retiro.

—¿Cómo? ¿Por qué? —reaccioné sorprendido. No podía creerlo.

—También me retiro del negocio de los jabones, no quiero parte alguna, dono mis ganancias —me reí con la propuesta pues no veíamos ganancia alguna—, compraré dos remalladoras y en la azotea de mi casa me pondré a confeccionar polos.

—Tas huevón, si bien eres bruto, ¿te va bien en la universidad!

—Pero ¿no has visto en la planta piloto cómo será la chamba? Es parecida a la de los jabones —explicó el Bruto

—Sí, pero la carrera es bonita.

—Bonita es estudiarla, pero ¿trabajarla? No me imagino haciendo esa vaina todos los días, mejor me dedico a la confección como la mayoría de mi familia, en realidad el único académico es mi papá, pero es el más misio. En cambio, a mi madre con sus negocios le va mejor.

—Tu viejo se va a poner triste.

—Bueno, una con otra, se alegró cuando ingresé ahora le toca estar triste.

Con la insistencia que tuve amorosamente con la Buenamoza, la tuve académicamente con el bruto pensando que animándolo a que vuelva a la universidad le haría un bien.

Con el tiempo el Bruto se volvió todo un magnate. Primero de la confección de polos, después en la venta de telas, viajaba a Europa, China o Estados Unidos para

traer las telas que marcarían la tendencia en el Perú aprovechando la diferencia de temporadas, era como un viaje en el tiempo todo ocurría primero en el verano europeo y norteamericano y luego en el verano de aquí. Cuando era estudiante las chicas no le daban bola, cuando empezó a trabajar hasta reconocidas vedettes de la farándula lo perseguían.

Capítulo 17: Desentrañando Creencias

—Ahora la Inteligente, después ¿quién será? Así somos, cambiantes, volubles. ¿Nuestra naturaleza es ser monógamos? —don Luis tenía un nuevo libro de cabecera: De la gramatología, de Jacques Derrida.

—Supongo que sí. Hasta la Biblia dice que Dios nos creó hombre y mujer, y Jesús habló de unirse a una esposa y volverse uno con ella —reflexioné.

—Esa es la versión cristiana del matrimonio. Pero Derrida nos dice que todo es texto: pensamos en base al lenguaje. Nos enseñan que la monogamia es natural, pero ¿y si es solo una construcción cultural?

—¿O sea que la fidelidad es un invento?

—No exactamente. Derrida propone la deconstrucción: analizar lo que damos por hecho y ver si realmente es incuestionable.

—Usted busca cualquier excusa filosófica para justificar sus escapadas a Las Cucardas —respondí y don Luis empezó a reír.

—No es eso. Es cuestionar lo que nos enseñaron. Como la idea de que los hombres no lloran.

—Mi viejo decía eso. Una vez en primaria, un matón me pegó. Fui a casa llorando y mi madre me consoló, pero me dijo que no se lo contara a mi papá.

—¿Por qué?

—Lo descubrí después. Cuando volví a contarle que me pegaron, mi viejo me metió un correazo y me dijo: «Si te vuelven a pegar, yo te pego más fuerte». Lloré, y gritó: «¡No llores, mierda! ¡Los hombres no lloran!»

—¡Conchesumadre! ¿Funcionó?

—Para él. Nunca más le conté nada. Y encima sigue orgulloso de eso. Siempre dice: «Gracias a mí, nadie más te volvió a pegar».

—¡Acabas de hacer un Derridadazo, carajo! ¡Has deconstruido las ideas de tu viejo!

—Además, si Dios no quisiera que lloremos, Jesús no habría llorado sangre —
sumé queriendo redondear mi hazaña intelectual.

—En realidad, el texto dice que sudó sangre. Pero sí, se supone que lloró cuando murió Lázaro. Igual, buena reflexión.

—¿La cagué con lo de la sangre?

—No, la cagaste por tomar la Biblia como verdad histórica. Para mí, es más bien una mezcla de relatos antiguos, con fragmentos útiles y otros terribles.

—¿Terribles?

—¿Usted no cree que la Biblia es histórica?

—Yo soy escéptico, para mí no hay evidencia histórica de la existencia de Jesús y de la gran mayoría de historias bíblicas, para mí es por momentos una hermosa y una terrible ficción —sentenció don Luis.

—Hermosa por la promesa de vida eterna supongo, pero ¿terrible?

—Por eso te recomiendo que leas todo y no fragmentos, los religiosos te dan fragmentos para evitar que alguien despierto deconstruya, pero te voy a contar una parte horrible —se paró se fue al ambiente contiguo a su oficina donde junto al aparato hipnopédico que nunca logró vender estaba su biblioteca completamente desordenada con libros regados por todos lados llenos de papelitos con al parecer anotaciones y comentarios entre sus páginas. Trajo una Biblia, y continuó—. Esto está en el capítulo 19 del libro de Jueces, trata de un levita que está de viaje con su concubina de regreso a su ciudad y los sorprende la noche en la plaza de un pueblo, estando allí aparece de regreso de un día de trabajo un anciano que les ofrece hospedaje y comida en su casa, ahora te leo lo que dice: «Y el anciano dijo: Paz sea contigo. Permíteme suplir todas tus necesidades; pero no pases la noche en la plaza. Y lo llevó a su casa y dio forraje a los asnos; y ellos se lavaron los pies, comieron y bebieron.

» Mientras ellos se alegraban, he aquí, los hombres de la ciudad, hombres perversos, rodearon la casa; y golpeando la puerta, hablaron al dueño de la casa, al anciano, diciendo: Saca al hombre que entró en tu casa para que tengamos relaciones con él. Entonces el hombre, el dueño de la casa, salió a ellos y les dijo: No, hermanos míos, no os portéis tan vilmente; puesto que este hombre ha entrado en mi casa, no cometáis esta infamia. Aquí está mi hija virgen y la concubina de él. Permitidme que las saque para que abuséis de ellas y hagáis con ellas lo que queráis, pero no cometáis semejante infamia contra este hombre. Pero los hombres no quisieron escucharle, así que el levita tomó a su concubina y la trajo a ellos. Y ellos la ultrajaron y abusaron de ella toda la noche hasta la mañana; entonces la dejaron libre al amanecer. Cuando amanecía, la mujer vino y cayó a la entrada de la casa del hombre donde estaba su señor hasta que se hizo de día.

»Al levantarse su señor por la mañana, abrió las puertas de la casa y salió para seguir su camino, y he aquí que su concubina estaba tendida a la entrada de la casa, con sus manos en el umbral. Y él le dijo: Levántate y vámonos; pero ella no respondió. Entonces la recogió, y colocándola sobre el asno, el hombre se levantó y se fue a su casa. Cuando entró en su casa tomó un cuchillo, y tomando a su concubina, la cortó en doce pedazos, miembro por miembro, y la envió por todo el territorio de Israel. Y todos los que lo veían, decían: Nada como esto jamás ha sucedido ni se ha visto desde el día en que los hijos de Israel subieron de la tierra de Egipto hasta el día de hoy. Consideradlo, tomad consejo y hablad».

—¿Palabra de Dios? —dije como queriendo disipar el horror del relato.

—Eso mismo me pregunto, me quedo con la idea que todo esto son relatos que reflejan las creencias de la época en que fueron escritos, hoy son muy pocos los pasajes que podrían servir como referencia y consejo a alguien —concluyó don Luis.

—¿Cómo le pueden llamar palabra de Dios?

—Eso dicen. Pero yo lo veo como reflejo de su época. Las religiones prefieren darte fragmentos bonitos y ocultar lo incómodo. Si lees todo, te das cuenta de que hay cosas que no cuadran.

—¿Alguna vez habló de esto con un cura?

—Sí, y me evitan como la peste. No los culpo, han dedicado su vida a algo que yo cuestiono. Prefiero respetar a los que hacen algo concreto, como fundar colegios, aunque adoctrinen un poco en el proceso.

—Leí que Einstein creía en el Dios de Spinoza. Eso me hace sentido.

—Lo más probable es que Einstein haya sido ateo. Pero mencionó a Spinoza para que no lo jodan. Spinoza aplicó lógica matemática a la religión y llegó a un Dios que no tenía nada que ver con el bíblico. Lo excomulgaron por eso.

—O sea, ¿la ciencia se aleja cada vez más de la religión?

—Exacto. Y por eso los religiosos reaccionan con censura. Einstein lo sabía, y evitó meterse en problemas diciendo que creía en un «Dios cósmico». Era su manera de que lo dejaran en paz.

Me quedé pensando en la concubina descuartizada, en la indiferencia de "todos los que lo veían" ante una desgracia ajena, tan antigua como humana.

—¿Sabe qué me hace acordar esa historia, don Luis? Lo de los niños azules. Tres mil años después y seguimos igual, alguien sufre y el resto solo comenta.

—No has captado nada distinto, Cocovich, es la misma naturaleza humana la que escribió esa Biblia y la que hoy no reclama esos cadáveres. Cambia el escenario, no cambia la especie.

Capítulo 18: Juegos del destino

Averigüé dónde vivía la Inteligente, me enteré que estudiaba alemán en el instituto Goethe en Jesús María, cerca al Campo de Marte, conocía la zona muy bien pues esas grandes áreas verdes habían sido un lugar habitual para nuestros arrebatos amorosos con la Buenagente, otro sitio favorito similar fue el parque Ramón Castilla en Lince, recuerdo que un día recostados en un árbol prodigándonos caricias, un anciano empezó a gritarme: «¡Qué haces con la chiquita enfermo de mierda!» debido a la notoria diferencia de tamaño entre la Buenagente y yo, pero cuando la Buenagente volteó y el anciano vio sus curvas comprendió que la situación amorosa era un claro entendimiento entre jóvenes adultos.

Volviendo a la Inteligente. Cada vez que nos juntábamos para fabricar jabones le contaba al flaco mis proyecciones amorosas.

—Te amarras bien comparito con la más chancona, la namber güan de la facultad, pucha que tus hijos si salen a su madre van a salir inteligentes.

—¿Y si salen a mí?

—Se fregaron pe comparito. No te preocupes, yo te averiguo si atraca o no, no te vaya pasar como esa flaquita por tu barrio que no atracó.

El flaco directo como es su estilo fue a dos fuentes: la Callada y la misma Inteligente.

—Comparito, ya cayó, solo falta que concretes, ponte las pilas y listo.

Lo planeé todo al detalle: ella tenía clase los lunes hasta las 21:15, entonces llegando a las 21:00 estaría bien, compré una tarjeta y una rosa, también conversando con ella averigüé qué línea de microbuses tomaba de regreso, la línea pasaba por la cercana avenida Salaverry. En ese camino por jirón Nazca esperé perfectamente perfumado y bañado para declararle mi amor. Pasaba el tiempo, los estudiantes caminaban después de clases, pero ella no se apareció. Conforme los minutos pasaban me fui acercando, hasta que llegué a la puerta del mismo instituto, hablé con el encargado de vigilancia, le conté mi caso y me invitó a pasar. No la encontré.

Dejé la rosa en un peldaño de una escalera y regresé a casa un poco triste, pensé que quizás el destino no me tenía reservado una historia con ella. Al día siguiente en la universidad me contó que una de sus hermanas menores había sufrido un pequeño accidente y tuvo que llevarla a la asistencia pública en la avenida Grau, no pudiendo ir a sus clases de alemán.

Me dolió un poco tener que volver a repetir el plan para el siguiente lunes, en especial por la compra de la rosa, pensé que podría ser una solución una de plástico, pero me pareció que no tendría el mismo efecto romántico. También pensé en las cadenas de benceno que distribuía la Buenamoza en el quiosco de la facultad, pero como que era un poco irónico tener que alimentar las arcas de su pareja con mis necesidades sentimentales, pese a que no tenía nada contra ellos.

Nunca pensé que el curso de geometría descriptiva iba a ser decisivo en este asunto amoroso. Cuando lo llevé por primera vez me gustó tanto pues sus problemas eran todo un reto para la imaginación. El problema era que había otros cursos a los que había que dedicar el tiempo. Antes de cada clase, en el syllabus están los temas que se van a tratar y uno tiene que llegar preparado para sacarle mayor provecho al profesor. De manera que hay que leer mucho y practicar algo, si los alumnos no mostramos curiosidad e interés cabe la posibilidad que el profesor no perciba buena respuesta y se relaje haciendo ejercicios de ejemplos fáciles para después en el examen poner los trancas. Había que ganarle el vivo al profesor para tranquear sus ejemplos, obviamente no de mala leche sino para evitar sorpresas en la evaluación. Entonces fue que decidí retirarme de geometría descriptiva y tomarlo en verano que solo se abrían algunos cursos, para poder adelantar o nivelarse con los que se había jalado o dejado de llevar. Así fue que llevé con el autodenominado «mejor profesor de Latinoamérica» en geometría descriptiva, el profesor Miranda. La Inteligente ya lo había aprobado y me recomendó ese profesor. Realmente era impresionante, su manera de enseñar era el convencimiento, la demostración práctica. La geometría descriptiva básicamente consiste en proyectar imágenes tridimensionales en planos perpendiculares entre sí,

Miranda nos hacía volar con la imaginación y como si fuera un vendedor callejero nos iba despertando la curiosidad, la necesidad de conocer la solución, mostrando las técnicas, los artificios para poder observar el universo que traía cada problema, incluso nos quedaba la costumbre de observar lo cotidiano plasmado en los planos descriptivos.

Aquel sábado al terminar de disfrutar mi clase al salir del salón sorpresivamente me esperaba la Buenamoza.

—Quiero hablar contigo, ¿podemos ir a un parque?

—¿Sobre qué? ¿Algún curso donde necesites asesoramiento? —académicamente estaba con moral, estudiaba nada menos que con los dos primeros puestos de la facultad —la Buenamoza se rio.

—No, nada de eso, cuando llegemos al parque lo sabrás.

Caminamos por la vereda de la facultad de biología, pasamos por física. Miré una cafetería llamada «La cabañita», sentí hambre, le quería decir que tomáramos algo, pero no me alcanzaba más que para un entremés solo para mí y no sabía si la Buenamoza ya había almorzado.

—¿Ya has almorzado?

—Sí —me mató. Decidí comer un trancaculo y una Lulú. La Buenamoza me esperó. Seguimos camino, llegamos al bosquecito de letras, salimos, ella tenía claro al parque el cual me quería llevar. Llegamos al parque Urubamba, me dio la impresión que tenía pensado hasta la banca en la cual nos sentaríamos. Ni bien me senté, me preguntó si seguía con la Buenagente pues ya no nos veía juntos, sonriendo dijo «antes parecía Cocovich y su llaverito». Le respondí que ya no, que estaba solo.

—Pues ahora sí te acepto —me dijo mirándome a los ojos entrecerrando su mirada simulando como si estuviera apuntando y disparando una energía de sus ojos a los míos.

—Caramba, me has agarrado de sorpresa, ¿tú no estás con el joyón? Perdón, ¿con el joyero? —un poco más y completo con las palabras del flaco «y te está dando parejo».

—No, no, solo somos amigos.

—Bueno, la verdad que yo he hecho hasta lo imposible para olvidarte, realmente es toda una sorpresa, la verdad ya no estaba pensando en ti —puso en su boca una expresión de tristeza, un puchero.

—Bien, tenía esto pendiente, pensé que podríamos darnos una oportunidad, pero si no quieres ni modo, me voy tranquila, hice lo que pude —y se paró para irse, pero la acompañé. En el camino mi mente recreaba cómo sería la vida con la Buenamoza, en un momento bajamos de un micro y esperando el siguiente le tomé la mano, aquella mano que siempre quise tener enlazada a la mía, sin que fuera apartada.

—No seas malo, ya dijiste que no, ¿para qué me tomas la mano?

—Disculpa no sé, era una tentación, un deseo. Disculpa.

El siguiente lunes que tenía planeado ir al Goethe con la amorosa tarjeta que le había preparado con un poema para la Inteligente pasó sin que fuera. Mi mente estaba nuevamente invadida por la Buenamoza. Cada que caminaba por la rampa de la facultad, estando con el grupo de amigos, sentía la mirada penetrante de la Buenamoza, en cuanto se daba cuenta que la admiraba ponía su puchero, había un lenguaje secreto entre nosotros. El siguiente sábado no me aguanté, no soporté más la curiosidad de saber cómo sería mi vida con la Buenamoza y le pedí que seamos pareja, le dije que sí. Que nos podíamos dar una nueva oportunidad.

—Se te hizo realidad tu sueño —aseveró sorprendido don Luis.

—No sé don Luis parece que el universo nos da la contra, cuando me moría por ella no me quería, ahora que ni pensaba en ella me viene con la sorpresa y claro, inmediatamente mi mente se impregnó nuevamente de ella, ahora mi duda es: ¿me contará que ya no es virgen? No digo que me dé detalles de su relación con el joyero, pero al menos ¿me dirá algo?

—Salvo por un tema de salud, ¿eso es importante?, ¿no es más importante que esté sanita?, ¿no te acuerdas de la ecuatoriana que casi enamoras en Las Cucardas? ¿Le vas a contar? O con la voluptuosa Buenagente, ¿le dirás que la saboreaste al milímetro?

—Sí, lo sé, todavía me quedan pensamientos machistas, pero me la imagino con el joyón ese y me revienta el hígado.

—Carajo, recién comienzas y ya estás celoso, ¡no pues! Además, tú sabes cómo es el flaco de jodido, y los hombres de fanfarrones a lo mejor el joyero no le ha hecho nada y tú haciéndote bolas con chismes.

—Interesante cómo el destino te pone las cosas cuando ya no las deseas con ansias, parece que el estado mental para que las cosas se den es de relajada calma.

—Lo que dices es parte del pensamiento mágico, como la creencia en oraciones, fórmulas, rezos, amarres, y cuanta cosa que inventa el ser humano para sobrellevar la vida. No hay nada demostrable en el poder de la mente y esa nota religiosa moderna que es el New Age o Nueva Era.

—¡Uy! Y ahora qué me dice, ¡la gitana tenía razón! ¡La Buenamoza me quiere! Pero no pienso dejarla.

—No creas en esas tonterías y disfruta el momento, ya vas a terminar tu carrera, solo te recomiendo que si te casas lo sea con bienes separados, yo te recomendaré un buen abogado amigo mío.

—Pero cuando usted se casó, su amigo no le recomendó nada —comenté dudoso de las cualidades profesionales de su amigo.

—Recién estaba estudiando cuando me casé, se me revolvieron las hormonas, y la madre de mis hijos estaba con la muerte de su padre tan vulnerable, tan necesitada de protección, amarla fue una obra artística ¡no me hagas acordar! ¡añoro a esa mujer!

—¡Ah caramba! ¡Lo reconoce! ¡Increíble!

—Añoro aquella mujer, aquella vulnerable que se hacía amar y que se protegía en mí, no esta, la madre de mis hijos que es una loba que depreda mis bienes.

—Habría que deconstruir también las relaciones humanas.

—Así es, todo es maravilloso al comienzo y después todo se jode ¿Seremos monógamos por naturaleza? ¿Podremos amar a varias?, ¿ellas podrán amar a varios?

—Eso sería un desorden, una orgía social, aunque para muchos ya lo es, pero si lo veo que con una se complica ¡cómo será con varias!, mis viejos andan en las mismas, a mi papá lo acusan de mujeriego habrá que preguntarles a los islámicos que pueden tener varias mujeres ¿ellos no son monoteístas? Allí no se extendió a las relaciones en pareja.

—El problema con los islámicos es que muchos de ellos todavía piensan que la mujer es un bien, una propiedad. Bueno, a lo que iba es que aquí el mejor consejo es ir por los bienes separados cuando te cases con la Buenamoza.

—Lo curioso es que no tengo dónde caerme muerto.

—No te preocupes Cocovich, si te mueres yo te hago una oferta especial, un cajón de cedro de primera prácticamente gratis y la empresa te pondrá un nicho perpetuo en el cementerio el ángel, así que ya tienes tu futuro asegurado —nos reímos. Mi amistad con don Luis hizo que sí tenga donde caerme muerto.

Capítulo 19: Amores en tiempos de incertidumbre

Ya estaba con la Buenamoza, pero seguía estudiando con la Inteligente y la Callada, en una oportunidad que la Inteligente fue al baño, la Callada me preguntó sobre si estaba con la Buenamoza. Le conté rápidamente la historia.

—¡Estos hombres son de lo peor! —concluyó la Callada que también tenía su admirador sentimental en un compañero de la facultad que la esperaba a la hora de regresar a casa y me hacía muecas a mí y a la Inteligente para que los dejemos solos mientras la Callada nos hacía señas para que no nos vayamos. Estaba como yo con la Buenamoza, insiste e insiste sin éxito, una vez optimista me dijo: «tú eres mi ejemplo, el que la sigue la consigue». El problema que él tenía era que ya no quedaba mucho tiempo para terminar los estudios, y una vez desperdigados por el mundo buscando qué actividad hacer sus probabilidades de frecuentar a la Callada disminuían.

La Inteligente actuó como si no le importase nada mi situación con la Buenamoza, se reía con mis bromas, estudiaba con la misma exigencia y la relación en el grupo siguió de lo más normal, solo con la novedad que ahora coordinaba con la Buenamoza para regresarnos juntos y me quedaba en su casa un par de horas más.

Mientras el nuevo gobierno se instalaba, sorpresivamente el 8 de agosto de 1990 se nos impuso el ajuste económico más salvaje que se haya tenido en el país. Fujimori contrario a su propuesta de campaña hizo lo que Mario Vargas Llosa prometió hacer para controlar la hiperinflación, nuevamente habíamos sido engañados, nuestro negocio de jabones desde antes golpeado con el retiro del Bruto terminó por desaparecer, don Luis había asimilado el golpe de la mano con la teoría cuantitativa del dinero.

—Es duro, pero ya no veremos los precios subir tan rápido, habrá cierta estabilidad y podrás calcular con más tranquilidad tus costos y poner un precio fijo.

—Se tiró abajo el negocio de los jabones, nos quedamos sin capital.

—Tranquilo, con el tiempo vas a ver que podrás hacer más negocios, a mí también me ha afectado, pero no tanto como el divorcio. Mi empresa está consolidada, con esto probablemente dentro de unos años podré innovar y hacer nuevos proyectos, quiero revolucionar la industria funeraria.

—Esperemos así sea, todo esto es nuevo para todos.

Y fue nuevo porque ante la crisis no podíamos ir ni al cine con la Buenamoza, solo caminábamos por los alrededores de su barrio donde había unos parques preciosos, nuestros encuentros sentados en una banca del parque Andrés Avelino Cáceres eran mágicos, recuerdo una noche en especial, se apreciaba una luna llena inmensa y ella sentada encima mío nos besábamos esporádicamente y admirábamos los alrededores, nacía el deseo que el tiempo no pase y que ese momento no termine nunca.

Me preocupaba mucho lo que pensase la Buenagente, realmente no había ningún motivo racional para separarnos y en el fondo me sentía culpable. Fui a su casa a explicarle la situación, me recibió con alegría, al parecer no se había enterado que estaba con la Buenamoza. Me contó que máximo a fin de año viajaría a Japón.

—Ya no tengo nada que hacer por aquí —me dijo. Era notorio que estaba sufriendo una gripe, en cuanto lo percibí no quise acercarme mucho, desde el colegio siempre me alejé de los agripados, mi papá cada vez que se enteraba que estábamos enfermos nos decía: «¡Por qué mierda se enferman!, ¡si comen bien, cagan bien, se visten bien!, ¡no tienen por qué enfermarse!», si bien las enfermedades son parte de la vida, había crecido con la consigna de evitarlas. Y la Buenagente se limpiaba constantemente la nariz que se le hacía aguas, estuve tan concentrado en marcar distancia que no alcancé a contarle que había vuelto con la Buenamoza. No me quedó otra que explicarle a la Buenamoza que no había que hacer mucho número en la facultad cuando la Buenagente esté cerca. Así lo hicimos un tiempo hasta que la Buenamoza explotó y me llamó la atención.

—Está bien un tiempo como lo hemos hecho, pero no entiendo por qué tanta consideración si ya se han separado —molesta la Buenamoza.

La Buenagente caminaba como si la tristeza fuera un gran peso que cargar, aplastada, verla así hacía que se me partiera el alma. Incluso algunas compañeras me hacían el comentario que no sabían ya qué hacer para sacarla de ese estado. De vez en cuando me acercaba a preguntarle cómo estaba y me decía que bien, que estaba

estudiando inglés y japonés con miras a su próximo viaje a Japón. En uno de esos cursos, para mi alivio, el amor volvió a tocar la puerta de la Buenagente.

—Novedades don Luis, la Buenagente ¿tiene enamorado!

—¿Y ahora? ¿Te sientes bien o mal?

—Me siento bien, no ve que estaba con la conciencia sucia porque me separé sin un motivo racional.

—Ahora ya no te remuerde la conciencia.

—Así es, está con un japonesito, es decir un nisei que conoció en sus clases de japonés.

—Qué bien ¿y cómo está la Buenamoza?

—También está feliz, aunque hay algunos problemitas.

—¿Problemitas?

—Sí, me acepta cierta intimidad, pero no quiere concretar nada, menos aún ir a un hostel.

—¿De qué estamos hablando?, si no te alcanza la plata para un cine menos para un hostel decente.

—Cierto don Luis, vamos bien con los besos y caricias, pero cuando quiero ir más allá me dice que no. ¿No que con el joyero lo daban todo?

—Y te pones celoso y picón. Tranquilo no te atormentes, ya llegará el momento. A lo mejor la Buenamoza no te quiere hacer daño, lo mismo que hacías tú con la Buenagente.

—Cierto, en esta vida todo se paga, la ley del karma. Ahora resulta que la Buenamoza quiere mantener mi virginidad.

—No creas en tonterías, insiste y algún día accederá, la Buenamoza te quiere.

—Verdad, la gitana...

—¡Y dale con la magia! ¡Ya eres prácticamente profesional! ¡Usa la ciencia y deja las creencias!

—¿Y por qué no querrá «concretar» conmigo?

—Yo tengo una hipótesis. Y también una idea para que «concretes» siempre.

—¡Por favor don Luis! ¡Qué estamos esperando! ¡Suelte la idea!

—Mira, el truco es no dudar nunca, o, mejor dicho, si dudas, no lo demuestres.

—Pero, si a cada rato le digo que la quiero.

—Le podrás decir que la quieres, pero no la convences.

—Y el joyón ese, ¿sí la convenció?

—¡Qué picón que eres! No tenemos evidencia de eso, solo lo que dice el flaco y tú sabes que el flaco tiene sus momentos de crueldad, y más cuando estaba dolido porque el supuesto amor de su vida se casó con otro.

—Según él, era su alma gemela.

—Nuevamente, no hay nada de eso de alma gemela, son mitos, bonitos a veces, pero mitos, no hay que tomarlos como realidades.

—La leyenda japonesa del hilo rojo.

—Son cosas de la Buenagente que es una soñadora.

—Yo sentía que la Irresistible era mi alma gemela, pero no le gusté.

—Tu alma gemela hormonal, tu deseo puede más que cualquier mito.

—Pero era algo más don Luis, no sé cómo explicarlo, sentí como si fuera mi destino.

—Alguno de tus famosos sueños, deberías hacer un estudio de tus sueños, mismo Freud con su libro «La interpretación de los sueños». Deberías anotarlos fecharlos y con el tiempo estudiar los mensajes ocultos.

—Don Luis, ¿me parece?, pero ya está cayendo en la magia, ¿quién podría enviarme mensajes ocultos? ¿Dios?

—Nada de eso, tu inconsciente, los hechos que vives, lo que experimentas, lo que ves, lo que lees, lo que captan tus sentidos, todo ello son materia prima para los sueños. Mi consejo va hacia la identificación de sus orígenes no a partir de algún misterio sino del reflejo de la misma realidad.

Capítulo 20: Entre la Metafísica y el Sabor: Diálogos Profundos y Ritmos Calientes

La Buenamoza descubrió un librito llamado «Metafísica» de una escritora venezolana llamada Conny Méndez. Tanto le hablé de don Luis a la Buenamoza y de su gran afición a la lectura que ella se intrigó por saber qué opinaría sobre el libro. Llegamos a la oficina de don Luis.

—¡Qué extraño! Como que uno nunca piensa venir seguido a un sitio como este —dijo la Buenamoza al mirar la funeraria.

—Ya estoy acostumbrado, se ha vuelto mi segundo hogar, siempre encuentro aquí un alma que me escuche —me reí de mi ocurrencia, la Buenamoza no lo tomó así, se mantuvo seria como que el lugar la obligaba a mantener una pétrea seriedad.

—Bienvenidos, un gusto conocerte —nos recibió don Luis—, siéntanse como en su casa —señalando y mostrando los ataúdes con la mano abierta, hizo el chiste y la Buenamoza esta vez sí se rio.

—Tienen el mismo humor negro, son divertidos —dijo la Buenamoza.

—Cocovich me contó de la «evaluación» que le hicieron en tu casa —don Luis con su costumbre de hacer el ademán de entrecomillar gestualmente alguna palabra. Le había contado que la primera vez que fui a su casa me presentó a sus hermanos y estos a manera de adivinanza me plantearon dos problemas de matemáticas.

—Sí, fue muy divertido, sacaron algunos problemas del libro «El hombre que calculaba» de Malba Tahan, pero Jorge pese a que se demoró salió bien librado —contestó la Buenamoza.

—Para acceder al amor de ... ya no recuerdo había una especie de princesa, la hija de un jeque —comentó don Luis, que ahora que lo pienso estaba rompiendo el hielo con la Buenamoza y como casi siempre lo estaba haciendo bien.

—Telassim, la hija del jeque. En mi familia gustan mucho de las matemáticas. Espero que las matemáticas sepan cambiar la suerte tal como le pasó a Telassim pues le habían pronosticado que sería infeliz a partir de los dieciocho años.

—¿Te refieres a la lectura de la gitana? —preguntó don Luis.

—Vaya que está usted muy bien informado.

—Son más de cuatro años de amistad con Cocovich, me da mucho gusto por fin conocerlo.

—Sí, ya me puso al día sobre su gran amistad también. No creo en lo de las gitanas, pero he tenido el gusto de conocer a la niña que fue abandonada por su madre por una lectura de cartas y le ha ido relativamente bien, tiene buenos padres adoptivos— agregó la Buenamoza.

—Con respecto a la suerte, creo que hay un simbolismo cuando la matemática libera a Telassim de la mala suerte que le había pronosticado el oráculo. La razón, la ciencia hará que se supere cualquier superstición. Qué bien lo de la niña, ¿cómo se llama?

—Dharma. La quiero como si fuera mi hermana menor, don Luis, a veces pienso que si alguien le llegara a hacer daño, no sé de lo que sería capaz —dijo la Buenamoza con una seriedad que no le conocía, y que se disolvió tan rápido como apareció cuando siguió con el nombre de sus padres adoptivos—, sus padres son miembros de una organización de origen védico, les llaman los «Hare Krishna»

—Es que tienen una muletilla, un cántico, repiten y repiten el «Hare Krishna». ¿Tú formas parte de ese grupo?

—No precisamente, pero visitando a Dharma en su sede de Chosica conocí a una amiga, Jane, que es de la Hermandad Blanca.

—¡Ajá! Y por medio de ella llegaste a la «metafísica» —don Luis entrecomillando gestualmente como era su costumbre. La Buenamoza hablaba con propiedad, yo estaba orgulloso pues percibía que a don Luis le estaba cayendo muy bien.

—En realidad me dieron textos de Helena Blavatsky, pero una compañera del grupo me recomendó los libritos de Conny Méndez.

—No he tenido oportunidad de leer a Conny Méndez, sí algo de Blavatsky, Allan Kardec, Jorge Adoum, lo extraño que el hijo de Adoum, Jorge Enrique, es ateo, siendo su padre un guía espiritual para muchos esotéricos, eso me sorprendió.

—¿Pasará que están tan ensimismados en sus conocimientos que descuidan a los suyos? —reflexiva la Buenamoza.

—Puede ser que los más cercanos no tengan oportunidad de idealizarlos, y lo que la gente busca son ídolos, santos, gente ideal, mientras los más cercanos conocen lo humanos e imperfectos que son. ¿Me podrías resumir el pensamiento de Conny?

—Usa el término metafísica como más allá de lo físico, es decir lo intangible, lo incorpóreo, el alma, el espíritu. Explica que, así como tenemos leyes de la física tenemos leyes espirituales.

—¿Y sabes cuáles son esas leyes?

—Son las siete leyes que enseñó Hermes Trismegisto en el antiguo Egipto, la primera es «todo es mente» ...

—Vamos desgranando una por una, ¿qué significa todo es mente?

—Que tenemos el poder creador si enfocamos nuestra mente en algo podemos hacer que suceda.

—Bien, si tengo un proyecto, por ejemplo: mis ataúdes con cinturón de seguridad, imagino el diseño, lo hago dibujar, formo un equipo para desarrollarlo, luego lo concreto, ¿la idea es la metafísica? Primero estuvo en mi mente.

—¿Ataúdes con cinturón de seguridad? —dije sorprendido.

—Sí, aunque parezca increíble, hay «clientes» que lo necesitan, hubo algo que vi cuando cumplí 16 años, ¡vaya forma de pasar mi cumpleaños! —recordó don Luis—, estaba aquí conversando con mi papá cuando llegaron unos clientes, en esa época mi mismo padre iba a hacer los «trabajos» y lo acompañé, había muerto una cantante de huaynos, fue impresionante lo que pasó: le dio un infarto en plena interpretación de una canción en el coliseo Nacional.

—Ese coliseo lo conozco, parecía un circo, era una carpa, pero sin colores, quedaba en La Victoria —agregué.

—Mmm, tus recientes épocas victorianas —comentó la Buenamoza, pareció querer simular la impresión de sentir celos. Don Luis se sonrió y prosiguió la historia.

—Sí, era una carpa descolorida, había festivales folklóricos, peleas de box y cachascán, lo extraño de la historia me hizo volver muchas veces allí, en mi mente recreaba los acontecimientos. Seguramente que la cantante tenía una afección cardíaca, imagínense cantar, bailar con tanto sentimiento y desplomarse ante su público.

—Bueno, ¿y dónde entran los cinturones de seguridad? —intrigada la Buenamoza.

—Cuando estábamos en el sepelio y llegó la hora del cortejo fúnebre hacia el cementerio, vestidos con sus trajes coloridos unos bailarines la cargaron, los músicos empezaron a tocar y una cantante si no me equivoco la «Pastorita Huaracina», vestida con polleras multicolores empezó a cantar con un desgarró tan contagiante que parecía me iba a dar un infarto a mí, ¡miren, miren!, ¡el solo recuerdo me eriza la piel! —don Luis

nos enseñó su brazo para demostrar su piloerección o cutis anserina—, en eso los que cargaban el féretro empezaron a hacerlo bailar, lo inclinaban verticalmente y todos bailaban, incluyendo la fallecida, era samaqueada en su féretro.

—Allí viene la necesidad de fijar el cadáver entonces —concluyó la Buenamoza.

—Así es, para estos casos, para esas tradiciones que ahora con los años conozco bien, vale agregar este accesorio. Bueno, bueno, nos hemos desviado un poquito del tema, volvamos a Conny y su metafísica.

—Buen desvío, buena idea lo de los cinturones, aunque supongo que después del baile ya no se expondrá el cadáver al público —la Buenamoza pensativa.

—Depende. A veces se lleva a una misa de cuerpo presente e incluso se le devela en el mismo cementerio para la última despedida antes del entierro y para algunos antes de la cremación. Volvamos a la «metafísica», los proyectos primero se idean en la mente, en el pensamiento —don Luis reclinándose en su sillón presto a escuchar a la Buenamoza.

—Lo que explica Conny Méndez va más allá, dice que basta con enfocarlo para que se den mágicamente las habilidades y los recursos para que se logre.

—Allí es donde discrepo, las cosas no se dan por milagro sino porque alguien las idea y concreta, ese pensamiento mágico es propio de la religión, el cristianismo en la práctica lo ha tomado de Platón con su mundo de las ideas y la eternidad del alma.

—¿Usted no cree en el alma? —la Buenamoza atenta y curiosa. Esta no era esa Buenamoza silenciosa y misteriosa de aquel beso francés del parque de los bomberos, era una Buenamoza interesante, conversadora, analítica, pero que no quería intimar conmigo por alguna razón.

—Yo creo que lo que llamamos alma se encuentra en algunas células de nuestro cerebro, mientras que Platón con el mundo de las ideas menciona un alma eterna con dos mundos paralelos, me inclino por el mundo más real de Aristóteles que también habla del alma pero que no está en otro mundo sino aquí mismo y por lo tanto una vez que se destruye, es decir que muere, el alma también lo hace.

—Las leyes de la termodinámica nos dicen que la materia y la energía no se crean ni se destruyen, solo se transforman, ¿será que la muerte no existe? —agregué.

—Si bien los materiales y la energía permanecen, la muerte es el cambio irreversible, la desorganización de la unidad básica celular donde se establece la personalidad la cual sería el alma —respondió don Luis.

—Entonces, con los cambios permanentes de la vida, cada instante morimos un poco —repliqué.

—Y nacemos. Sin embargo, tenemos una memoria no solo de hechos sino de emociones, de sentimientos, a lo que podríamos llamar alma, con la muerte todo esto se descompone —concluyó don Luis.

—Lo que yo creo es que existe un alma y un espíritu, el alma que podría ser lo que usted dice, pero el espíritu es la conexión, en las clases de la Hermandad Blanca nos enseñaron del mundo astral y la conexión mediante el cordón de plata, más allá de todo ello está nuestro espíritu, indestructible y eterno —añadió la Buenamoza.

—¿Podría ser como una estación de radio? —me pregunté en voz alta.

—¿Cómo sería eso? —se intrigó la Buenamoza.

—Cuando se malogra un aparato de radio, se descompone, pero la estación de radio continúa emitiendo, no importa el aparato, lo que importa es la emisora.

—Bien pensado —puso don Luis un rostro alegre de placer, lo interpreté como agradecido por la conversación, si no supiera que es ateo diría que se sentía agradecido a Dios. Yo también me sentí feliz de que ahora la Buenamoza se haya sumado a esos momentos tan gratos de tertulia.

—En realidad no es mi idea, mi viejo que trabaja en el mundo de las telecomunicaciones siempre repite esta teoría sobre el alma —expliqué.

—Genial la hipótesis de tu padre, me deja la sensación de ser una persona muy inteligente.

—Sí, yo también tengo esa impresión, tampoco podemos pedir perfección —completé.

—Mi papá si es muy celoso —se quejó la Buenamoza—, incluso le gusta coquetear a las mujeres, pero sí debo reconocer también su inteligencia.

—Bien, si se podría deducir que la inteligencia es hereditaria, por lo que veo debe ser tu padre muy inteligente al igual que tu madre —halagó don Luis a la Buenamoza.

—Gracias —respondió la Buenamoza haciendo una seña.

—Bueno muchachos queda pendiente seis leyes metafísicas más, ¿les gusta la salsa?

—A mí no mucho, la escucho a veces, pero no puedo bailarla —respondió la Buenamoza.

—A mí sí —respondí.

—¿Qué les parece si la deconstruimos y bailamos un par de horas en «La Máquina del sabor»? Obviamente yo corro con los gastos.

—Excelente, muchas gracias —aceptó la Buenamoza.

—¿Qué milagro con ganas de bailar salsa? —le comenté bajito supuestamente para que no escuche don Luis.

—Así nomás no salimos desde el Fujishock, así que habrá que aprovechar — me derretí cuando la Buenamoza me guiñó con complicidad un ojo.

Afuera nos esperaba el Mustang rojo de don Luis que contrastaba con las carrozas fúnebres estacionadas a todo lo largo de la cuadra. Enrumbamos al salsódromo «La máquina del sabor» de Chorrillos.

Capítulo 21: Entre Dudas y Decisiones: Navegando la vida con técnica y amor

Poco a poco nos fuimos acostumbrando a los nuevos precios producto del Fujishock, en algunos casos había precios que bajaban con respecto al día después del anuncio del primer ministro consecuencia de la disminución de la demanda. Lo más adecuado para mi bolsillo era buscar un trabajo, pero al estar en mi último año tenía que buscar prácticas pre profesionales, si lo postergaba a cambio de ganar dinero caía en el peligro de no terminar nunca. La Inteligente junto con la Callada consiguieron prácticas en Petroperú, todos en la facultad las felicitamos confiando que les iría excelente pues eran sobresalientes no solo a nivel de la promoción sino de promociones anteriores.

Al cabo de tres meses, estaban desanimadas, aburridas, se sentían discriminadas porque al ser mujeres en vez de enviarlas a planta para ver procesos, eficiencias, rendimientos, las enviaron a una oficina en San Isidro a ordenar catálogos, nada que les provoque interés.

—Lo único que hacen es quemar hora con nosotras, nos entretienen con trabajos que no son de utilidad, prácticamente quieren que termine cuanto antes nuestra práctica, siento que nos discriminan porque somos mujeres —indignada la Callada.

—Yo que pensaba ver el proceso de craqueo catalítico, leer manuales, aprender sobre las operaciones unitarias. Nada de nada, nos ponen a ordenar archivos viejos y ni siquiera relacionados con la química, cuando pedimos permiso hasta se alegran como

si fuéramos un estorbo, no saben que nosotras somos capaces de mejorarles sus procesos y hacer que ganen más dinero —me comentó la Inteligente.

—A lo mejor ni les importa ganar, mi papá siempre comentaba que Petroperú siendo tan importante para el país, y con excelentes sueldos, siempre arroja pérdidas —señalé.

—Eso parece, porque lo bueno eso sí, es que pagan, no digo bien porque somos practicantes, pero no está mal.

—Algo es algo, dijo el diablo, y se llevó un obispo —le respondí, a lo que la Inteligente sonrió.

Al comentar lo de las prácticas a don Luis, este se emocionó.

—Vengan a practicar a mi fábrica, remunerado por si acaso —resoluto don Luis—, dile al flaco Bayletti, a la Buenamoza, con quien tenemos pendiente seguir hablando de metafísica ¡Qué bien la pasamos! ¡Incluido el baile de salsa!

—La Buenamoza quedó sorprendida con sus clases de salsa de cinco minutos, nunca pensó bailar como caribeña, porque valgan verdades don Luis, ella para el baile tropical o sea cumbias y salsas era bien dura. Puro rock nomás.

—Para ello está la técnica, en todo aspecto de la vida vas a encontrar gente que racionaliza las actividades, te orientan para que puedas replicarlas y después irlas modificando, si encuentras una actividad que no haya sido racionalizada, es tu oportunidad de hacerlo, en el caso del baile me pasó que no podía divertirme porque tenía como dicen dos pies izquierdos, así que me decidí en aprender y encontré un maestro, hasta en el fútbol pasa, hay jugadas que salen en apariencia inspiradas pero son técnica y práctica tan perfecta que parecen por generación natural.

—Interesante.

—Bueno, ¿qué dices?, ¿te vienes a trabajar, perdón, a practicar con nosotros?

—Lo agradezco mucho don Luis, pero en realidad quiero encontrar procesos que impliquen más transformaciones químicas o fisicoquímicas.

—Bueno, entonces yo te recomiendo que como dice la Buenamoza idealices qué quieres, no te vendrá mágicamente, pero te ayudará a buscar y encontrar. En los evangelios hay una frase como para estos casos «el que busca encuentra»—don Luis hizo su clásico ademán de comillas—, pero para encontrar tienes que primero saber qué buscas.

—¿No hay posibilidad para la suerte?

—Por supuesto que la hay, al fin y al cabo, la suerte es simplemente una situación beneficiosa no contemplada, lo importante es que la suerte no llega, sino que tú la encuentras como consecuencia de tu caminata, de tu búsqueda.

—Al final resultó bíblico don Luis, a veces me sorprende.

—Es que en todo escrito encuentras cosas interesantes, si bien no creo en libros sagrados ni inspiraciones divinas ya que los tomo como creaciones literarias, hay que leer de todo y sacar lo aprovechable, recordar lo que no se aprovechó, pues en algún momento te puede servir. ¿Alguna área en particular que te interese?

—Me interesa mucho el proceso del papel.

—¡Ah ya! Recuerdo aquel seminario que tuviste, fuiste por papel y saliste haciendo jabones.

—Así es, quisiera ver los detalles, aquí en Lima tenemos la papelería Atlas, en Chaclacayo.

—Pues anda y toca la puerta, explica y probablemente te den las prácticas, acuérdate cómo lo hizo el flaco en Sears, te enseñó a buscar y los tomaron ipso facto.

—Cierto, le voy a comentar al flaco.

—¿Y la Buenamoza? ¿No quiere practicar?

—Ella tiene experiencia en joyería —puse mala cara al decirlo.

—¡Supéralo Cocovich!, ¡cómo te atormentas solo! ¡Qué manera de complicarse la vida!

—Cierto, pero ella tiene experiencia en esto de los baños electroquímicos. Hasta en la comercialización de joyas bañadas en plata y oro. Al parecer buscará prácticas en esa área, hay una planta en la Fuerza Aérea, hacen recubrimientos metálicos a piezas de avión, parece que por allí va lo de ella.

—¿Y sabes algo de la Buenagente? ¿También busca prácticas?

—Sigue con su ponjita, al comienzo nos alegramos de su relación pues supuestamente eso le levantaría los ánimos, pero faltando tan poco para terminar la carrera lo va a dejar todo y se nos va al Japón.

—¡Ah caramba! ¿Será que sigue incómoda de lo tuyo con la Buenamoza?

—Posiblemente, yo me siento mal porque realmente no nos iba mal, la verdad nos iba peligrosamente bien, ¿usted cree que le debería pedir perdón?

—Estamos acostumbrados a los merecimientos y la vida no necesariamente premia a quien lo merece, no existen ni premios ni castigos mágicos.

—Disculpe que se lo pregunte, su historia de amor en un hospital con su señora es bonita, ¿qué pasó? Por qué ya no merecen estar juntos.

—No sé exactamente, ¿quizás lo mismo que te pasó a ti con la Buenagente? Por tu juventud quieres vivir más experiencias, quizás en mi caso sea que sentimos que se nos acaba la vida, incluso ya algunos amigos han muerto y uno quiere volver a vivir aquellas «aventuras». Quizás a mi esposa le pasó también, pero carajo, ¿por qué llevarte mi patrimonio? Cuando te cases Cocovich no te olvides de que sea con bienes separados.

—Ya supérela don Luis —me reí.

—Varias amigas se quejan de sus esposos infieles, cuando han visto a la amante físicamente no están tan bien como la «titular». Lo que no contemplan es que al parecer lo que atrae es la novedad, y no digo que solo le pase al hombre, es indistinto del sexo. Probablemente mi esposa se cansó también y ya tenga una pareja que le hable de otros filósofos más interesantes.

—O a lo mejor no le interesa la filosofía, también que en las circunstancias más extrañas en las que se conocieron no había mucho hilo de conversación, aunque no creo que se hayan casado de inmediato.

—No quiero recordarlo porque me lleno de nostalgia, nos conocimos en una morgue, empezamos nuestro romance en un sepelio, su duelo estuvo cargado de un consuelo peculiar: el sexo. Qué mejor escenario para un funerario que conocer a su pareja en esa situación, incluso hasta los hostales que frecuentábamos eran los que están cerca a toda la oferta mortuoria ubicada frente al Rebagliati, fue maravilloso, estaba joven como tú ahora, pensé que ella era la mujer de mi vida, todavía no estaba cuarteado por la vida. ¿Será la Buenamoza la mujer de tu vida? —don Luis intentó desviar el tema, incluso cediendo a la magia de la creencia popular.

—Lo más probable es que quién sabe, cuando vi a la Irresistible sentí que ella era la mujer de mi vida —respondí.

—¿Y de qué habla la Irresistible? ¿Cuál es su tema?

—La verdad nunca he hablado con ella, o sea sí hablamos, pero solo nos saludamos, hacemos comentarios sobre el clima, sus hermanas, pero nada más, ni siquiera de política.

—¿Y así piensas que es la mujer de tu vida? ¿Con qué cabeza? ¿Con la de abajo? —don Luis se carcajeó.

—Ya entendí perfectamente lo que le atrajo de su exesposa. La mujer de su vida.

Capítulo 22: Encuentros en la Dualidad: Entre la Ciencia y la Espiritualidad

La Buenamoza estaba fascinada con la Hermandad Blanca y su fascinación era contagiosa. Me hablaba de las famosas siete leyes y me llenaba de confianza en la vida, como si todo tuviera explicación, los hechos agradables y desagradables, todo, hasta la misma muerte, todo era controlado con el manejo de la mente en la consciencia de las leyes universales. Leí y hasta memoricé sin querer algunas de las leyes del libro de Conny Méndez.

La Buenamoza no llegó sola a la siguiente visita que le hizo a don Luis. Para esto quedamos en encontrarnos en la funeraria, la esperaba conversando gratamente con don Luis y me dijo que tenía una sorpresa.

—¿No me podrías adelantar la sorpresa? —me preguntó intrigado don Luis.

—Es que ni yo mismo la sé —expliqué.

—¡Ya pues Cocovich! ¡Cuenta cuál es la sorpresa! —emocionado don Luis. Se escuchó unos golpeitos en la puerta abierta del despacho. Era la Buenamoza.

—¿Se puede? —asomándose la Buenamoza con una sonrisa traviesa.

—¡Por supuesto! ¡Pasa por favor! ¡Tenemos buena conversación hoy! ¿Pido algo para picar? ¿Un pollito? —ofreció don Luis.

—No don Luis, le tengo una sorpresa, está afuera —explicó la Buenamoza.

Salimos atravesando la oferta de ataúdes con sus puertitas abiertas, me percaté que algunos eran como más acolchados, aparentemente más confortables que otros, por momentos me pregunté si era importante para el cliente aquella diferencia. Afuera estaba la sorpresa. Era una mujer ataviada de una especie de vestido-túnica blanco, holgado, portaba unos cinco o seis collares de bisutería, después me enteré que eran siete siendo el séptimo un «mala» o «japa mala» una especie de rosario hecho con cuencos, no sé si ya tenía una mente propia del negociante, pero imaginé que para

elaborar aquellos collares las materias primas las podría encontrar en la plaza Pérez Aranibar o plaza Santo Domingo en el centro de Lima frente al convento del mismo nombre.

La mujer tenía una gran cabellera rizada, estaba parada en la esquina con los brazos abiertos, cara al cielo con los ojos cerrados mientras el aire que venía del hospital Rebagliati hacía volar su cabello junto con la túnica, se podía apreciar con cierta malicia unos pechos turgentes contrachapados por la tela por efecto del ventarrón de aquel septiembre.

—Jane te presento a don Luis y Jorge, más conocido como Cocovich, don Luis, Jorge les presento a Jane la Mística, mi instructora de la Hermandad Blanca.

—Demórate por favor Clarita, es la Gran Hermandad Blanca, ¡mucho gusto! —Jane lo dijo sin mirarnos, seguía con los ojos cerrados y los brazos abiertos como si quisiera ver en nosotros algo que va más allá de nuestra presencia física.

—Está contactando primero con sus esencias espirituales, el cuerpo es solo una nota de aquella esencia —explicó la Buenamoza al vernos boquiabiertos ante la extraña presencia de su instructora, la Mística.

—Mucho gusto Jane —dije, palmeé con suavidad la espalda de don Luis que no salía de su expresión boquiabierta.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Mucho gusto Jane! —atinó a decir don Luis—. Por favor pasen a mi oficina pónganse cómodos como si estuvieran en su casa.

La Mística bajó los brazos, descubrimos que tenía en cada muñeca siete argollas que regresaron de golpe dando la impresión de ser una sonaja humana. Abrió los ojos.

—¿Pido un pollito para ir comiendo mientras conversamos? —ofreció don Luis quien le acomodó la silla a la Mística.

—Soy vegetariana, si desea invitarme algo, por favor ensalada y papas fritas para mí —respondió la Mística.

—Yo igual por favor don Luis —sumó la Buenamoza.

—¿Les molesta si nosotros pedimos pollito? —mirándolas.

Explicaron que no había problema. Para tomar, sí hubo consenso con las chichas moradas.

—Me cuenta Clarita que hablaron de las siete leyes de Hermes —arrancó la Mística.

—Sí, hablamos que todo es mente, pero había discrepancia en la parte mágica de la ejecución para que las proyecciones mentales se cristalicen, y coincidencias en la concepción de las ideas —hizo un resumen don Luis.

—Muy bien, la ley que sigue es... —la Mística miró a la Buenamoza para que complete la idea.

—La ley de correspondencia, como es arriba es abajo —dijo la Buenamoza, su actitud me hizo recordar a la gringa mormona que invitó a casa mi papá, pues las veces que nos visitó iba acompañada de una hermana aparentemente de menor sabiduría y muchas veces la hizo intervenir en su perorata, lo que me pareció curioso en aquellas mormonas era el acento de la hermana que siendo peruana hablaba el español con la misma dificultad con la que hablaba la gringa.

—Aquí podemos apreciar algo que reveló Hermes hace miles de años en lo que la ciencia recientemente puede demostrar, al igual que arriba existe el universo con sus soles, estrellas y planetas, abajo están los átomos con sus partículas y subpartículas que nos muestran un pequeño universo y entre partícula y partícula un inmenso vacío, la mecánica cuántica nos ha brindado avances que demuestran esta ley —expuso la Mística—. También sucede con nosotros, reflejamos lo que llevamos dentro como es adentro es afuera, si queremos cambiar un entorno, tenemos que cambiar primero nuestro interior, nuestros pensamientos.

—En la universidad estudiamos química cuántica, no es tan reciente, pero con relación a algo tan antiguo como Hermes sí lo es. El curso son puras fórmulas para poder calcular y explicar el comportamiento de las moléculas, es de mucha utilidad para poder predecir reacciones entre moléculas a nivel teórico —me sorprendí explayándome. Me pareció que sonó muy bien, no sé si fue solo mi impresión, pero la Buenamoza me miró con cariño. Don Luis se mostraba pensativo con las manos tomándose la barbilla mas no dijo nada.

—Muy bien, entonces estamos de acuerdo. Ahora la siguiente ley —la Mística miró a la Buenamoza, la señaló moviendo la mano haciendo vibrar las argollas de su muñeca. Don Luis se sintió atraído por aquel movimiento mirando fijamente como hipnotizado, ¿habrá utilizado alguna misteriosa técnica la Mística con don Luis?

—La ley de vibración, todo se mueve, el cambio es una constante —cuando la Buenamoza dijo esto me acordé de mi papá cuando me enseñó a jugar fútbol, «cuando estés rodeado por uno, dos o tres jugadores en una esquina o algún lugar del campo y aparentemente no tengas salida, muévete sobre tu sitio y verás que mágicamente se abren, porque nadie puede quedarse quieto, todo está en movimiento», me aconsejó. Cuando tuve la oportunidad de aplicarlo funcionó. Ahora con las conversaciones de don Luis comprendo que no es magia, es técnica, pero ¿qué es la magia? Probablemente no sea más que una técnica oculta, ¿pasará esto con estas leyes que con tanta devoción hablan la Buenamoza y la Mística? ¿Qué dirá un conocido pincha globos de pensamiento mágico como don Luis? Volví a la conversación, me había perdido en mis pensamientos.

—...hasta lo que parece sólido como una roca encierra un gran movimiento de átomos, todo el universo está en perpetuo movimiento —la Mística intervenía.

—Por ello cuando las cosas van bien hay que ser mesurados en la alegría y cuando las cosas van mal mesurados en la tristeza, todo pasa —aseveró la Buenamoza ante la sonrisa satisfecha de su maestra.

—¿Y qué ley sigue? —don Luis por fin intervino, pero sin replicar nada, me provocaba pedirle que se desahueve, expresión que en el estadio usábamos cuando un jugador no andaba metido en el partido.

—Todo tiene una causa y un efecto y también al revés, todo efecto tiene una causa, la casualidad no existe, es solo el desconocimiento de esta ley —dijo la Buenamoza.

—Eso lo demostró Newton —dije.

—Físicamente, pero allí no queda, esto también se aplica a nivel espiritual —aclaró la Mística.

—Es decir nos vamos acercando al concepto de karma, si hago algo bueno o malo se me devuelve —ahora sí, don Luis habló aportando con respecto al tema—. Si hago el bien porque creo en el karma, ¿soy realmente bueno o solo estoy asegurándome una recompensa? ¿Quién vale más, un creyente que actúa por miedo o un ateo que lo hace porque sí? A propósito, si el karma existiera de verdad, alguien ya debería haber pagado por lo de esos niños. Pero no, la ley del karma es tan floja como la del Poder Judicial en este país —soltó don Luis con su ironía habitual, aunque esta vez sin sonreír.

—El universo premia el bien multiplicándolo siete veces y castiga el mal solo una. Es amor, no cálculo —la Mística se arremangó las grandes mangas de su vestido-túnica, las argollas recorrieron sus brazos al ritmo de la aceleración de la gravedad. Me dejó la impresión que iba a dar pelea. Se acomodó en su asiento.

—Bernard Shaw decía: «No hagas a otros lo que quieras para ti, podrían tener gustos distintos». Entonces, ¿cómo el karma sabe qué devolver? —don Luis también se acomodó sobre su sillón, la pasividad había terminado. La Mística tomó aire con profundidad antes de responder.

—Por el impacto que genera. El sufrimiento o la alegría indican la magnitud de la acción —sentenció la Mística. Me cayó como un baldazo de agua helada, pensé en la Buenagente que había sido tan buena conmigo y que yo había hecho sufrir con injusticia, sentí una presión en el pecho. Me invadió la pena. De inmediato pensé: esta pena, ¿con qué karma se va?, ¿será parte del mío o de la Buenagente?, ¿pasa al de la Buenamoza?, era un desorden esto, me asaltaron las dudas, me provocó exponerlas en

la conversación, pero era exponer mi vida privada demasiado con una apenas conocida Mística.

—En resumen, todo es relativo. No creo en el karma —aseveró don Luis.

—Hay personas que no están preparadas para el conocimiento —respondió la Mística. don Luis se sonrió.

—Bueno, bueno, llegó el alimento, sirvámonos —ofreció don Luis.

—Faltan tres leyes todavía —dijo la Buenamoza.

—¿Cuál sigue? —dije mientras me servía papas fritas con harta mayonesa, ají con otras salsas, incluyendo chimichurri. Solo un pequeño trozo de pollo. Siempre tuve las ganas de ser vegetariano, lo que vi en el camal de Yerbateros probablemente influyó, la Buenamoza con el tiempo, por recomendación de la Hermandad Blanca quiso dejar las carnes, lo intentó varias veces sin éxito, don Luis nunca se lo planteó.

—La ley de los opuestos o ley de polaridad —sentenció la Buenamoza a la vez que se servía ensalada y una pierna de pollo con poquísimas papas fritas, me alegré, si sobaban me las comería todas, tenía una gran capacidad de comer papas fritas con sus salsas, en especial con el ají del pollo a la brasa.

—Todo en el universo tiene su opuesto: día y noche, positivo y negativo, frío y calor. En lo emocional, amor y odio, miedo y valentía. Armonizar el universo es transmutar: convertir el odio en amor, el temor en coraje —añadió la Mística.

—Pero la relatividad complica esa idea. Lo que es frío para alguien, para otro puede ser cálido. ¿Cómo se transmuta algo de forma real? —replicó don Luis.

—En química, los opuestos no siempre son simples. En los átomos hay protones, electrones y neutrones. A nivel molecular, tenemos ácidos y bases, pero también sustancias anfóteras que pueden comportarse como ambos. La transmutación depende del contexto —añadí. don Luis y la Mística intercambiaron miradas, como si cada uno encontrara confirmación en su propia postura.

—Pero hay fenómenos que no encajan en esa lógica. La luz, por ejemplo. Durante décadas, los científicos discutieron si era onda o partícula, hasta que Einstein dijo que es ambas. No hay un polo opuesto. ¿Podemos transmutar la luz? —don Luis se soltó sobre el respaldo de su sillón, parecía aliviado después de realizar una jugada ajedrecística decisiva. Quedó atento a la respuesta de la Mística.

—La transmutación también es mental. Depende del observador. Si la mente influye en la materia, la luz es lo que creamos en nuestra percepción —don Luis sonrió. La partida seguía en juego.

—Pensamientos, sí. Pero si quiero cambiar algo físico, necesito acciones concretas. Ahí es donde diferimos.

—No todo cambio es visible. La mente moldea la realidad, aunque no siempre lo percibas —alegó la Mística.

—Pero sin pruebas, sigue siendo solo una idea. La metafísica está llena de hipótesis imposibles de demostrar. Es un ejercicio mental interesante, pero no una verdad absoluta —replicó don Luis.

—Hay miles, millones de testimonios que demuestran estas leyes.

—El problema es que los testimonios son subjetivos. Cuando alguien reza por un enfermo y se cura, lo ven como prueba de fe. Pero si no se cura, dicen que era el destino. ¿Cómo se mide eso?

—A veces la razón no alcanza. Hay conocimientos que sentimos sin que nadie nos los enseñe —la mística se tocó el pecho con ambas manos, cerró los ojos, reclinó su cabeza. Parecía que quería escuchar su corazón.

—Si no están en los libros, alguien tuvo que haberlos transmitido. Los libros nos permiten escuchar voces de otros tiempos sin necesidad de médiums. ¿Crees en la comunicación con los muertos?

—Por supuesto. Se comunican con nosotros en los sueños. Algunos pueden escucharlos y otros pueden aprender a hacerlo. De hecho, tengo una idea para un experimento con tus ataúdes. Te la explicaré cuando la refine.

—Yo creo que al morir volvemos a la nada, como antes de nacer. Sin recuerdos.

—¿Nada? Yo recuerdo mi vida pasada. Fui sacerdotisa en Egipto —don Luis casi se atora con su vaso de chicha morada ante la sorpresa.

—Lo que aprendemos en una vida no se pierde. Por eso hay niños prodigios que tocan instrumentos sin haberlos aprendido.

—No es magia, es aprendizaje. Se ignora el esfuerzo, la técnica, los maestros detrás de cada genio. En vez de estudiar el proceso, se le atribuye a la reencarnación porque suena más misterioso —don Luis y la Mística ya se tuteaban. Parecía que se conocían de otras vidas.

Capítulo 23: Entre melodías y sentimientos: El baile de los corazones en discordia

—¿Qué ley faltó? —le pregunté a la Buenamoza.

—La ley del ritmo. Todo llega a su tiempo, como Jane, que apareció para enseñarle a don Luis sobre lo espiritual.

—Es como si hubieran hecho química, una extraña química porque difieren mucho, una es espiritual el otro es materialista, escéptico —comenté extrañado.

—La polaridad. Los opuestos se atraen. Y míralos, se fueron en el Mustang sin nosotros.

—Directo a un chichódromo. A don Luis le gusta la deconstrucción.

—Y a Jane la música clásica, pero él la llevó a un concierto de cumbia. Solo falta que se haga fan de Los Shapis. No pensé que Jane aceptaría.

—¡Y aceptó! ¿No crees que don Luis está un poquito interesado en la Mística?

—Esa mala costumbre que tienes de referirte a todo el mundo con apelativos.

—Es de cariño pues Buenamoza.

—Mmm, con respecto a mi amiga no creo que le interesen los ateos, lo siento mucho por don Luis si él lo quiere llevar al plano sentimental. Con eso de Buenamoza siempre me haces recordar a la gitana esa —hizo puchero la Buenamoza.

—Es bonito eso de buen mozo, buena moza. Verdad, te quería comentar, espero que sepas comprender.

—¿Sobre?

—Se va la Buenagente al Japón, un grupo de amigos de la universidad le han organizado su despedida, una pequeña reunión en la casa de uno de ellos, estos tiempos no se prestan ni para ir a un lugar, salvo que lo pague don Luis —reí.

—Pero ¿no crees que se va a incomodar si vamos?, ¿irá su ponjita?

—¡Ya vez! ¡Tú también usas apelativos!

—Es que no sé su nombre, ¿qué me queda!

—El Ponja ya está en Japón.

—Peor, se va a incomodar si vamos.

—Lo que quería pedirte es si puedo ir solo —la Buenamoza lo pensó poco.

—Por supuesto, ¡confío en ti! —la Buenamoza parecía aliviada, más le hubiese incomodado ir.

Cuando fui a la famosa reunión, no fue tan fácil. Ada, la Risueña, estaba allí, se reía, pero me lanzaba miradas con seriedad, la comisura de sus labios apuntando siempre ligeramente arriba la hacían ver sonriente hasta en sus momentos más tristes, me seguía con la mirada moviendo la cabeza ligeramente de arriba a abajo. Vaya confianza por parte de la Buenamoza, Ada la representaba. Se armó un baile, pusieron «No podrás escapar de mí» de Willy González, saqué a bailar a la Buenagente quien me regaló una permanente mueca de desprecio.

—¿Cómo te va con la que dices Buenamoza? —sentí la frase como un puñetazo en el rostro, me presionó el corazón. Había una contundente ventaja moral por parte de ella.

—Bien —respondí compungido. Ella alzó la mirada, incrédula. La canción avanzaba y con cada frase, mi mente repasaba los momentos con la Buenagente. Me había dado su mano mientras la Buenamoza me la soltaba. Me acompañó y me enseñó la ciudad mientras la otra se hacía la inalcanzable. Me ofreció su cuerpo y su amor sin condiciones, mientras la Buenamoza me daba cariño a cuentagotas.

Willy González coreaba no podrás escapar de mí, y mi cerebro, implacable, me recordó las palabras del flaco Bayletti sobre el joyero. Mi corazón se apretó con el peso del remordimiento. Una lágrima se me soltó.

—Perdóname —le ofrecí con angustia.

La Risueña miraba boquiabierta, sorprendida por mis lágrimas descaradas. Saqué un pañuelo y fingí secarme el sudor.

—No te preocupes, no se puede obligar a alguien a querer. Me voy al baño.

Dio media vuelta y se alejó. Willy González dejó de cantar.

Capítulo 24: Caminos de cambio y responsabilidades inesperadas

Salí rumbo a la funeraria con todo el ánimo de «fastidiar» a don Luis con la Mística y que me cuente qué grupo de cumbia peruana fueron a ver y si encontró alguna relación entre Chapulín el dulce y Mozart. Antes, pasó algo que me fastidió sobremanera.

—Te noto fastidiado Cocovich, ¿todavía no te brinda el cariño necesario la Buenamoza? —don Luis sí estaba alegre, parecía que le había ido bien con la Mística.

—Me encontré con Miroslava y le conté sobre la Buenagente y su viaje y empezó a hablar cojudeces sobre la importancia de la belleza física, que le parecía que mejor estoy con la Buenamoza y tontería y media.

—Se supone que está alabando tu decisión de estar con la Buenamoza, no sé por qué te molestas —hizo un silencio y puso sus manos juntas sobre su boca para pensar, hasta que por fin continuó—. Pienso que todos tenemos facetas, unas están vivas y otras muertas, si bien morimos del todo cuando te vuelves mi cliente, las facetas que tenemos pueden nacer y morir en el transcurso de la vida, por ejemplo, aquel religioso que no admite más verdad que su dogma negándose la oportunidad al cambio, está muerto en esa faceta, y un científico que cambia su hipótesis ante la evidencia práctica que le demuestra que estaba equivocado está vivo. Lo que pasa con tu amiga es que aprendió a juzgar a las personas por su apariencia física, y eso no es nada, algunos juzgan por la raza, son parte de sus facetas muertas, por eso prefiero las facetas

vivas las que se forman siendo crítico constantemente, me agrada en parte tu indignación, pero estate atento para cuando estás del otro lado, cuando descubres una faceta muerta en ti y no te permites cambiar pese a la evidencia. En este caso comprende nomás, no tienes porqué pelearte con Miroslava, probablemente no cambie porque el que muere ya no puede cambiar. Disfrútala en sus otras facetas.

—Es que es injusto, creo que me indigna lo normal que se admite la injusticia. Fue tan notorio en mí que al mirar mi reacción Miroslava me dijo «¿por qué me pones cara de poto?». Otra cosa, cuando besé a la Buenamoza en el parque de los bomberos me pareció lo más delicioso del mundo, hasta el punto que como un adicto quería sentirlo de nuevo, después he tenido miles de besos racionalmente iguales con la Buenagente y con la misma Buenamoza, la misma textura del rose, el mismo cariño, la misma pasión puesta en él, mas no ha sido igual como si hasta mi propia mente le da un componente especial a ese beso y es triste concluir que aquel componente es el qué dirán. Hasta yo mismo caigo en lo mismo que Miroslava, le doy importancia a cosas que no debería.

—Pero ¡estás vivo! Te das cuenta y te haces autocrítica, ¡es muy diferente!, lo que me sorprende es que no sientas lo mismo ahora con la Buenamoza, disculpa que te lo pregunte, ¿tú estás seguro de querer a la Buenamoza?

—Fue mi sueño dorado, sí la quiero, pero me atormenta lo del joyero, cuando me dice que prefiere esperar al matrimonio para entregarse, me da cólera, escucho la voz del flaco Bayletti, siento que me está agarrando de lorna.

—Yo no estoy de acuerdo con esa importancia que se le da a la virginidad, me parece cucufatería barata, pero si son sus principios, ¿qué se puede hacer? Respetar nomás, caballero. Tampoco estoy de acuerdo con ese machismo egoísta de ¡querer ser el único en toda una vida! Y tú que rico que te comiste a la ecuatoriana en Las Cucardas, ¡más conchán no puede haber Cocovich!

—Es verdad racionalmente hablando, pero ¡mis propios demonios me ganan!

—Quiérela a la Buenamoza y no pienses cojudeces.

—Hablando de quererla, con cierta frecuencia le repito que la quiero y me sorprendió algo que me dijo: «me parece que más que quererme lo repites para ti, para autoconvencerte», me quedé cojudo pensando, ¿tendrá razón?

—Sea como fuere, allí lo importante es que eso es lo que ella siente, a lo mejor el joyero era más entregado —puse cara de poto como dijo Miroslava ante la frase de don Luis—, disculpa Cocovich hasta yo estoy cayendo en la hipótesis del flaco. La cosa es que pareces dubitativo y en cosas de pareja el que muestra duda, pierde.

—Por un lado, me siento mal por lo injusto que fui con la Buenagente, por otro lado, sí quiero a la Buenamoza, pero hay algo que me dijo la Buenagente cuando nos despedimos: «Nunca me quisiste ¿no?»

—¿Y qué le respondiste?

—La verdad, que sí la quise, en realidad desde que salí con la Buenagente ya no pensaba en la Buenamoza y cuando nos distanciamos pensaba en la Inteligente y previamente en la Irresistible, traté de explicarle, pero su cara me decía que no me creía, creo que su incompreensión era una revancha construida con la moral que ella posee y yo no.

—Eres el deshuevo Cocovich, tú quieres a todas, sin embargo ¿eres alguien extraño?, ¿inhumano?, ¿acaso no nos atrae la novedad?, ¿nos aburre la rutina en el amor? Nos enseñan a ser rutinarios, porque la rutina nos hace ser productivos, ser productivo, ¿es la finalidad de la vida?

—Cuando he tenido problemas de amor, me enfocaba en el estudio y en hacer jabones. Si eso también bajara la hiperinflación, seríamos campeones mundiales.

—Y lo somos. Pero creer que el esfuerzo siempre trae éxito es un engaño. Dominar el partido no te da derecho a ganar. Lo que realmente ayuda es la estrategia y el cambio oportuno. A veces lo racional es cambiar de objetivo, como hiciste al dejar de perseguir a la Buenamoza y fijarte en la Buenagente.

—Ojalá todo funcionara con justicia kármica.

—Vamos saliendo de la hiperinflación, pero eso no garantiza que nos toque recompensa. A veces, lo más racional es aceptar la realidad y adaptarse.

—Vamos saliendo a punta de muertos en el camino, como nuestra empresa de jabones, y la Buenagente que se va porque no encuentra por aquí oportunidades.

—A la Buenagente no le fue mal dentro de todo, dos amores, estudios universitarios gratuitos, podría tranquilamente esperar antes de apurarse en viajar, pero ya no quiere saber nada del ambiente universitario y en especial de ti, sobre eso, ¿tú crees que el ponjita la quiera?

—No sé, cuando los vi me quedé con la impresión que el Ponja la quiere mucho.

—Es una buena mujer por todo lo que me has contado, se hace querer, me gustaría haberla conocido, porque la misteriosa Buenamoza me dejó buena impresión, y más todavía con la sorpresa que me dio.

—Hablando de sorpresas, ¿me parece que la Mística lo flechó? Tranquilo don Luis que según la Buenamoza eso no prospera ¿qué se haría una mujer tan espiritual con un ateo?

—Justo eso me atrae, esa ingenuidad, ese creer en hadas y destinos.

—No sea tramposo don Luis, no me diga que se dejará «convertir» —esta vez fui yo quien hizo el ademán de comillas.

—Simplemente la pasé muy bien con ella.

—Pero ¿usted no cree que ella lo que quiere es hacer puntos en el cielo, o mejor dicho hacer puntaje kármico? ¡No es amor al chanco sino a los chicharrones!

—Aquí lo que importa es el camino, no el destino, nuestro destino común es la descomposición, hasta que llegue esto, gocemos de música clásica, huaynos, mulizas, valeses, salsa, cumbias y tonderos, pasémosla bien mi estimado Cocovich que del destino final me encargo yo, mientras esté vivo —haciendo alusión a su oficio de funerario—, quería comentarte algo con respecto a esto, ahora te tengo una sorpresa.

—¿Hay una hermana de la Hermandad Blanca afuera? —reímos.

—No, es algo serio, pero no trágico, mira, mis hijos han salido a favor de su madre en el asunto este del divorcio.

—Es que usted para leyendo y trabajando, ¿no los habrá descuidado?

—No, si yo les he dado todo lo que está a mi alcance. Lo que te quería decir Cocovich es que estos cojudos de mis hijos no les gusta este oficio, les avergüenza, en las tantas veces que has venido, ¿alguna vez los encontraste?

—La verdad que solo los conozco por las fotos que tiene aquí.

—Este trabajo es una profesión necesaria, importante para la sociedad, pero muchas veces mal vista. Por eso nunca se aparecen por aquí, cuando tienen que llenar algún documento solo ponen profesión del padre «empresario» —don Luis con su clásico ademán de comillas.

—Pero es cierto, usted es empresario.

—Yo soy funerario a mucha honra, estuve feliz que mi viejo también lo fuera y he tenido a bien seguir con el negocio y hacerlo crecer, si bien todavía me siento joven, me pongo a pensar ¿quién continuará con todo esto?, ¿mis hijos que no quieren ni venir a conversar con su viejo?, ¡sabrá Dios qué les habrá dicho su madre!

—Cierto.

—Por eso había pensado en ti Cocovich. Te voy a poner en mi testamento para que no muera conmigo el negocio.

—Una gran responsabilidad.

—¡Aprovecha!, tienes el futuro asegurado, clientes nunca faltan en este negocio. Más los cambios que pienso hacer con la planta de cremación, y lo que vaya saliendo en el futuro.

—La competencia aumenta también —pensé en voz alta.

—Y la población, hay clientes para todos.

Capítulo 25: Predicciones y revelaciones inesperadas

La hermana del flaco Bayletti quiso hablar urgente conmigo. No la había frecuentado mucho desde que la conocí, el flaco le había contado que una gitana me había leído el futuro y ella había aprendido a leer las cartas en un curso al que llegó por un esotérico que le quitó el problema que cada vez que se molestaba se rompían los focos del lugar, siempre olvidaba contarle a don Luis aquella anécdota, ¿tendrá también alguna explicación fisicoquímica para ese fenómeno? Lo cierto es que ese esotérico le quitó el problema y le enseñó a leer el tarot. Necesitaba practicar y quería experimentar conmigo para que le dé mi parecer sobre su lectura.

Organizó un lonche donde estaba un primo de ellos y el mismo flaco. Le leyó al primo y le salió que un pariente cercano había embarazado a alguien, cuando me tocó leerme, me repitió lo que me dijo la gitana: que dejaría a la Buenamoza, quise preguntar si la Buenamoza antes de eso iba a concederme la intimidad máxima, pero era tanta la atención del flaco que no me sentí en la intimidad y confianza suficiente para preguntar. Me quedó la sensación que el flaco le había contado todo, la novedad fueron dos predicciones: primera, que me iba a casar con una mujer muy cercana a mí y la segunda, que un amigo cercano iba a tener un hijo y sería hombre.

—Flaco, ¿te leo? —le dijo a su hermano cuando terminó de leerme.

—Tú sabes bien que yo no creo en estas cosas —respondió, de inmediato deduje que algo ocultaba el flaco, aunque me quedé con la duda si ella sabía por las

cartas o por información privilegiada, a lo mejor con el cuento de las predicciones el flaco aflojaba alguna sospecha que ella y su familia tenían con respecto a él.

Al salir del lonche, nos fuimos con el flaco a caminar por las calles de Jesús María fumando un cigarrillo tras otro mientras charlábamos.

—Comparín, ¿has embarazado a alguien y no me has contado? —le pregunté.

—Parece que sí comparito —el flaco bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Felicidades comparín, justo estamos en el último año, ese chibolo, o chibola va a nacer sin que le falte nada. Si se te complica tenemos chamba asegurada con don Luis.

—El problema comparín es que ni siquiera ha sido mi enamorada, la conocí una madrugada de sábado para domingo en una discoteca, bailamos, tomamos unos tragos, nos metimos un polvo, y ya, con eso suficiente. Voy a ser papá, puta mare.

—Tu hermana entonces sabe leer el tarot bien. Por un momento pensé que algo sabía y que te quería sacar la lengua. Sé franco, ¿le contaste los detalles que me dijo la gitana?

—Sí le conté, pero hace años, aunque siempre ha tenido buena memoria. Además, de lo que te vas a casar con tu vecina no lo he dicho yo.

—Ah carajo, ¡claro! ¡Mi vecina! No me había acordado de la Irresistible, ¿tú crees?, a ella no le gusto.

—Hasta los gustos van cambiando, a lo mejor ya se enteró que vas a heredar la segunda funeraria más grande del país, con su cartera de clientes —rio el flaco, pese al problema del embarazo inesperado no se lo veía tan preocupado, seguía jovial como siempre.

El flaco me llevó a conocer a la flaca embarazada, me saludó sin interés alguno, pues el flaco no había casi conversado con ella, de manera que no me conocía ni de referencia, muchas veces las personas son entrañables a través de los otros sin necesidad de conocerlas, incluso con un contenido idealista. Ni eso con la futura mamá del hijo del flaco, que dábamos por descontado que sería hombre por la predicción del tarot.

Cuando fui donde don Luis a contarle los pormenores de mis lecturas cartománticas con la hermana del flaco, don Luis no mostró sorpresa con lo del hijo del flaco.

—Eso pasa con más frecuencia de lo que se cree, y mira en estas épocas de tantas enfermedades cómo el flaco no tomó sus precauciones.

—Es que el flaco se ha vuelto un poco pollo y dice que estaba borracho.

—¿Y es simpática la flaquita?

—La verdad no me cayó bien ni de físico ni de carácter.

—Una noche loca del flaco. Dile que si tiene problemas para el mantenimiento del crío puedo darle trabajo.

—La chica más bien solo habló de una lista de requerimientos, que la visita al ginecólogo costaba no sé cuánto, que le traiga una caja de ácido fólico al mes. Toda su conversación, si se le puede llamar a eso conversación, era pedir y pedir cosas relativas al embarazo con los derechos que le dio su polvo con el flaco.

—Hay que ver también la fe.

—¿Total don Luis? ¡La Mística me lo está cambiando! ¿Cómo que fe?

—La fe en lo que dice la chica, habrá que creerle ¿cómo sabemos a ciencia cierta que es hijo del flaco? En otros países hay pruebas de ADN, todavía son carísimas.

—¡Cómo es la vida! ¡Mis traumas no son nada a comparación del problema del flaco!

—Cuando eres responsable sí, si no lo eres, te resbala y sigues como si nada, problema exclusivo de ella. Lo que sí hay que recomendarle al flaco es una prueba de Elisa para descartar VIH, eso no tiene cura y si está infectado sería muy triste pues hasta el niño saldría infectado, sería toda una tragedia, por tan solo un polvito.

—¿Cómo fue con la madre de sus hijos don Luis, también por un polvito apasionado? ¿Se casaron por apuro?

—No, nos casamos enamorados y después de tres años tuvimos al primero, yo siempre recomiendo esperar tres años de convivencia antes de tener hijos, primero tiene que afianzarse la pareja, así evitamos niños con los padres separados.

—Pero usted está divorciado.

—Sí, pero después de más de veinte años de casado, ya los chicos están grandes.

—Qué pena que después de tanto tiempo juntos se hayan separado, y más con todo tan preparado ¿qué le impulsó a tener hijos? Porque si uno razona demasiado no los tendría.

—Yo la quería tanto que quería que exista un ser humano que tenga una mezcla de los dos, cuando miraba los bebés, encontraba cosas de ella y eso era muy bonito, hasta que la ambición mandó todo a la mierda. Tanto trabajar para que se lleve todo lo que logré con tanto esfuerzo.

—Tranquilo don Luis, disculpe que la haya hecho recordarla.

—No te preocupes, igual siempre está presente. Es la madre de mis hijos.

—Y si llegase a formalizar algo con la Mística, ella está en etapa reproductiva, leí que el actor Cary Grant tuvo un hijo a los ochenta años —exageré—, usted está lejos de esa edad, todavía puede tener más hijos.

—Ya estoy cerca de los cincuenta, esos ya no serían hijos sino nietos.

—¿Me parece? creo que usted le está haciendo perder tiempo a la Mística, la desventaja que tiene la mujer es el tiempo limitado de reproducción, es clásica esa frase que se repite de «se te está pasando el tren».

—No sé hasta qué punto la Mística tendrá esos planes tradicionales, ella más está preocupada por la Hermandad Blanca, ¿sabes lo que me ha propuesto? Algo descabellado y alucinante.

—¿Qué quiere? ¿Qué se convierta a alguna religión?

—No, quiere que practiquemos una meditación llamada la meditación del viaje astral. Quiere que le consiga una sala con cuatro ataúdes uno para ella, otro para la Buenamoza, otro para ti y otro para mí.

—¡Qué miedo!

—Me pidió que te vaya explicando. Ella le explicará a la Buenamoza, veré cómo organizo un lugar tranquilo para ese experimento.

—Extraño.

—Extraño y maravilloso, qué facilidad para salir de la rutina de la Mística.

Capítulo 26: Secretos y enigmas en la Papelera Atlas

Conseguir las prácticas en la Papelera Atlas trajo consigo rutina, tal como predijo don Luis. Nos presentamos con el guachimán, quien tras cinco minutos nos dejó pasar para hablar con la Dra. Guadalupe, una gerenta técnica tan guapa que me recordó a la del camal de la Colonial.

—Comparín, en materia de mujeres, estar conmigo es estar con Dios. ¿Viste qué guapa es la gerenta? —me dijo el flaco emocionado.

—Seré yo comparín porque la vez que saliste a juerguear solo embarazaste a esa flaca que no es tan guapa que digamos.

—¡Ajá! Criticoncito cuando se te jode, pero cuando es otro allí si no. Tiene su encanto la flaca, lo que pasa es que no la conoces Cocolocov, cuando te la presenté estaba con todo el estrés del embolamiento. A propósito, espero que paguen algo porque tengo mis gastos.

—¡Buenos días! ¿Y qué gastos tienes? —sorpresa apareció la Dra. Guadalupe.

—Embarazó a una chica —le conté.

Nos ofrecieron sueldo mínimo por tres meses, ampliables a seis según el desempeño. En laboratorio preparábamos formulaciones según el uso del papel: fibra larga para resistencia, fibra corta para costos bajos. Pero el problema principal era el papel brasileño, más barato y de menor calidad.

—Doctora, ¿y por qué no hacemos un producto de menor calidad 100% fibra corta como el de Brasil?

—Nuestra tecnología es antigua, no soportaría la producción sin roturas. Además, tenemos deudas arrastradas de la hiperinflación y ahora nos invaden con papel importado.

La celulosa venía de Brasil y Chile, porque en Perú no había suficiente producción.

—En un seminario escuché que el eucalipto puede crecer en arena y con aguas servidas. Se podría forestar la costa.

—Exacto, pero falta cultura científica y financiamiento. Muchas buenas ideas quedan en nada.

El ambiente de trabajo era excelente. Mientras analizábamos muestras, cantábamos valsos, salsas y canciones de Universitario y Alianza, burlándonos entre hinchas. Contrastaba con las calles, donde el fútbol se había vuelto una guerra irracional.

Nos pagaban semanal así que ni bien cobré en vez de ir a mi casa o a las clases nocturnas en la universidad me fui a visitar a don Luis, quería invitarle un café con mi plata.

Fui a la funeraria después de cobrar, pero no encontré a don Luis. Su ayudante me dijo que se encontraba en una cafetería cercana, frente al Rebagliati con un amigo. Fui al lugar, lo primero que hice fue entrar al baño, los vi: don Luis conversaba con el joyero.

Decidí no interrumpir, cambié de planes y fui a ver a la Buenamoza a su casa. Cuando le comenté sobre mi extrañeza de ver a don Luis con su ex, el campeón, es decir el joyero, ella puso una cara de exagerada preocupación, sin embargo, a la hora de hablar sus palabras no correspondían a su rostro.

—Seguro, don Luis quiere mejorar sus servicios funerarios. Tal vez joyas para los difuntos o recuerdos con metales. ¡Hay tantas oportunidades!

Pensé que, si todo marchaba bien, ella sería clave en la administración del negocio cuando me tocara. Pero, ¿tendría que negociar con el joyero? No me hacía gracia.

El flaco cobró y se le fue todo en gastos del embarazo, con las justas le quedó para los pasajes. Cuando le conté lo de la reunión del joyero con don Luis, el flaco propuso dos hipótesis.

—Primero se come a tu hembra y ahora te quiere serruchar con lo de la funeraria —me dijo.

—Bueno lo de la funeraria ya está legalizado formalmente y no se comió mi hembra, en ese momento no éramos pareja.

—Pero campeón y tu nada hasta ahora, aunque también hay otro punto.

—Ojalá que no sea un punto que busque joder como acostumbras comparín.

—El otro punto es que quiera repetir lo que hizo Miroslava con ese pata de administración.

—Enrique, claro.

—Después que lo conociste bien ya no te importó que la loquita haya estado enamorada de él, a lo mejor don Luis quiere hacer lo mismo, te ve angustiado hasta las huevas y contacta al joyón para saber qué pasó, ese don Luis es chismosazo, pero es mil puntos ¡un tipazo! Y tú eres como su hijo.

—¿Será?

Decidí visitar a don Luis otro día más tranquilo y salir de dudas, pese a buscar fastidiar, el flaco tenía algo de razón, podría ser que don Luis esté buscando calmar mis demonios.

Cuando llegué a la funeraria, don Luis y la Mística discutían sobre los niños azules. Don Luis extendió su viejo mapa sobre la mesa.

—Si usaron cianuro, ¿por qué no veneno para ratas? Es más fácil de conseguir. ¿Cómo se los suministraron? ¿Por qué no contactamos a un médium y preguntamos a los mismos niños? —empezó a analizar la Mística.

—Claro, y luego el médium se pondrá a estudiar el caso para armar una historia creíble.

—Hay casos resueltos gracias a poderes paranormales.

—¿Fuente? ¿Un programa de TV?

—Hay artículos periodísticos.

—Los periódicos venden historias. Extra publicó que ángeles rodearon a John Glenn en órbita. ¡Por favor!

—Los venenos para ratas son organofosforados, no cianuro. Pero el cianuro se usa en la minería para extraer oro —intervine.

—Entonces, la Buenamoza, que trabajó en joyería, podría saber más —concluyó don Luis.

— Aún nos falta algo clave: el motivo. ¿Por qué alguien querría matar a esos niños? —intrigó la Mística.

Nos quedamos en silencio. Como siempre, la investigación se estancaba.

La presencia de la Mística impidió que hablara con don Luis sobre el joyero. Me llevaron en el Mustang hasta Javier Prado antes de dirigirse, aparentemente, a la Costa Verde.

Capítulo 27: Misterios y encuentros en la Gran Hermandad Blanca

La historia de la Gran Hermandad Blanca incluía en sus miembros a reputados médiums según lo que contaba la Mística. Una noche la encontré en la universidad, me estaba esperando.

—Ya sabemos que Luchito no cree en esto porque es escéptico —cuando se refirió a Luchito mi mente no lo ubicó, demoré para darme cuenta que se refería a don Luis.

—Pero te veo a ti con mente abierta, podríamos ir a la Gran hermandad y consultar con una médium muy buena, no hay otra forma de resolver lo de la muerte de esos chicos.

—Estuve leyendo sobre eso, hay dos libros: «El libro de los espíritus» y «El libro de los médiums» de Allan Kardec podría ser una opción, total no perdemos nada — acepté la idea.

La Mística esperó a que termine mi clase, de allí tomamos un microbús que fue por toda la avenida Venezuela y nos bajamos entre la avenidas Bolivia y Alfonso Ugarte, caminamos por Alfonso Ugarte hasta llegar a una calle estrecha perpendicular a la principal, alcancé a ver que el tradicional local del Partido Popular Cristiano ubicado en el solar de la esquina casi para llegar a la plaza Bolognesi ahora pertenecía a Nueva Mayoría Cambio 90 que era el partido que llevó a Alberto Fujimori al poder.

El tema del espiritismo había tomado cierto auge en la conversación cotidiana limeña con la llegada del milagrero brasileño João Teixeira quien se había dado el lujo de visitar hasta al presidente. Don Luis siempre incrédulo decía que esa gente era un peligro y estaba indignado que hasta las autoridades avalen su accionar. En la conversación diaria, tanto en la universidad como en la papelería hablábamos de sus milagros y de la vida de ultratumba de la que hablaba el brasileño en todos los programas dominicales nocturnos. El escucharlo fue lo que me indujo a comprar con mi quincena los dos libros de Allan Kardec, los encontré de segunda, a buen precio en la

berma central de la avenida Grau frente al politécnico José Pardo. Desde frente a la facultad de San Fernando hasta un poco más allá del cruce con la avenida Abancay había una especie de feria popular de libros que con el tiempo fueron trasladados al lado del río Rímac y le llamaron campo ferial Amazonas. Cada vez que hablaba sobre lo que había leído obtenía una atención casi hipnótica por parte de los que me rodeaban. Me imaginé que con la experiencia práctica que tendría en una callecita del distrito limeño de Breña pasaría de ser un lector teórico a un experimentador del espiritismo, una especie de testigo del más allá.

Tocamos un portón de madera que parecía un garaje, la Mística utilizó una clave secreta, me pareció que a punta de golpecitos simulaba la novena sinfonía de Beethoven. De inmediato nos abrió la puerta aledaña una robusta señora vestida con un vestido que me trajo a la memoria la vestimenta de las gitanas, una pañoleta de colores mezclados cuyo diseño muy original me gustó mucho, simulaba charcos de pinturas de colores echadas al azar sobre la tela. En cuanto le sonreí y saludé me hizo callar levantando la mano derecha extendida, cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Con un ademán nos invitó a pasar, prendió una luz tenue, puso música, con otro ademán nos invitó a sentarnos sobre una mesa circular, me hizo recordar a las que usan algunos restaurantes de la calle Capón con un sistema que permite a la mesa girar sobre su eje. Con voz susurrada, como cuidando de no despertar a alguien empezó a hablar.

—Escuchen, preludio número 8 de Chopin, música adecuada porque les cae como un masaje a los espíritus a los cuales hay que de alguna manera engréirlos para que la canalización fluya —explicó la señora señalando uno de sus oídos para indicar que se refería a la música que estábamos escuchando. Como no sabía su nombre mi mente de inmediato le dio un apelativo para mi diálogo interno: Madame Cacheter.

—Da un poco de miedito la música —susurré.

—Relájate porque es importante que no estemos nerviosos para poder canalizar, felizmente Jane ya tiene experiencia en esto, aunque antes fue con la güija esta vez te vas a sorprender —explicó Madame Cacheter. Se puso de pie y prendió cuatro velas una en cada extremo del solar, eran velas gruesas, de inmediato imaginé la cantidad de parafina necesaria para poder elaborarlas, me pregunté si se habrían hecho por el método de moldeado o por prensado. Las luces de las velas nos revelaron una extraña cuarta presencia que estaba sentada a mi derecha y a la izquierda de Madame. Madame al percatarse de nuestra sorpresa al ver esa cosa, nos explicó:

—Esto es un muñeco revestido de una tela especial hecha con chispitas de óxido de silicio en ausencia plena de hierro que es un metal aborrecido por los espíritus, bien, ahora tomémonos de las manos, ya no es necesario que me den más alcances sobre aquellos niños, los mismos espíritus nos contarán todo lo necesario o todo lo

conveniente con el Gran Plan —nos indicó Cacheter. El muñeco no tenía rostro definido era un gran maniquí hecho de trapo parecía cubierto con una gran ropa interior de algodón, una momia sin vendajes.

—¿Le tomo la mano al muñeco? —pregunté.

—Sí, por supuesto —tomé su mano, no poseía dedos, era un mitón, Cacheter continuó, pero antes cambió de melodía adelantando el casete —. Ahora relajémonos al ritmo de Mendelssohn preludio y fuga en C menor sostenido opus 37.

—Mismo radio Sol y armonía —quise hacer un chiste, pero no me salió, sentí que hasta el muñeco se irritó.

Respiramos hondo bajo la guía de Madame Cacheter, luego nos matizó con el mantra «Om», no sin antes parar la lúgubre música de Mendelssohn. El sonido del golpeteo del stop de la casetera hizo saltar hasta al muñeco, era notorio que aquel sonido Cacheter lo quiso cubrir con el arranque del mantra sin éxito alguno.

—¡Espíritus que habitan aquí! ¡Manifiéstense! —esta vez imperativa Cacheter abandonando el susurro, como que los decibeles de una conversación normal podían alcanzar los seres de ultratumba por contraste. El muñeco empezó a hablar. Pero me quedaba la sensación que era un acto de ventriloquía de Madame Cacheter yo tenía tomado al muñeco por el mitón izquierdo, este, mientras que hablaba movía su mitón derecho el que supuestamente era tomado por Madame Cacheter.

—¿Cómo te llamas? —indagó Madame al espíritu.

—¿Qué puede importar mi nombre? —respondió el muñeco—, arrancamos tuteándonos, ¿qué confianzas son esas? —el espíritu era una mujer.

—¿Qué relación tienes con los niños fallecidos?

—Eso no importa, lo que importa es que los niños ya están en su lugar de descanso y aprendizaje a la espera del tiempo donde el padre celestial los resucite.

—Dirás que los reencarne, ¿en qué tiempo volverán a la tierra? —dijo Cacheter ante el asentimiento de la Mística.

—¿Reencarnen? Eso no es preciso —dijo el muñeco—, el padre celestial no contempla la reencarnación sino la resurrección.

—¿Padre celestial? Eso me huele a mormones —dijo Cacheter indignada.

—Por favor con mayor consideración sino me retiro, es la iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días, la verdadera, la que fue proclamada al mundo por el profeta Joseph Smith.

—¿Joseph Smith? ¡Por favor! ¡Cómo le vas a creer a él!, Allan Kardec nos enseñó documentadamente que la reencarnación es el correr natural del espíritu —replicó Cacheter.

—¿Eres de la corriente francesa? ¡Con razón! Los franceses inventaron todo eso para comercializar libros —se defendió la muñeca —¿debería decirle muñeca?—.

—¡No mamita! ¡Te equivocas! Allan Kardec recogió la verdad a través de los espíritus, pero lo de la reencarnación viene de oriente desde miles de años atrás con la cultura védica, la iglesia católica antes creía en ella, fue después de quinientos años en el segundo concilio de Constantinopla que se modificó la enseñanza primigenia —fastidiada Madame Cacheter hasta le soltó la mano a la Mística para reforzar sus palabras.

—¿Y lo de los niños? —susurré, no quería ser impertinente, pero como que estábamos perdiendo el norte, pasaba el tiempo y yo tenía que despertar al otro día temprano para ir a la papelera.

—Ya dije claramente que los niños siguen su camino y ya el padre celestial verá qué hace con los que interrumpieron su vida terrenal —dijo la muñeca extendiendo su mitón derecho expresando un ademán de obviedad.

—¡Y dale con tus mormonerías! ¡Ya lo dijo Allan Kardec! La muerte no te hace sabio, el hecho que hayas desencarnado no te da más conocimiento —conflictiva Madame Cacheter.

—¿Y tú que te crees? ¿Muy sabia con solo leer a Allan Kardec? Mejor calla y aprende de los que tenemos más experiencia —cuando la muñeca terminó de decir aquello, se escuchó que la mano derecha de Cacheter soltó con un golpe la mano izquierda de la Mística y de inmediato hizo un giro con la mano extendida que golpeó al muñeco haciéndole volar por los aires la cabeza descubriendo el relleno de napa siliconada de este.

—Muchas gracias a los espíritus, hacemos juntos el mantra Om para dar por terminada la sesión —respiró hondo Madame Cacheter y dio por finalizada la sesión. Apagó las velas, se paró de su asiento y nos invitó a salir.

—Vaya sesión, ¿se lo vas a contar a Luchito? —preocupada la Mística.

—Por supuesto, ha sido toda una experiencia extraordinaria esta con Madame Cacheter.

—¿Madame Cacheter? —extrañada la Mística.

—Al no saber su nombre tuve que inventar uno.

—Alfonsa de Quiroz se llama, es cierto, fue una presentación extraña.

—Como lo es este mundo de lo oculto —concluí.

Al día siguiente saliendo de la papelera aprovechando que no tenía clases en la universidad me pasé a contarle lo sucedido a don Luis. Al darle los detalles por momentos se reía y por momentos se indignaba.

—No sé si realmente es una estafa consciente o inconsciente.

—Al menos aprendí algo sobre reencarnaciones, resurrecciones y líos entre religiones, algo sabía de los mormones por la gringa con la que mi papá quería que salga.

—La discusión entre la médium y el espíritu es de antología. Quizás sea una jugarreta para convencerlos de su veracidad —don Luis desconfiado y pensativo tomó su barbilla con las manos.

—Lo peor de todo que no logramos los objetivos, igual como cuando fui a la morgue, no ganamos nada, ¿le habrá costado algo a la Mística? —me extrañé.

—En la morgue sí ganamos información, nos enteramos que no había recursos para el caso de los niños. Al parecer el crimen no solo no le importa a nuestra sociedad, sino que tampoco a los supuestos mundos ultraterrenos, por eso pienso que todo es invención, esos mundos platónicos son el mismo reflejo de nosotros.

—Don Luis, quería preguntarle, ¿alguna noticia del joyero?

—Sí, me reuní con él, quise hacer lo que hizo Miroslava contigo, no obtuve resultado alguno, al menos de inmediato, el detalle es que había que primero estrechar lazos de confianza y rompiendo el hielo como suelo hacer no fue suficiente, pero he iniciado lazos comerciales, quizás con el tiempo todos tengamos más confianza, incluyéndote, hay que matar esos demonios lo más pronto posible.

En lo que hablábamos como es costumbre iban llegando clientes, elegían los modelos, los tipos de velatorios y sepelios, firmaban, don Luis hacía algunas llamadas y volvía a la tertulia, esta vez hizo lo mismo con una novedad. Regresó pálido.

—No va a poder ser lo que hablábamos del joyero.

—¿Por qué? —respondí con intriga.

—Este último contrato que acabo de realizar. El cliente es el joyero.

Me quedé helado.

Capítulo 28: Entre secretos y encuentros nocturnos

Pocas veces he visto pálido a don Luis ante un muerto. La última vez fue tiempo atrás ante el rostro de su propia madre, fui a darle el pésame muy temprano en el velatorio de San Miguel Arcángel ni bien abrieron el local ingresé y don Luis ya estaba allí, sus familiares todavía no llegaban, me sorprendió ver la imagen de un cristo con los brazos abiertos en la cabecera del féretro como velando el cadáver.

—Ella era creyente —me explicó al ver mi expresión—. A mí no me gustaría que cuando muera me pongan alguna parafernalia religiosa. Apareció un sacerdote que al mirar el féretro con el cadáver de la señora empezó a llorar mirándole el rostro, apartados a prudente distancia mirábamos la escena con don Luis.

—Parece que su madre era muy amiga del sacerdote —dije.

—La verdad me queda la duda si llora por la amistad, porque le prometió un milagro que no cumplió o porque se acabaron las donaciones a su parroquia.

—Debe ser un poquito de cada cosa, principalmente la amistad, no creo que un tema económico llegue hasta el límite del llanto tan desconsolado como el que se ve —concluí.

El sacerdote se recompuso, nos dio la mano fuerte y se despidió diciendo: «Que el señor la guarde en su santa gloria, era una mujer buena». Don Luis seguía pálido, pero lo sentí halagado con las palabras del cura.

Cuando esta vez don Luis se acercó al féretro del joven joyero, se puso pálido como con su madre. Ansioso, me pidió que me acerque.

—Observa al cadáver, pese al maquillaje y los arreglos tiene la tonalidad azul morada de los niños —me dijo.

—¿No será su idea? A lo mejor es por lo que hemos «reabierto» el caso contándoselo a la Mística —utilicé el ademán de las comillas que ya había asimilado como costumbre.

—No, no, observa bien, si quieres traigo una lupa, esto tiene que haber sido lo mismo de los niños. Cianuro. Tomémosle fotos, voy a pedir que lo fotografíe Tuito un fotógrafo profesional que trabaja con nosotros, le diré que haga ampliaciones de la coloración de la piel no solo del rostro sino también de sus manos.

Cuando la Buenamoza llegó al velatorio, de inmediato se acercó al féretro y empezó a golpearlo, llorar y balbucear palabras incomprensibles, algo similar escuché cuando fui acompañando a un amigo de la universidad a un ritual evangélico empezaron a hablar en lenguas. La Buenamoza hablaba en lenguas, lloraba y golpeaba el féretro a puño limpio. Miré a don Luis como pidiendo una explicación a lo que veíamos. Don Luis explicó:

—Valgan verdades, las calidades de nuestros ataúdes son excelentes, ¿has visto como resistió los embates de la Buenamoza?

La saqué de allí y la llevé a su casa. La Buenamoza ya no fue la misma a partir de aquel instante. Pasaron los días y estaba ida, solo hablaba palabras cortantes, algo parecido a la Buenamoza de los meses previos a la Buenagente. Fui donde don Luis, con toda la experiencia vista en pérdidas mortuorias, debía tener alguna explicación. Don Luis estaba ocupado en las fotos del cadáver del joyero.

—Mira la tonalidad ¿no le encuentras parecido a la de los niños?

—Sí, pero igual es una prueba muy ligera, ¿cuál sería el móvil?

—Pasional pues Cocovich —me miró con sospecha.

—¿Está insinuando que yo envenené al joyero?

—No del todo, pero es una hipótesis a tener en cuenta, he leído sobre el cianuro, también se usa en la industria papelera, y cuando nos quisiste ilustrar ni lo mencionaste para despistar, ya lo tenías en mente.

—Tampoco mencioné su uso en la industria textil porque en ese momento no lo recordaba.

—Mira Cocovich, no tienes que ponerte nervioso ni mucho menos, somos amigos y lo de los niños solo es un tema moral de justicia en un país cuya constante es la impunidad. Si me lo confieras allí queda, damos vuelta a la página y seguimos siendo amigos, alguien con los huevos para hacer lo que hiciste merece heredar este pequeño imperio funerario, queda todo en buenas manos, sé que defenderás la empresa con habilidad e inteligencia a sangre y fuego, o mejor dicho a punto de cianuro.

—¡Le juro por Dios que yo no lo hice!

—Te creo, te creo —don Luis sonreía, primera vez que sentí animadversión hacia él que siempre me había caído tan bien.

—Y yo que le quería contar lo que me pasó con la Buenamoza.

—Cuéntame por favor, no me vayas a quitar tu amistad por esto. Ojo que tampoco estoy diciendo que te cargaste a los niños, solo que prácticamente yo, al compartirte el caso de los «niños azules» te di la idea del cianuro, prácticamente soy un cómplice —la confianza en don Luis se había resquebrajado en algo, con mala gana igual le conté.

—La Buenamoza no quiere saber nada de lo que es joyería, se ha puesto a buscar trabajo, tampoco quiere la práctica en la Fuerza Aérea para realizar recubrimientos electrolíticos en repuestos de aviones.

—Todo aquel mundillo le trae malos recuerdos, es comprensible.

—Sí, pero ahora para conmigo nada de cariño, ni siquiera los amagos de antes, es como si me tuviera un fastidio permanente, ¿no será que el amor de su vida era el joyero?

—También ya estás como la Buenagente pensando en el destino y ¿cómo era? La cinta roja, pues la cinta roja de la Buenamoza se murió y ahora le quedas tú.

—El hilo rojo.

—Eso, el hilo rojo. Otro detalle, la Buenamoza es muy inteligente a lo mejor ató cabos y ha llegado a la misma conclusión que yo. Creo que es el momento que cambies de aires.

—Eso mismo me dijo mi papá al verme nervioso y de mal humor, me dijo: «si de enamorado estás hasta las huevas, peor va a ser de casado».

—Muy sabio tu padre, mírame a mí con la madre de mis hijos, una historia bonita se fue a la mierda con el tiempo, no quiero ni imaginarme si de enamorado hubiera estado como ustedes, y si no hubiera tenido la primera tregua de los tres años sin hijos, esos años son un ahorro sentimental para la pareja, no solo te sirven para confluir costumbres y crear convivencia, sino para tener sexo desenfrenado en la intimidad de pareja, el solo recuerdo de aquellos tres años te sostiene en los momentos más críticos hasta que el saldo se acaba. Tu padre tiene razón ya es momento de partir. Tu saldo se acabó temprano.

—Pero sería algo insensible de mi parte, hasta egoísta, dejarla en estos momentos tan difíciles.

—Ándate haciendo la idea, es probable que ella lo acabe, solo que no tiene la fuerza.

La Buenamoza consiguió un trabajo atendiendo una farmacia por la avenida El Polo, empezó a llevar menos cursos de manera que iba a la universidad una que otra mañana y por las tardes trabajaba en la farmacia.

Saliendo de la papelera cuando no tenía clases y no iba donde don Luis pasaba a recogerla allí, la esperaba en la esquina de la agencia de un banco, conversando con el gordo Gorosito, vendedor de cigarrillos y golosinas con quien hice rápida amistad. Le gustaba hablar de fútbol y de sus antepasados argentinos.

—Mi madre se fue a laburar a Buenos Aires y se enamoró de mi padre, ¿sabías que los Gorosito son toda una familia de futbolistas? —el gordo mezclaba nuestro hablar

común en Lima con terminaciones en acento argentino porteño que le daban especial gracia.

—¿Y tú has jugado en algún equipo?

—Sí, jugué en el Junior de Limatambo, pero lamentablemente tengo esta tendencia a engordar. Era centro delantero. Goleador.

—He visto a muchos futbolistas en especial argentinos que después de retirarse engordan por el alto consumo de parrilla supongo, pero en actividad es tan intenso el ritmo de entrenamiento que tienen el peso controlado —acoté.

—Como ya estamos en confianza te cuento que tuve un problema oncológico, mirá —se sacó su clásica gorra celeste del Belgrano de Córdoba, equipo donde jugó su papá, lucía una prematura y total calvicie —mi cabello se lo llevó la quimioterapia, se resintió y no volvió más, así que con lo poco que gané en el fútbol he puesto este negocio y laburo tranquilo.

—¿Y te casaste?

—Trato de no enamorarme, por dos cosas, por este problema del cáncer y porque no quiero sufrir. Allí en los pasillos del hospital dicen que el cáncer tiene un componente mental, que el sufrimiento puede hacerme volver la enfermedad, y en cuestión de amor la he visto sufrir mucho a mi viejita, estaba enamorada de mi viejo, pero mi viejo era una bala, barrió con toda la población de minas de Córdoba, ¿y tú?, ¿cómo vas con la guapa de la farmacia?, espero que no la hagas sufrir, la hacés sufrir y hasta yo te meto tu trompada —era un chiste frecuente de Gorosito, era la caricatura de un paladín de las mujeres engañadas, quería reivindicar a su madre. Le tuve que contar casi todos los detalles, lo cual le causó pena.

—Mira Goro, cuando sale y saluda en público es tierna y dulce.

—Sí, así la veo sho.

—Pero en cuanto estamos solos cambia y se refugia en sí misma, subimos al Covida que pasa por su casa, se pone a mirar en silencio la ventana sin hacerme conversación alguna, y cuando le hablo es como si no me escuchara, la verdad que todo esto me causa nervios, por favor Gorosito dame otro Hamilton.

—¡Y qué querés! ¡te cargaste al amor de su vida! —a la vez que sacaba la cajetilla y me brindaba el cigarrillo pedido junto con el encendedor de plástico rojo transparente que permitía ver el nivel del gas licuado.

—¡Yo no fui Gorosito! ¡Por favor! ¿Tú crees que si hubiera sido te lo contaría?

—Para despistar, ¡vos sos muy cráneo! ¡Me doy cuenta cuando conversás! Mirá, yo trabajo a diario atendiendo a mucha gente, me doy cuenta por el nivel de conversación, yo por mi pasado argentino tengo también mi nivel de cultura, por eso te

comprendo perfectamente. Tú me has contado todo esto del joshero para aliviar tu conciencia. Creo que tu viejito tiene razón, tenés que dejar a la guapa.

Aquella noche desesperado exploté con la Buenamoza. Como a aquellos jugadores de fútbol que están dubitativos en la cancha y uno desde la tribuna les pide que se desahueven, no soporté más y le pedí a la Buenamoza que por favor me explique qué es lo que le pasa. Respiré hondo, busqué mantener la calma e indagué:

—Por favor Clarita, ¿me podrías explicar qué chucha te pasa? —la Buenamoza aceleró el paso hacia su casa y me dejó. Saqué un cigarrillo, lo prendí, di la media vuelta y tomé el rumbo hacia mi casa. Al otro día tenía que madrugar rumbo a la papelera, ¿quién iba a pensar que el trabajo en aquella época era el momento grato y terapéutico del día?

Decidí no visitar unos días a la Buenamoza, mi tiempo lo ocuparía visitando a don Luis, yendo a clases o visitando al flaco Bayletti.

—Mira lo que dice Gorosito sobre el cáncer, que la mente lo crea y que por eso quiere evitar sufrir —comentó don Luis al contarle sobre el gordo Gorosito—, así se empieza y después con eso de la ley del karma hasta se cree que cuando uno se enferma es merecido porque estás pagando algo de otra vida y lo peor se cree que los hijos pagan las deudas espirituales de los padres.

—Claro don Luis, es merecido si me da cirrosis porque soy alcohólico o cáncer del pulmón porque fumo.

—Es cierto, pero los merecimientos son parte de tu comportamiento físico, el cáncer es un accidente, te puede pasar por azar, una célula que se replica mal y resulta ser cancerígena, es como estando en el lugar y hora equivocado te sucede un accidente. Pero si manejas borracho aumentas la probabilidad que el accidente ocurra, el cáncer es parecido si fumas o eres alcohólico aumentas la probabilidad.

—En el curso de seguridad industrial nos enseñaron los criterios claves que debemos detectar para evitar accidentes y es evitar la combinación de una condición insegura más un acto inseguro.

—Muy bien, son cosas tangibles, a lo que voy es ¿cuántos niños tienen cáncer en el mundo? Imagínate que se piense que eso es consecuencia del karma de una vida anterior o una deuda espiritual de sus padres, es decir que esos niños inocentes se lo merecen, ¡estamos todos locos! Los científicos que estudian el origen y cura de la enfermedad no pueden tener esas creencias, limitarían la obtención del conocimiento. La metafísica no filosófica de la Nueva Era parece benigna, tranquilizante, auspiciosa pero no lo es, ¡es un peligro! —fastidiado don Luis.

—Está chocando con uno de los amores de su vida.

—Es cierto, son posiciones aparentemente irreconciliables, y eso es porque nos pensamos eternos y monoacompañados, queremos una pareja para la eternidad, una super pareja que abarque todos los aspectos de la vida de tal manera que ya no tengas otra opción para departir con nadie más, eso es pensamiento mágico, imposible, irreal y fuente de muchos sufrimientos porque cuando no conoces bien a la pareja la idealizas, como tu idealizabas a la Buenamoza que te resultaba más atractiva cuando era enigmática distante y silenciosa.

—Ahora volvió a ser igual que aquella.

—Y pasará nuevamente lo que te pasó, como dijo la gitana, te irás conforme se te presente la oportunidad.

—Le está dando la razón a la gitana y a sus métodos esotéricos.

—En cierta forma le doy la razón, no por sus métodos provenientes del más allá, sino por su psicología, su poder de observación ancestral les permite adivinar, sin certeza científica, pero con algún criterio que resulta interesante, pero no tanto como para arriesgar una decisión en base a ello.

—Que tenga un poco de plata y me comprará libros sobre métodos adivinatorios, es interesante el tema porque supongo que usted no tiene nada sobre ese tema para que me preste.

—Sí tengo, pero yo no presto libros. Hasta te puedo regalar, mas nunca prestar —levantando el dedo índice don Luis—. Ya me estaba olvidando ¿tendrás tiempo para este sábado? Ya implementé la sala astral como le llama Jane, ella quiere hacer una meditación metida en los féretros, queda en Lince por el parque Ramón Castilla, ya te daré la dirección exacta he alquilado el lugar, ya está listo, la Mística le va a decir a la Buenamoza, iremos los cuatro, quizás esa locura de Jane te logre reconciliar con la Buenamoza.

—Ese parque me trae recuerdos de la Buenagente, conversando con Gorosito encontré al Ponja, ¡lo que me contó! ¡No sé si contarle!

—No te hagas el exquisito y suelta la información.

—El Ponja estaba que no podía con su alma.

—¿Le pasó algo a la Buenagente?

—De que le pasó algo, le pasó. Llegó a Japón y descubrió que los gustos eran diferentes allá.

—¡Ajá! ¡Interesante!

—Allá la Buenagente es buena moza. Y con ese poder, ¡se alocó! Salía constantemente con amigas brasileñas que son muy alegres y divertidas, mientras el Ponja, que ahora sí confirmado que la adora, no podía seguirle el ritmo, según él desenfrenado.

—Me da gusto, es una buena mujer.

—Sí, tan buena que ha salido embarazada y el Ponja no había campeonado con ella todavía.

—¡Uy carajo! El final del amor con el Ponja.

—Ni tanto, el Ponja quiere igual ser el padre de la criatura. Le ofreció tomar toda la responsabilidad por ella, y la causa de la depresión del ponjita es que ella no quiere, ¡lo mandó a la mierda! Por eso el hombre se ha regresado al Perú para darse un aire, pero le ha dejado en pie su ofrecimiento, ella por su lado sabe perfectamente quién es el padre porque solo lo ha hecho con él, no fue casualidad el encuentro conmigo, ¡imagínese don Luis!, ¡el ponjita me preguntó si yo era el padre!, ¡y me pidió que renuncie a mi supuesta paternidad!

—¿Y vas a renunciar?

—Ya pe don Luis, no estamos para bromas, ya está como lo del joyero, ¡yo no soy el padre!, ¡tampoco me cargué al joyero!

—Pensé que te habías tirado un revolcón de despedida. Podía darse la posibilidad, no lleva mucho tiempo en Japón.

—Ahora resulta que yo soy sospechoso de todo, ¡así no juega Perú pues don Luis!

—Es que estás metido en la jugada.

El viernes después de la papelera me sentía cansado de tanta emoción y regresé temprano a casa, quería dormir profundamente de manera que el sábado me encuentre bien descansado para la experiencia astral con la Mística. Encontré a mi papá, que pendiente de mis vaivenes sentimentales, me pidió que le contase alguna novedad. Le conté que es sospechoso de ser futuro abuelo, al comienzo se preocupó y me preguntó si reconocería al niño. Se rio, dándome a entender que confiaba no fuese mío. Estábamos en esa conversación, poco antes de irme a dormir, como a las seis y media de la tarde, sonó el timbre y era nada menos que la Irresistible con una minifalda espectacular que literalmente me quitó el sueño.

—Hola, ¿buscas a mi mamá?

—No, te busco a ti. Te cuento. Mi hermana a la que llamas la Deportista, se casa la próxima semana —recordé que sí, me habían comentado, era la noticia de la cuadra, incluso estaba invitado, se casaba con un tipo que no conozco que le llevaba unos quince años. Lo primero que pensé fue: ¿de dónde me consigo un terno? Mi papá tiene el suyo, pero no somos de la misma talla, ¿me quedará el de mi confirmación? Ese problema tenía que resolverlo ya, y me serviría también para la graduación, ¿comprarme uno? ¡Ni hablar! Un terno costaría como 2 meses de sueldos mínimos, ¿y los pasajes

para ir a trabajar? Un lío, en eso estaba, cuando de repente vi la mano de la Irresistible que pedía atención.

—Te sigo contando, hoy le hemos organizado su despedida, ¿podemos contar contigo? Solo son diez nuevos soles por cabeza para el piqueo y algún trago, algo sencillo pero divertido, ¿te apuntas? —estaba sacando cuentas mentalmente cuando se acerca mi papá.

—Anda, toma los diez soles, despéjate de tanta tensión —me extendió un billete. Mi papá había escuchado todo.

—Sí, toma —le di el billete a la Irresistible.

—A las nueve te paso la voz nos va a llevar el novio. Como que lo conoces.

—Okey, a las nueve estaré listo.

Y a las nueve empezó mi aventura con la Irresistible, mientras bailaba conmigo me contó que estudiaba diseño de modas, que le faltaba poco para terminar, que ya trabajaba en casa y tenía muchas clientas que le daban un ingreso no espectacular, pero interesante, me preguntó sobre mis proyectos, le conté que estaba a meses de terminar la carrera de ingeniería química y que en paralelo tenía el sueño de ser escritor, que desde los 12 años escribía unos cuadernos con historias y poemas que estaban perfectamente fechados hasta con la hora de creación, pues pensaba que en algún momento podría relacionar de manera metafísica alguna misteriosa correlación matemática en mi obra creativa, a lo que sorprendida me comentó que era un poco loco, pero agradable y que lamentablemente no habíamos tenido oportunidad de compartir por lo que ella tenía muchísimo trabajo y que cuando quiera pase a buscarla, pero eso sí después de las nueve de la noche hora en la que se desocupa.

Ya de regreso, el flamante novio nos dejó a la Irresistible y a mí en la cuadra y se fue junto con la Deportista con rumbo desconocido seguramente a ir practicando la previa a su enlace matrimonial. Me provocó dar una perorata de recomendaciones sobre los tres años de saldo sentimental, mas al rato cambié de opinión en base qué experiencia iba a dar consejos. Era mucho rollo contar que todo lo había aprendido de un funerario filosófico llamado don Luis Lassio.

Capítulo 29: Secretos en el plano astral

Al llegar a la puerta de la casa de las hermanas hacendosas, le dije a la Irresistible que la había pasado muy bien bailando con ella toda la noche, a lo que ella no dijo nada solo se me acercó y me metió un maravilloso beso francés, cerré los ojos, sentí el vaivén de su lengua, recordé por algunos segundos cuánta razón tenían la gitana y la hermana del flaco con sus predicciones esotéricas. Esa reflexión al parecer me llenó de confianza que con toda emoción terminó en una erección, la tomé por la cintura y la pegué a mi expresividad, ¿total?, ¿qué tenía que perder si ya la había dado por perdida?

Amanecí aquel sábado contento, mi papá se dio cuenta en el desayuno y quiso indagar el origen del milagro.

—Todo parece que estoy de enamorado con la vecina, la Irresistible.

—¿Qué? Aguanta un poco, uno te da un consejo y vaya que eres un alumno aplicado, después que me tildabas de insensible por decirte que lo mejor era dejar tranquila a la Buenamoza, pero tú ya te pasaste, de la noche a la mañana, y esto es literal he pasado de ser un potencial abuelo de un nieto o nieta en el Japón, a ser potencial padre político de la vecina, y se supone que ¡yo era el bravo! —se rio.

Por la tarde fui a Lince a la dirección que me había dado don Luis en Julio C. Tello con Mariscal Miller, en la esquina del frente era un lugar histórico, en aquella cuadra, la tercera de Julio C. Tello en un departamento de ese edificio color verde se originó el mito del grupo «Los Saicos» a quien se le atribuye el origen mundial del punk con la canción «Demolición», ese tema siempre nos acompañó en casa pues mi papá lo ponía para despertarnos por las mañanas, le atribuía propiedades energéticas como para arrancar el día con ganas.

Al llegar ya estaban la Mística con don Luis, el Mustang rojo estaba estacionado afuera, la que no llegaba era la Buenamoza. Para entrar al recinto tuvimos que quitarnos los zapatos, había un cubículo para guardarlos.

—¿Y la Buenamoza? —me preguntó don Luis sorprendido de que llegara solo.

—¿Tenía que venir con ella?

—¡Pero claro! ¡Es tu pareja! —don Luis sacó su flamante celular nuevo, quiso llamar a alguien para comunicarse con la Buenamoza, pero se dio cuenta que para que ese costoso artefacto sea útil tenía que ser usado masivamente. Me pidió el número del teléfono fijo, felizmente tenía, marcó y me pasó el celular, casi corto la comunicación al tomarlo, por apretar una tecla por error, pregunté por ella, cuando se puso al teléfono lloraba.

—Qué alegría escucharte —me dijo, «qué alegría para extraña», pensé.

—Te estamos esperando en Lince para lo de la experiencia astral con la Mística.

—No sabes la alegría de saber que estás vivo. ¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Del atentado al banco que está en la esquina de mi trabajo. Le han puesto un coche bomba.

—No, no sé nada, en mi casa no compran periódicos, tampoco he visto los noticieros.

—Murió tu amigo el gordo Gorosito, como siempre estás con él conversando a esa hora, pensé lo peor, salí de la farmacia como loca y empecé a revisar los cadáveres, gracias a Dios no estabas —me quedé helado. Pobre gordito lo que el cáncer no pudo hacer lo hicieron unos malditos matando un inocente.

—¿Vendrás a Lince? Te estamos esperando.

—Sí, en media hora voy, Jane tiene que hacer una explicación sobre el mundo astral, en lo que demora explicando, estoy por allá.

—Okey, te esperamos.

Los puse al tanto, Jane me abrazó tocándome la cabeza y me dijo «has vuelto a nacer».

Don Luis me enseñó las instalaciones, estaban los cuatro ataúdes, cada uno encima de una especie de tabladillo de madera con una cómoda escalera lo que hacía que no estén al ras del piso, también tenían cada uno una conexión tubular que los conectaba al tiro forzado de un ventilador tipo turbina industrial de baja potencia, cada féretro tenía entrada y salida de aire. Dentro, eran acolchados como los más costosos y no disponían del ingenio de don Luis del cinturón de seguridad.

—Interesante sistema, un diseño así también es parte de la ingeniería química —comenté admirado.

—Entras al féretro y sientes una agradable brisa a pesar de estar cerrado, está inspirado en un diseño que usan en Japón denominados hoteles cápsula. No tengo

mucha expectativa en este experimento, pero con tal de tenerla contenta a la Mística — explicó don Luis.

—El amor don Luis, el amor.

—Bueno —intervino la Mística—, ahora voy a explicar brevemente lo que vamos a hacer, lo que podemos ver es un laboratorio físico experimental de viajes astrales. Existen otras maneras de lograrlo como por ejemplo mediante el uso de compuestos químicos como los que contienen las raíces de ayahuasca.

—Pero eso es un alucinógeno —replicó don Luis.

—Los que toman ayahuasca con un fin determinado, las alucinaciones o sueños que perciben son comunes a todos los presentes, no hay que confundir cuando se hacen sesiones con los chamanes y cada asistente tiene sus interrogantes y dudas particulares. Aquí lo que vamos a hacer es entrar al plano astral para poder todos juntos encontrar una respuesta común, me parece que lo que nos intriga es la muerte de los niños azules, quién los mató y por qué.

—Interesante, pero eso ya pasó, ¿en el mundo astral no existe el tiempo? — dudé.

—En el plano astral estamos más allá del espacio tiempo, estamos más allá de las restricciones físicas, por ejemplo, en el plano físico la velocidad máxima es la de la luz, en el mundo astral es la del pensamiento y este nos podrá llevar incluso a través del tiempo —don Luis hizo una mueca de incredulidad al escuchar a la Mística.

—Si bien yo no creo en esto del mundo astral, pondré todo de mi parte para que el experimento tenga éxito, me parece que lo que queremos lograr es un estado alterado de conciencia, pero como una alucinación colectiva, nos puede incluso dar a partir de nuestros inconscientes una hipótesis pero que no necesariamente se ciña a lo sucedido realmente —don Luis soltó una explicación de lo que podía suceder en caso el experimento tenga aparente éxito.

—Obviamente no tendrá una validez legal, pero calmará nuestras dudas y curiosidades, a partir de allí podemos incluso plantear una trampa para la caída del asesino en el plano físico —entusiasmada la Mística.

—Lo dudo —intervino don Luis—, el tema está enterrado y olvidado, quedó en la impunidad como es común en este lado del mundo, lo que sí podríamos quedarnos más tranquilos con una hipótesis racionalmente convincente, salvo que hagamos justicia por nuestra cuenta, pero eso sería caer en un círculo vicioso de injusticias, no podemos fiarnos en creencias sin evidencias, ni juzgar por ensoñaciones.

Tal y como lo había calculado ella misma, la Buenamoza llegó al terminar la explicación. La Mística puso un último énfasis en no tener miedo a desencarnar durante la experiencia pues el cordón de plata —el lazo que une el cuerpo astral con el físico—

evitará que podamos abandonar totalmente el cuerpo físico como consecuencia del experimento. Noté que siempre se utilizaba un eufemismo para referirse a la muerte, como si fuera una palabra prohibida. Acordamos enfocarnos en la experiencia del origen de la partida de los niños azules. Cada uno entró en su féretro, en efecto corría una agradable brisa dentro, incluso al cerrarlo, me sentí parte de una película de terror.

Se escuchó una música que simulaba un burbujeo cósmico, era una grabación de una meditación guiada, inhalamos profundamente y exhalamos, desde la cabeza hasta los pies la voz nos iba pidiendo que relajemos cada parte del cuerpo, hasta que por fin me quedé dormido y empecé a soñar, una voz susurrante empezó a guiarnos, era la Mística, vamos donde los niños ¿qué hacen? Observemos. Jugaban echándose agua en la pileta de la plaza mayor, reían bañándose semidesnudos hasta que se percatan que alguien viene a botarlos. Escapan corriendo divertidos por el jirón de la Unión y ven a una niña, la veo bien: ¡Es Dharma! La niña que fue abandonada por su madre, los niños la rodean, la llevan a un lado de la calle, a un recoveco al lado del portón de entrada de la iglesia de la Merced. La desnudan. Empiezan a manosearla con curiosidad, Dharma llora, se me quitan las ganas de seguir viendo ¿se puede ser cruel a tan corta edad? A los niños no los conmovía el llanto desgarrado. La gente camina mira de reojo la escena, se hace la que no ve, acelera el paso, como que lo que no se ve no está pasando. Nadie interviene ni le importa el llanto de Dharma hasta que ¡por fin! aparece alguien que les llama la atención y les dice que son unos malditos que van a pagar por esto. Pude contar los niños, son los ocho, no pude ver de dónde proviene esa voz que hizo parar la terrible escena. Abraza a la niña y le dice palabras dulces, los niños corren, pese a lo relajado y fresco que me siento, no evita que sienta rabia por los niños, es desesperante ser un observador sin voz. Aparece alguien invitándole una bebida a uno de los niños, al parecer es un trago, comenta que es mejor que el terokal que acostumbran aspirar. El niño bebe, da unos pasos y cae fulminado. Se repitió la escena una y otra vez, no logro ver quién es el o la que les da de beber la letal bebida. Ahora aparece el joyero hablando con la Buenamoza, ¿qué tienen que ver ellos con los niños? La Buenamoza sí es amiga de Dharma incluso hoy, quizás el joyero haya sido presentado a Dharma por la Buenamoza. Nunca me llevó a mí a verla. Aparece el joyero reclamándole a la Buenamoza sobre un compuesto que se le ha perdido en su taller. Es el cianuro. Al parecer el joyero descubrió que la Buenamoza se estaba llevando el cianuro de sodio del taller, se lo increpó, tuvo miedo pensando en la posibilidad de un suicidio de la Buenamoza. La Buenamoza le explica que no es para eso, es para hacer justicia. Una vez que los ocho niños fueron eliminados la Buenamoza se separó de él. Despertamos gradualmente. Al abrir los ataúdes estábamos confundidos. La Mística intervino primero.

—Clarita, ¿fuiste tú? —la Buenamoza se puso a llorar sin decir palabra.

—¿Habremos visto todos lo mismo en el sueño? —don Luis dubitativo.

—Me parece que queda claro que yo no tengo nada que ver con lo del joyero —dije.

—Esto no tiene ninguna validez —intervino don Luis—, nuestras mentes nos han creado un mismo sueño solo porque compartíamos similar información, Clara, mira, si en el hipotético caso tú hayas sido la que causó la muerte de los niños y el joyero, todo queda acá —la Buenamoza parecía que iba a decir algo. Don Luis la interrumpió—. Clarita, no tienes que decir nada. Por mi parte prefiero la incertidumbre, ¿y ustedes? —dirigiéndose a todos.

—Por mi parte también —dije yo.

—Por mí también —concluyó la Mística.

La Buenamoza salió llorando. Escuchamos cómo se ponía los zapatos y se iba. Nadie dijo nada por un buen rato. La Mística se quedó mirando el féretro vacío donde había estado la Buenamoza, como si todavía pudiera leer algo en él. Yo tenía la vista fija en mis propias manos, las mismas que unos años atrás había querido entrelazar con las de ella para siempre, y ahora no sabía si eran las manos de alguien que había amado a una asesina sin saberlo, o las manos de alguien que se había inventado una historia, como tantas veces me acusaba don Luis de hacer. No sentía miedo. Sentía algo peor: una tristeza enorme, la misma que uno siente cuando entierra a alguien que todavía respira.

—Ve con ella es tu enamorada —me pidió don Luis con una voz que por primera vez pareció insegura.

—Ya no lo es —le respondí después de un silencio largo—, se cumplió lo de la gitana. Les conté lo que pasó la noche anterior con la Irresistible en la despedida de solteros de su hermana.

Capítulo 30: Intrigas y Revelaciones

Esa noche no dormí. Cada vez que cerraba los ojos volvía a ver a los ocho niños jugando en la pileta, el terokal, la bebida que uno de ellos aceptó sin sospechar nada, y sobre todo volvía a ver a Dharma llorando mientras la gente caminaba mirando para otro lado. Pensé en mi madre diciendo que había que tener cuidado con las gitanas. Pensé en don Luis explicándome que el pensamiento mágico era un lastre. Y pensé, sobre todo, en que quizás la única persona de esta historia que había hecho algo —lo que fuera, por más terrible que fuera— frente a la indiferencia general, había sido precisamente ella, la Buenamoza, la que yo perseguí media vida creyendo que la quería por su belleza y que en realidad quizás siempre admiré, sin saberlo, por esa dureza suya que yo confundía con misterio.

Al día siguiente pasé por la farmacia de la avenida El Polo. No entré. La vi despachando a un cliente, con su bata blanca, tan tranquila como cualquier otra tarde, y me pregunté cómo hace alguien para cargar con algo así y seguir cobrando y dando vueltos con una sonrisa. O quizás no cargaba con nada. Quizás, como decía don Luis, todos habíamos soñado lo mismo simplemente porque todos sabíamos, en el fondo, lo mismo, y el sueño solo le puso una escenografía a una sospecha que ya estaba instalada entre nosotros desde el velatorio del joyero que por cierto yo no maté.

El lunes saliendo de la papelería fui donde don Luis a contarle más pormenores sobre mi relación con la Irresistible, llevarle la novedad de que el flaco Bayletti había sido padre por primera vez y poder hacer un análisis de lo ocurrido en el viaje astral.

—Estando tan cerca de la verdad, usted mismo no dejó que confiese la Buenamoza.

—Me cae bien, además que ella no tenía que pisar el palito, un sueño no puede ser evidencia.

—Lo que no me cuadra es ¿por qué eliminar al joyero?

—¿No fuiste tú?

—¡Y dale con eso don Luis!

—Otra hipótesis es que el joyero sabía lo que había hecho, fue el proveedor del cianuro. Era cómplice o testigo, el único que podía acusarla, en cuanto se enteró que hablaba conmigo pensó en que la iba a delatar. ¿Sabes por qué no quise oír una confesión de la Buenamoza?

—No me explico don Luis, ¿por qué?

—Primero que de nada hubiera servido para la justicia y segundo que ella podría querer eliminarnos, incluso sin la confesión, al no negarlo rotundamente estamos en

cierto peligro. Con la confesión estaríamos en un peligro mayor y si la denunciemos ¿quién nos va a creer el cuento del viaje astral?

—Tampoco quedó claro si el joyero le dio o no curso a la Buenamoza, ahora ya no importa, mi futuro está con la Irresistible.

—Pero te hubiese gustado saber, es más, te hubiese gustado campeónar con la Buenamoza.

—Soy hombre pues don Luis, ¡por supuesto que me hubiese gustado campeónar!

—¿Como campeónó el flaco teniendo su hijito? ¿Fue hombre como se lo cantaron?

—Sí, fue hombre.

—¡Cómo es la vida don Luis! ¿Lo ha notado? Nos da la contra, en cuanto deseamos algo nos lo niega y cuando nos relajamos, hacemos como que ya no lo queremos, viene, me pasó con la Buenamoza y ahora con la Irresistible.

—Hay que tener cuidado de no caer en creencias sin fundamento.

—Usted también estuvo como loco por saber quién mato a los niños azules y la solución llegó cuando ya se había resignado a nunca saberlo.

—Hipótesis nomás, no podemos llamarle solución a un sueño colectivo.

—En cierta forma el «método» funcionó, lo que pasa es que sabotamos la confesión —añadí.

—Al que llamas «método» es un engaño, un artificio, una trampa mental. La Buenamoza me cae bien, no merecía caer tan fácil.

—Nos cae bien —concluí nostálgico.

—¡A propósito!, se te viene el matrimonio de la Deportista este sábado, tengo un terno de tu talla, no creo que te importe que le haya pertenecido a un difunto.

—A menos de una semana, no estamos para exquisiteces.

—Recógelo pasado mañana, hoy lo mandé a la lavandería.

—Gracias don Luis.

—Gracias a ti más bien, siempre es grato conversar contigo.

Capítulo 31: Entre Sueños y Revelaciones Pasadas

Después de veinte años de casado con la Irresistible, soñé con la Buenamoza. En mi sueño estaba en un velatorio en San Borja, salía de allí de regreso a casa y al doblar la esquina estaba ella allí, vestida de negro, sus ojos pardos lucían hinchados rodeados de una tonalidad rojiza que hacía suponer que había llorado. Destacaba su cabello castaño bien cuidado, seguramente teñido. Detrás de ella, borrosos como suele pasar en los sueños, unos niños jugaban en una pileta, y por más que quise no pude verles el rostro, solo el color: un azul que no era de este mundo. Me desperté con la sensación de que el sueño tenía un significado oculto.

Le conté a don Luis, quien seguía en buena forma, tanto física como mental.

—Me has contado que tu matrimonio ya llegó a su fase de desaliento, lo más probable es que tu mente apelando al pasado te empiece a crear historias, mi recomendación es que hagas memoria a tu saldo de tres años sin hijos donde amaste a la Irresistible con toda la pasión que la imaginación erótica puede brindar, provócate sueños placenteros.

—Es raro, no sueño con la Buenamoza desde que estaba en la universidad ¿No será algún mensaje del destino?

—¡Otra vez con esas ideas! —bufó don Luis—. No has cambiado ni un poquito.

—Y usted, después de veinte años con la Mística, sigue sin creer en nada ni por más que hasta le abrió ventanas con la mente, le activó los chakras y no sé cuanta cosa se ha dejado hacer, ¿se pasa don Luis!

—¿Y qué será de la Buenamoza? Desapareció tras nuestro experimento.

—La Mística quizá sepa algo, ¿no ha seguido frecuentando la Hermandad Blanca?

—Nos hubiera dicho, ni siquiera fue a nuestro matrimonio. Creo que fue porque nos casamos juntos, si hacíamos las ceremonias separadas quizás hubiera ido a la mía.

—Lo que nos salvamos fue del matrimonio religioso, qué raro que la Mística se quedó tan tranquila sin la «bendición de Dios» —hice el ademán de poner la frase entre comillas.

—No me puedo quejar —respondió don Luis—, hicimos un ritual que Jane llamó «matrimonio cósmico» —hizo comillas en el aire—, ya no recuerdo bien los detalles, lo que se me hizo inolvidable fue el cierre, en vez de solo un beso, fue sexo tántrico cósmico, espectacular.

—Sí recuerdo que me contó algo. Hubiera hecho algo así con la Irresistible.

—Todavía puedes. Le diré a Jane que te explique. Tal vez necesites un nuevo aire.

—¡Buena idea don Luis!

Capítulo 32: El Reencuentro con el Bruto

Desde que el Bruto se fue de la universidad, no hubo oportunidad de verlo. Fue don Luis quien lo recordó en una de nuestras interminables conversaciones, lo que me llevó a buscarlo en las páginas tributarias de internet. Finalmente, encontré su nombre ligado a una empresa de confecciones. Decidí acercarme a sus oficinas, pero no lo encontré. Me dijeron que pasaba la mitad del mes viajando. Aun así, dejé un mensaje garabateado con uno de sus empleados, contándole que el Flaco y yo trabajábamos en la funeraria de don Luis y que sería un placer reencontrarnos.

Días después, don Luis nos anunció que el Bruto vendría de visita. Nos alegró la noticia. Antes de que llegara, nos sorprendió la visita de un camión de una distribuidora de cervezas. Nos dejaron dos refrigeradoras llenas de botellas, como si hubiéramos montado una cantina dentro de la funeraria.

—Este no puede con su genio —comentó don Luis, con una sonrisa cómplice.

Cuando el Bruto apareció, lo abrazamos como si fuera el hijo pródigo que retornaba tras años de exilio.

—¿Y qué tal te ha ido en el negocio, Beto? —pregunté con curiosidad.

—Muy bien, las cosas mejoraron cuando superamos el problemón de la inflación. Aunque por confiado, casi me voy a la mierda. Mi madre me salvó.

—Una brutalidad tuya, seguro —dijo el Flaco.

—No exactamente. Me confié demasiado en los chinos y casi me revientan.

—La competencia desleal —dijo don Luis, con tono de conocedor—. Aquí también nos llegaron ataúdes a precios ridículamente bajos. Sobrevivimos por los pelos. Afortunadamente, el flete alto no permitió que nos exterminaran.

—En el sector textil, el Estado nos protegió un poco, pero el problema no fue la competencia. Fue mi propia estupidez —admitió el Bruto, sacudiendo la cabeza—. Hice un pedido grande a una fábrica china y me enviaron cualquier cosa menos lo que pedí. Me llenaron los contenedores con mercadería que no se vendía. Y después, ¿a quién le reclamas? Los contactos desaparecieron.

—Negocio nefasto, porque ya no vuelves a comprarles —señaló don Luis.

—Como nuestros clientes —dijo el Flaco, riendo.

—Nuestros clientes no se quejan —añadió don Luis, con una sonrisa fúnebre—. Pero siempre recomiendan nuestros servicios, tarde o temprano.

—El verdadero problema fue que metí casi todo mi capital en esa compra. Cuando me di cuenta de la cagada que había hecho, me hundí en la depresión. Y la depresión me llevó al alcohol.

—Bueno, compadre, con depresión o sin ella, igual te ahogas en el alcohol —dijo el Flaco, abriendo una de las refrigeradoras y pasándonos una cerveza.

—¿Y cómo te salvó tu señora madre? —preguntó don Luis, con sincero interés.

—Me encontró hecho un desastre en mi casa, me pegó un cachetadón y me dijo: «Yo no he criado hijos fracasados. Esto es lo que vas a hacer: vas a confeccionar esa tela y la vas a vender en provincia a precio de costo. Recuperas tu capital y, para la próxima, ya sabes con quién hacer negocios».

—Tu madre tiene talento táctico para los negocios —admitió don Luis.

—Desde entonces, cuando hago pedidos a China, viajo personalmente y superviso el cierre de los contenedores. No me fío de nadie.

—Eso es clave. Aquí hemos construido círculos de confianza con los proveedores. No es solo una cuestión comercial, es también un vínculo amical —reflexionó don Luis.

—Otra anécdota que tengo es mi primer viaje a China. Por un tiempo no importaba mis telas, las compraba de un proveedor local que me asignó un vendedor exclusivo. Cuando mi proveedor quebró, me quedé sin mercadería y sin saber a quién recurrir. Necesitaba orientación sobre dónde comprar.

—Todos tenemos nuestros secretos del negocio —comentó don Luis.

—Me estaba rompiendo la cabeza buscando soluciones cuando, en un semáforo en rojo, paró un taxi. ¡Era el vendedor que me atendía antes! Se había quedado sin trabajo y estaba taxiando. Sin pensarlo, lo contraté como asesor y nos fuimos juntos a China.

—¡Salud por los encuentros fortuitos! —brindó el Flaco.

—Salud —levantamos nuestras cervezas.

—Lo curioso del viaje fue que la fábrica nos brindaba absolutamente todo: hoteles, comida y hasta mujeres para asegurarse de que estuviéramos a gusto.

—Eso ya es más que confianza, eso es hermandad —dijo el Flaco, soltando una carcajada.

—Mi asesor, que resultó ser evangélico, dijo: «Nosotros somos cristianos, muchas gracias, pero no tomamos alcohol ni usamos esos servicios». Yo le respondí: «Habla por ti nomás». Fueron unas noches de fantasía. Todo estaba incluido en el precio del contenedor.

—Y después dicen que los chinos no son detallistas —comentó don Luis, riendo.

—El viaje fue pesadísimo, pero necesario. Desde entonces, con el evangélico hemos recorrido China, Corea, Japón y hasta Los Ángeles.

—¡Japón! —exclamé—. ¿Y qué será de la Buenagente?

El Bruto se mató de risa.

—¡La encontré! Está muy bien. Tiene una hija y, honestamente, se parece a ti, Cocovich.

—¿Qué? —me atraganté con la cerveza.

—Tranquilo, compadre, no te emociones. Te paso su número y su correo para que la contactes. Podrían recordar los viejos tiempos.

Me quedé pensando en la Buenagente. Más allá de su físico, siempre había sido una gran conversadora. Tal vez sería interesante retomar el contacto.

—¡Gracias, Bruto! —le dije, sin saber exactamente qué sentía.

Don Luis nos observaba con su mirada pícara de siempre. Sabía que ese reencuentro traería más historias por contar.

Capítulo 33: El Bruto y la Buenagente

El Bruto nos contó cómo llegó a verse con la Buenagente. Cuando programó su viaje a Japón, específicamente a la ciudad de Osaka, principal centro textil del país, le vino a la mente su querida amiga Mickey Mouse. Fue a buscarla a su antigua casa en El Porvenir, en el distrito de La Victoria, a unas cinco cuadras de su tienda. Al llegar, descubrió que su familia ya no vivía allí; se habían mudado a San Miguel, un distrito más tranquilo y seguro. Con las referencias en mano, fue hasta allá y logró comunicarse con la Buenagente por correo electrónico.

Coordinó encontrarse con ella. Le explicó que, una vez que el embarque estuviera listo y el contenedor precintado, quedaría libre para trasladarse a Yokohama, la ciudad donde ella residía y trabajaba.

—Para ti es normal, Cocovich, porque siempre la viste con los ojos del amor a la Mickey, pero para mí estaba irreconocible. Extremadamente guapa, discúlpame, pero estaba rica —soltó el Bruto con una sonrisa pícaro.

—Normal, si ya no estamos, cuenta con toda confianza —respondí, mientras sentía las atentas miradas de don Luis y el flaco sobre mí.

—Qué piña, comparito. Le hizo bien dejarte —agregó el flaco con su acostumbrada falta de tacto.

—¿Y no tiene esposo? —pregunté, más por curiosidad que por otra cosa.

—Tenía, pero el tipo se fue. La abandonó por otro amor.

—¿Se divorció? —quiso saber don Luis.

—Sí, el ex se volvió a casar y tuvo dos hijos más.

—¿Era peruano? —pregunté.

—Sí, de La Victoria —respondió el Bruto, moviendo la cabeza con incredulidad—. La Mickey está resentida con el papá de su hija porque se fue y se desentendió de ella. Una mierda.

—Hay gente así —comenté, y sin querer mi mirada se desvió hacia el flaco. Él, al principio, había hecho lo posible por estar presente en la vida de su hijo, pero con el tiempo su expareja lo apartó por completo cuando decidió mudarse a Europa.

—Pero yo no abandoné a mi hijo —se defendió el flaco, captando la indirecta—. Más bien la madre y mi hijo me abandonaron a mí. Es completamente diferente.

Todos sonreímos, pero con una ligera tensión en el ambiente.

—Es verdad —intervino don Luis, como si con su sentencia sellara el tema.

Para cambiar el tono de la conversación, pregunté:

—¿Y en qué trabaja la Buenagente?

—Al comienzo, estuvo en una fábrica de Sony haciendo control de calidad de televisores. Pero cómo será de inteligente esta mujer que se dio cuenta de que la vida en las fábricas no era vida. Se puso a investigar y encontró un trabajo con un horario más flexible en un asilo de ancianos. Llevó un curso de seis meses y ahora trabaja a su ritmo. Antes tomaba todas las horas que podía para mantener a su hija, pero ahora que ella estudia en la universidad, está más aliviada y toma menos horas de trabajo. Es casi, casi, feliz.

—Bueno, la felicidad absoluta no existe. Como dijo Schopenhauer, la vida es sufrimiento y la felicidad es simplemente la ausencia de dolor —apuntó don Luis con su tono filosófico de siempre.

—La verdad es que lo que le falta es un buen polvo a la Buenagente —soltó el flaco sin filtro.

Todos estallamos en carcajadas. Don Luis se sacudía en su asiento y el Bruto casi escupe la cerveza que tenía en la boca.

—Discúlpame, Cocovich, pero ganas no me faltaban. Sin embargo, eso no se les hace a los amigos —agregó el Bruto, divertido, aunque con cierto tono de duda.

—Pero carajo, ni que los enamorados tuviéramos derechos exclusivos sobre nuestras ex —dije, intentando sonar despreocupado—. Hubieras procedido nomás, como siempre me decía don Luis.

En realidad, la idea me incomodaba un poco. A la luz del tiempo, lo que más lamentaba no era que la Buenagente hubiera seguido con su vida, sino recordar que en su momento estuve a nada de estar con ella y no concreté. Con los años, la virginidad, la exclusividad y todas esas huevadas impuestas por el poder conservador de la religión me parecían un truco de manipulación para hacerte sentir culpable.

Me pasó por la cabeza otra posibilidad: que en realidad el Bruto sí hubiera estado con la Buenagente y no lo dijera por no hacerme sentir mal. Lo conocía bien. A diferencia del Flaco, que disfrutaba del sentimiento ajeno, el Bruto siempre había sido más reservado y, si algo podía herir a un amigo, prefería callárselo.

—A ver, Bruto, dime la verdad... —lo miré fijamente, con media sonrisa—. ¿No pasó absolutamente nada?

El Bruto levantó su cerveza, me guiñó un ojo y respondió:

—Lo que pasa en Yokohama, se queda en Yokohama.

Nos matamos de risa. Al final, fuera lo que fuera, ya no tenía sentido darle más vueltas. Cada uno tomaba el rumbo que mejor le convenía, y en el fondo, me alegraba saber que la Buenagente estaba bien. Aunque, claro, una parte de mí no dejaba de preguntarse... ¿y si...?

Capítulo 34: La Experiencia Paranormal de don Luis

—Don Luis, usted que prácticamente ve muertos todos los días, ¿nunca ha tenido una experiencia paranormal? —pregunté con curiosidad, mientras el flaco se acomodaba en su asiento, esperando con ansias la respuesta.

—En este negocio tienes que mantener siempre la calma —explicó don Luis, con su tono pausado de siempre.

—O sea que sí la ha tenido —insistí, sintiendo que había algo más detrás de su respuesta calculada.

—Tu mente te puede hacer jugarretas, como soñar despierto. Todo es sugestión. El estrés te puede hacer ver cosas, como lo que te pasó en la morgue, Cocovich. Solo que tú colapsaste. El estrés se puede manifestar de otras maneras, con alucinaciones, con sombras que parecen moverse, con susurros que son solo ecos. Como soy conversador, he escuchado las más diversas historias. Por ejemplo, una señora, en pleno velorio en la parroquia San Miguel Arcángel, se acercó a mirar el cuadro del Corazón de Jesús y, según ella, lo vio llorando sangre. Juraba que el rostro de Cristo la miró con compasión. La gente empezó a arremolinarse, algunos decían que también lo veían, otros se persignaban y murmuraban oraciones. Fue un momento tenso, hasta que el párroco entró y con voz firme les dijo que estaban sugestionados, que la luz reflejaba los vitrales y daba la impresión de movimiento. La gente se dispersó... pero estoy seguro de que hasta ahora esa señora sigue creyendo que vio un milagro.

—Son milagros, pues, don Luis —dijo el flaco, rascándose la cabeza—. También están los testimonios de los que han estado al borde de la muerte y dicen haber visto un túnel, con sus seres fallecidos esperándolos, o incluso a Jesús recibéndolos.

—Ni tanto milagros, ni tantas pruebas de vida después de la muerte —respondió don Luis—. Si lees «La República» de Platón, encontrarás relatos similares sobre experiencias cercanas a la muerte, pero en lugar de Jesús, aparecen los dioses de su época. La mente reconstruye lo que la sociedad ha sembrado en ella. Por ejemplo, algunos que aseguran haber visto a Jesús en ese túnel describen que tenía los ojos azules intensos. Esa es una imagen completamente europea. Si Jesús hubiese existido históricamente, es casi imposible que tuviera esas características. Cada quien ve lo que su cultura le enseñó a esperar.

—¿Y usted qué vio cuando tuvo experiencias paranormales? —pregunté, esperando que finalmente soltara algo más personal.

Don Luis sonrió y tomó un sorbo de café antes de contestar.

—Vi que un cliente se levantó —soltó con calma.

Nos quedamos en silencio. El Flaco y yo nos miramos con los ojos bien abiertos.

—¿Qué? —exclamé.

—Fue cuando ayudaba a mi padre en la funeraria, durante unas vacaciones. Yo era chibolo y no tenía mucha experiencia. De repente, en pleno proceso de preparación, el tipo simplemente se sentó de golpe. Casi me muero yo. Pensé que había entrado en el negocio equivocado. Lo que pasó es que el cliente había sufrido un episodio de catalepsia. No estaba muerto. Solo que, en esos tiempos, no se hacían tantas pruebas para confirmar la defunción. No sabes cómo salí corriendo.

—¿Y qué le dijo cuando despertó? —preguntó el flaco, claramente fascinado con la historia.

—Estaba confundido, respiraba agitado. Cuando logró calmarse, contó que había visto un anciano de ojos azules y barba larga. Un poco más y era Papá Noel, solo que con túnica blanca —dijo don Luis con una carcajada.

—¿Y el anciano le dijo algo? —pregunté, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda.

—Sí. Le dijo: «Pasa, aquí podrás hacer lo que te guste. Si te gusta pintar, pintas. Si te gusta escribir, escribes. Si te gusta cantar, cantas. Aquí puedes hacer todo lo que amaste en vida, sin preocupaciones». Y en ese instante, el cliente se dio cuenta de que estaba en la muerte misma, que si aceptaba cruzar la puerta ya no habría regreso. Así que decidió despertar. Y vaya que despertó, pegando un grito que casi me mata a mí primero.

Nos quedamos un momento en silencio, procesando la historia.

—Ya con los años, leí más sobre el tema. Es curioso cómo la relatividad del tiempo en los sueños hace que en un solo segundo puedas experimentar lo que parecen horas o incluso días. Probablemente, todos tengamos nuestra propia versión del cielo, basada en lo que creemos justo antes de morir. Es solo la mente, acomodando su salida.

—¿Y usted que es ateo? —preguntó el Flaco—. ¿Con qué va a soñar en sus últimos segundos?

Don Luis sonrió y se acomodó en su silla.

—Con Jacques Derrida, quizás. O con Newton. O Kant. O a lo mejor me tocan los infiernos de Schopenhauer —soltó con su típica ironía.

—O quién sabe, don Luis. A lo mejor le da la sorpresa un dios hindú, como el elefantiásico Ganesha. Ese me cae bien —dijo riéndome.

—No me sorprendería. Quizás en mis últimos segundos me toque ver a un dios azul con muchos brazos invitándome a un té filosófico. Lo que sí sé es que, si llego a ver a Jesús de ojos azules, me voy a cagar de risa en mi propia muerte.

Nos echamos a reír, pero un pequeño escalofrío se quedó en el aire. Esa noche, ya en mi casa, no pude sacarme de la cabeza esa manía nuestra de pintar la muerte de

azul, como si el color mismo fuera la última pista de un caso que nunca cerramos. A veces pensaba que don Luis hablaba de ojos azules y ángeles solo para no decir en voz alta lo que realmente seguía dándole vueltas. A veces, aunque trates de explicarlo todo, algunas cosas simplemente no dejan de inquietarte.

Capítulo 35: Desgaste matrimonial

No sabría decir si después de tantos años con la Irresistible lo que pasó es normal. Si es un desgaste natural de las relaciones humanas, la falta de comunicación, el exceso de confianza o el desprecio del tiempo. También cabe tener en cuenta el pensamiento mágico que tanto critica don Luis. Es cierto que el consejo de los tres años de sexo desenfrenado en los primeros años de matrimonio sirvió para que el recuerdo sirva como un sedante, un consuelo mental para no pasarlo tan mal.

Todos estos componentes influyeron en lo que pasó en mi relación.

—Te dije y no me hiciste caso —comentó don Luis ante mis decepciones de amor.

—Es que pensé que era imposible que me fallase así —respondí.

—Incluso te recomendé un buen abogado, ¡era el más grande obsequio que se haya visto!

—Nos llevábamos tan bien.

—Aparentemente uno los ve y se siguen llevando muy bien.

—Pero, no puede ser que me haya hecho eso.

—Yo lo entiendo, pero me parece que más grave hubiese sido una infidelidad.

—Yo le conté que mi sueño era ser escritor y que había escrito mis cuadernos desde los 12 años, ¿por qué botarlos? ¿por desprecio a mi forma de escribir?

—No creo, acuérdate lo que te dijo: «llevas años sin revisarlos, lo que no se usa por seis meses se bota para darle espacio a lo nuevo», es pensamiento mágico que se inculca por medio de estos gurúes de la nueva era, ahora cada profesión tiene el suyo, todos los días hay un doctor que desde la madrugada trabaja incansablemente por vender sus productos naturales con su propia marca y va mezclando cosas que aprendió en la facultad con las ideas de la Nueva Era. Seguro que tu señora lo escucha.

—Sí, creo que de allí sacó aquello de botar lo que no se usa, carajo en cuestión de sexo también nos tendríamos que botar porque ya no lo usamos —respondí indignado.

—En ese aspecto los órganos implicados felizmente tienen otras funciones —don Luis sonrió.

—Don Luis, ¿a usted le pasa igual? Que cuando hace el amor se parece a cuando uno se va al prostíbulo, como un acto de cumplimiento del deber por parte de ella.

—Bueno, eso puede pasar cuando vas a La Nené, porque en Las Cucardas, eso no pasa.

—Don Luis, desde que está con la Mística, ¿ha vuelto a ir a esos antros?

—¿Y tú? ¿Cuándo has ido a La Nené habiendo Las Cucardas?

—Usted es un capo para el debate don Luis.

—La verdad que desde que estoy con Jane ya no he vuelto a requerir los servicios, solo he ido a saludar al chino cuando estuvo mal de salud. Entró en una especie de depresión y lo tuve que acompañar, ya está mejor.

—Al final no me respondió, ¿el sexo bajo no sé si llamarle en intensidad, pasión, sensibilidad?

—Con mi primera esposa así fue, por eso te recomendé lo de los bienes separados, pero hay gente que no gusta de aprender de la experiencia de los demás y tiene que joderse por experiencia propia. A propósito, ¿no habrá alguien que te está moviendo el piso?

—Una cosa lleva a la otra, don Luis, yo sé que usted no lo recomienda, pero el flaco me recomendó una brujita colombiana, Lucero, que tiene su programa de madrugada, el programa se llama «Una luz en tu destino».

—¿Llamaste?

—No, fui a su consultorio, me leyó el I Ching.

—¿Y qué tal acertó en algo? También hay que considerar que tú eres mucho de sugestionarte.

—Primera vez que me hacía ese tipo de lectura, es interesante.

—Alguna vez leí sobre un alemán Wilhelm que fue el que trajo a occidente ese método desde China. Pero cómo es la influencia del pensamiento mágico que hasta existe un país en cuya bandera están los símbolos de ese libro.

—Increíble.

—¿Ella te dijo que encontrarías una nueva pareja?

—No precisamente, lo que pasa es que la brujita colombiana me atrae, su belleza y su forma de hablar me trae loco.

—¿Y qué edad tiene?

—Unos veintidós por lo menos.

—Carajo, podría ser tu hija, ¡qué abusivo Cocovich! Ya estás viejo para esos trotes, yo no te recomiendo sacar los pies del plato, no solucionas nada, pero si lo vas a hacer que sea alguien que haya pasado la etapa reproductiva, ¡imagínate! Esa chibola quizás quiera tener una familia, ¡no jodas pues Cocovich!

Capítulo 36: Filosofía, ponche y destino

La funeraria de don Luis era un refugio de conversaciones insólitas. Aquel día, mientras tomábamos un ponche que él había preparado con su receta secreta, me lanzó una pregunta inesperada.

—Cocovich, si pudieras hablar con tu versión de hace veinte años, ¿qué le dirías?

Pensé un momento. Imaginé a mi yo universitario, ingenuo, persiguiendo a la Buenamoza como un devoto sin causa.

—Le diría que disfrute más y se preocupe menos por lo que no puede controlar. Que la vida no es una ecuación matemática con una sola solución.

Don Luis asintió.

—Interesante. ¿Y crees que te harías caso?

—Probablemente no. Me conozco.

—Exacto. Así como uno rara vez cambia cuando alguien más se lo dice, los grandes cambios vienen cuando uno está listo para escuchar.

—Suenas casi místico, don Luis. ¿Seguro que la Mística no lo está influenciando?

—No me subestimes, Cocovich. Yo soy un escéptico, pero también un pragmático. A veces lo que importa no es si algo es cierto, sino si funciona —Se quedó un momento callado, mirando su copa de ponche.

—¿Sabes qué es lo único que todavía me quita el sueño, Cocovich? No haber cerrado lo de los niños azules. No por orgullo de detective, sino porque a esa edad uno cree que puede ordenar el mundo a punta de evidencia, y a la mía ya sé que no. Me consuela pensar que, aunque nunca lo dijimos en voz alta, los tres sabemos la respuesta.

—Yo prefiero seguir sin saberlo con certeza, don Luis.

—Yo también, para qué te voy a mentir. Es más cómodo.

En ese momento, entró la Mística con su inconfundible aire de certeza espiritual.

—¿De qué conspiran estos dos herejes hoy? —preguntó con una sonrisa.

—Hablamos de si nuestra versión del pasado nos haría caso si intentáramos aconsejarla —respondí.

—Si la energía es lo suficientemente fuerte, el mensaje puede llegar. No directamente como una voz en la cabeza, pero en intuiciones, sueños, señales.

Don Luis arqueó una ceja.

—¿Entonces crees que podemos influenciar el pasado?

—No el pasado como lo conocemos. Pero sí la percepción de quien fuimos. Piensa en los déjà vu. ¿Nunca te ha pasado algo que sientes que ya viviste? Tal vez porque, en algún nivel, lo hiciste.

—Parece una interpretación poética del determinismo —dije.

—O simplemente una forma de explicar lo inexplicable —respondió la Mística, tomando un sorbo de ponche.

Don Luis se rio.

—¿Ves, Cocovich? Siempre terminamos en estos enredos filosóficos. Ahora dime, ¿cómo sabes que este no es un recuerdo del futuro?

Me quedé pensando. Tal vez, dentro de veinte años, recordaría esta conversación con una claridad inquietante.

O tal vez, solo era el ponche haciendo efecto.

Capítulo 37: Misterios Revelados

El padre de una amiga había fallecido y fui a darle el pésame. La Irresistible también lo conocía, pero no quiso acompañarme. El velatorio quedaba en la av. Javier Prado en San Borja. Llegué, ofrecí mis condolencias, los acompañé un par de horas donde recordamos y contamos algunos de los chistes que el difunto gustaba repetir en vida, no me percaté de nada extraño hasta que me despedí. Al salir del edificio sentí como un déjà vu, pensé que quizás sería la influencia de la conversación con la Mística, a esta experiencia don Luis le llamaría paramnesia, la sensación que una situación particular ya se había vivido antes. Atravesé la puerta del recinto, el color de las lunas, la textura de la vereda y el pasar de los autos por las pistas me llevaron a mi sueño. ¿Estaría la Buenamoza a la vuelta de la esquina? ¿Estaría con rasgos de haber llorado? ¿Vestiría de negro?

Nada me costaba doblar en la esquina hacia la izquierda. Lo hice y casi me muerdo el corazón cuando la Buenamoza venía caminando tal cual como en mi sueño ¿y ahora?, ¿cómo don Luis podría explicar esto?

Le sonreí y saludé.

—¿Cómo estás? ¿Cuánto tiempo que no nos vemos? ¿Veinticinco años? — rompí el hielo.

—¡Hola! ¡Qué gusto verte! ¡Te he llamado con la mente! —me respondió.

—Ya veo, ¿me creerías si te dijera que esto lo he soñado?

—Ya lo creo.

—¿Por qué dices que me has llamado con la mente? No sé si sabes que soy funerario, no me digas que algún familiar o amigo ha fallecido.

—¡Sí!, mi esposo —hizo un puchero con sus labios palo rosa. Empezó a llorar. La abracé a la vez que le daba el pésame. Su cabello olía a cítrico amaderado, en mi experiencia funeraria ese perfume lo tenían los clientes más pudientes.

—Cuéntame, ¿entonces te casaste? —era una sensación ambivalente pues a la vez que quería felicitarla por su matrimonio, debía condolerme con su pérdida.

—Sí, obviamente —me miró con sorpresa como si los años me hubiesen hecho perder alguna lucidez de juventud —. Justamente estoy yendo a ver si lo puedo velar en el velatorio de aquí a la vuelta.

—Sí, de allí vengo, vamos te acompaño.

—Gracias, eso estaba pensando, que por esas cosas de la vida quizás te encuentre a ti o a don Luis en el velatorio, como ustedes trabajan en eso —arrugó de manera inconsciente su nariz, todavía este oficio es mal visto, como las aves carroñeras

a las que se les inventan historias de infortunios, todavía no se comprende la importancia de la disposición de animales muertos.

—¿Deseas que te demos el servicio? ¿Estás enterada de las innovaciones que hemos logrado? Estamos para apoyarte en lo que necesites.

—Sí, estaba en la encrucijada de hacerlo con ustedes o con otra empresa, esta casualidad lo aclara todo.

Cuando llegué a la funeraria don Luis no lo podía creer.

—Ahora no me va a decir que es mi sensación, yo le conté mi sueño tal cual.

—Estas cosas me hacen pensar no en espiritualidades sino en energías que permiten la comunicación mental, el tiempo nos ira explicando estos fenómenos, pero doy fe de que me contaste el sueño y en cierta forma se cumplió. Acabo de ver la ficha del cliente, es un reconocido empresario, dueño de una franquicia de hamburguesas, un millonario que gustaba salir con mujeres de la farándula, no sabía que la Buenamoza estuviera casada con él.

—Yo tampoco, es que la verdad veo muy poca farándula, la última vez que vi fue cuando el Bruto andaba en amores con esa vedette que se bañó desnuda en la pileta de la plaza de armas envuelta con la bandera. Hubo otro detalle que resaltar don Luis.

—¿Qué pasó?

—Al salir del velatorio con la Buenamoza, no venía sola, al acompañarla a su auto en él había una mujer durmiendo dentro.

—¿La conocemos?

—Al menos yo sí. Era Lucero, la colombiana.

—La Buenamoza definitivamente tiene contactos en la farándula, ¿aprovechaste para consultarle algo?

—No, salió del auto y al verme me reconoció, me dijo: «¡Jorge! ¿Qué hace por aquí?», la Buenamoza se sorprendió, «¿se conocen?», preguntó. La colombiana explicó que yo era uno de sus pacientes, pero cuando hablaba con la Buenamoza no hablaba como colombiana...

—Entonces Lucero, la colombiana, vendría a ser un personaje creado —agregó don Luis.

—Exacto. La Buenamoza me la volvió a presentar, ¡era Dharma! La niña de la plaza San Martín, a veces nuestra mente se queda con las imágenes del tiempo como si este no pasara para los demás, para mí seguía siendo una niña, se me fue con esto toda la calentura, todo ese rezago hormonal propio de mi edad de viejo verde y recordé la razón que tuvo la gitana.

Tuvimos que recoger el cadáver de su mansión en La Molina, murió en su casa, según la Buenamoza, plácidamente. Como tenía un mal cardíaco su médico de

cabecera, nada menos que un exministro de salud, le expidió el certificado de defunción y como no quería cremación, no fue necesaria la autopsia. Hubo que prepararlo y llevarlo al velatorio de la av. Javier Prado.

Cuando el cadáver llegó a la mesa de embalsamamiento junto con don Luis nos acercamos a verlo, nos miramos a las caras sin hablar, el empleado encargado del servicio comentó:

—¡Ajá!, ¡cianosis!, parece que murió por asfixia, tendré que maquillarlo bien para quitarle esa tonalidad azul.

—Don Luis, el difunto se me hace conocido, no sé si solo me parece, pero, creo haberlo visto entrando al consultorio de la colombiana al momento que salía después de mi consulta.

—Puede ser eso, o simplemente lo has visto en algún programa de televisión.

Capítulo 38: Epílogo: Todo se transforma

El nuevo siglo llegó con más tecnología, habíamos con don Luis y el flaco Bayletti implementado muchas novedades necrológicas, como los cementerios virtuales donde las personas que no podían o no querían ir al cementerio podían hacerlo virtualmente por la página web, compartir mensajes, comprar chocolates, flores virtuales o reales, hacer que se coloquen en la tumba y verla en tiempo real, enviar chocolates y flores a los deudos o amigos íntimos, cada tumba tenía una pantalla interactiva en el mismo cementerio alimentada con energía solar, en ella se podía ver un video con la biografía del difunto, sus momentos felices, sus penas. También los deudos podían ver en su aplicación celular los mensajes y obsequios que le habían enviado en sus recuerdos. La visita a los cementerios con esta tecnología podía durar todo un día: ahora eran grandes parques donde se vendían desde alimentos hasta juguetes, había puntos de recojo para los pedidos en línea, y para los más curiosos podían interactuar con las tumbas e ir mirando los epitafios, las biografías como si fueran películas, otros con un poco más de morbo podían enterarse de las causas de la muerte e incluso de algunos consejos para evitar que algún caso similar se repita.

Los estudiosos extranjeros estaban fascinados. Don Luis, siempre con ideas innovadoras, me sorprendió con otra ocurrencia.

—¿Sabes qué se me ha ocurrido Cocovich? —me dijo don Luis.

—Ya no me imagino qué falta para innovar en este negocio.

—Esto nunca acaba, ¿has visto esto de la inteligencia artificial?

—Claro es impresionante.

—Podemos alimentar una inteligencia artificial con anécdotas y redes sociales del difunto para que responda preguntas y aconseje como si siguiera vivo. ¡Imagínate hablar con los muertos sin médiums ni estafas! ¡Los gringos se van a volver locos!

—Es una gran idea. ¿Cuánto costará?

—Al inicio, caro. Luego se masificará.

El flaco Bayletti también tuvo propuestas interesantes, aunque un poco difíciles de aterrizar, mas no estaban exentas de lógica y técnica.

—Podemos usar biodigestores para descomponer cuerpos en cámaras anaeróbicas y producir gas metano para hornos crematorios. El resto se convierte en abono para sembrar un árbol con el nombre del difunto. Sería una tumba viva.

—La idea es genial, flaco. No sé cómo no se me ocurrió antes —admití.

—Cierto, necesitaríamos una planta de tratamiento que tendría que estar cerca de los crematorios y podríamos ir informando paso a paso a los clientes sobre cómo va el procesamiento del familiar, como dice la primera ley de la termodinámica la materia

no se crea ni se destruye solo se transforma —acotó don Luis satisfecho—. Esto también evitaría lo que le llamo el temor de Edgar Allan Poe.

—¿Cómo es eso del temor de Edgar Allan Poe? —indagué extrañado.

—Poe más que a la muerte le temía a ser enterrado vivo, esto lo muestra en su cuento «El entierro prematuro» —nos ilustró don Luis—, la verdad antes de escuchar la propuesta del flaco quería evitar estos posibles efectos catalépticos con la cremación, ahora quiero que se me procese así y convertirme en un árbol de jacarandá o en un ombú como el que sembró San Martín en lo que hoy es Pueblo Libre que tiene la edad del Perú.

—¿Quién no querría ser «procesado» de esa manera?, es una manera de seguir viviendo —añadí.

—Podríamos incluso poner pantallas interactivas junto al árbol. Un cementerio con vida —redondeó el flaco.

—Bien jugado, flaco —asintió don Luis.

—Gracias don Luis, siempre pensando.

Con cada avance, consolidábamos nuestro liderazgo. Funerarias de todo el país nos contrataban para no quedarse atrás.

Alguna vez pensé en pedirle a la nueva inteligencia artificial que reconstruyera con los datos disponibles una versión de Clarita, la Buenamoza, para preguntarle, por fin, lo que nunca le pregunté. Nunca lo hice. Algunas preguntas, decía don Luis, es mejor dejarlas para cuando ya no pueda hacernos daño la respuesta. Y sobre el caso de los niños azules, jamás hablamos de nuevo, ni entre nosotros ni con nadie más. Sigue, hasta hoy, tan azul y tan sin resolver como aquella tarde en que vi por primera vez esas fotografías sobre el escritorio de don Luis.